

Edgardo Ronald Minniti Morgan



Colonia Francesa

Apuntes para su historia

*

η Car

Ediciones ETA CARINAE

Edgardo Ronald Minniti Morgan

Colonia Francesa
Apuntes para su historia

Primera Edición en papel: Octubre de 2017. Impresa en Flash
– Creación Gráfica Vélez Sarsfield 56 – Local 15 Complejo
Santo Domingo - Córdoba.
© Edgardo Ronald Minniti Morgan

**Se permite su reproducción parcial o total, con la sola
mención de la fuente**

Carátula: Arando con bueyes – Fotografía –
BNA

*

η Car
Ediciones ETA CARINAE

COLONIA FRANCESA



Viejo camino de tierra en Colonia Francesa

Introducción

Peyorativamente alguien dijo, que los argentinos eran italianos que hablaban español, leían en francés pensaban en inglés, escuchaban música alemana y discutían con otros acentos. No me siento ofendido. Por el contrario, es un halago. Ello habla elocuentemente del amplio espíritu que nos anima. De nuestras verdaderas raíces internacionales. No las declamadas por razones políticas, religiosas o filosóficas; sino aquellas otras verdaderas que juegan sus dados genéticos promoviendo nuestra progenie. No todos pueden darse el lujo de ser ciudadanos del mundo, desprejuiciados y libres como nosotros, aunque se pretenda atarnos a cualquiera de los carros en disputa. Sí señores, descendemos de los barcos. Nuestra sangre vino en ellos y aquí se quedó, junto con la de los pequeños grupos dispersos de otra vertiente que tampoco era oriunda de aquí, aunque que vinieron antes, mucho antes de la invasión conquistadora. Pese a las duras, impiadosas resistencias que hubo que vencer las raíces se echaron. No fue fácil. A los extranjeros se tuvo que proteger de los mezquinos intereses de los que ya estaban, creando un ámbito especial para ventilar las cuestiones judiciales cuando comprometieran a inmigrantes, para sustraerlos de los manejos non sanctos de la primigenia sociedad dueña de la plaza local. Y el país creció y se hizo nación. Orgullosa y libre. Con todas las banderas del mundo flameando en sus casas, recordando fechas especiales de los países de origen. Sin limitaciones. Con la bandera

argentina a su lado. Lo he visto en casas de extranjeros que habitaban mi pueblo natal. Nadie se sentía molesto por ello. Estaban aquí haciendo patria. Resultaba necio exigir que se olviden de lo suyo, que nieguen sus sentimientos; escondan su espíritu. Por el contrario. Aquel despliegue de naciones permitió esta amplitud social de la que nos enorgullecemos. Es infantil desconocer la influencia que en el desarrollo tanto económico como cultural, tuvo ese aporte disímil. El que dice que no tiene padres, es un hijo de... mala madre. Y ellos fueron los nuestros, aunque se pretenda lo contrario.

Nos ocupamos en su momento del indio y el italiano, cuando “Dicen que fue el último” (Está en la Web), trabajo colector de la tradición oral de tales vertientes. De una rama anglosajona en la historia de Colonia California y Colonia Galense, la primer colonia norteamericana en América del Sur. Con ciertos temores, hoy abordamos el cauce francés en la región, buscando encontrar las vías que nos permitan un basamento mayor para proyectarnos a ese futuro tan esquivo en este particular punto de inflexión determinado por la actual Era del Espacio. Instancia que nadie puede negar y mucho menos detener sin poner en peligro el propio futuro de la humanidad misma.

Parafraseando a la reforma universitaria, tan cordobesa ella, debemos insistir en que los dolores que quedan son las libertades que faltan. El conocimiento, la responsabilidad, la honestidad y el trabajo fecundo de que ellos hicieran gala, nos ayudaran a conquistarlas. A romper esas cadenas que aún aún hoy pretenden atarnos a intereses espurios, altamente sectorizados. Con tal espíritu

vinieron entonces y se quedaron, permitiendo nuestra estancia actual. A los hombres del mundo, a todos, ¡salud!

LA VERTIENTE FRANCESA:

Francia nos ha dado no solo su pensamiento liberal. Nos ha brindado también su sangre. Nuestra tierra se ha nutrido del sudor galo, del empuje, de la dura lucha a que obligó a sus hijos en el segundo comienzo nuestro. Ese otro escalón que nació con la independencia y devino nación plena, orgullosa. Tierra de paz, libertad y progreso.

Entre el océano y la gran pared andina, la vasta pampa gigantesca, solo arrugada por la inquieta mano de la naturaleza en las sierras pampeanas, tandilias y mahuídas, era asiento de los vientos y unas pocas islas de civilización en torno de contadas ciudades, con demasiado abolengo impidiendo la aventura de la tierra. Jaqueadas por el aborigen nómada que con su economía parásita, que no entendía de propiedad, de afincamiento, de beneficio y progreso; con sus técnicas elementales, devenidas directamente de las primitivas pruebas directas del acierto y el error, con ligeras elaboraciones propias de seres inteligentes y tenaces, daban satisfacción a sus simples requerimientos y se sometían con resignación a las naturales contingencias. Esas ciudades -casi estados- buscaban romper el asedio y tornar en realidad aquellos vientos progresistas venidos de la distante Europa con cada velero cansino al principio, con cada vapor, después. Se promovió la inmigración. La propaganda fue fecunda. No vinieron esta vez con afán de conquista. Sino como

invitados por una rogatoria organizada y activa. Se les prometía el paraíso.

Allá por 1872, Santa Fe contaba con 32 colonias que casi se triplicaron para 1882. Para entonces, la principal corriente fue suiza, con poco menos de seis mil habitantes de ese origen. Le seguían en importancia los italianos con algo más de cuatro mil y los franceses con casi dos mil. Españoles, apenas doscientos veinticinco. De todos los otros orígenes posibles, incluyendo nativos (argentinos) sumaban casi cinco mil en la provincia. En tiempos de números, de precisión, se impone la exactitud de las cifras. En solo diez años de intensa labor estatal que procuraba alejar la difícil frontera, casi insostenible entonces y con esfuerzo excesivo, estas cifras bajaron a menos de cinco mil para los suizos; multiplicaron a casi veinte mil los italianos; poco menos de tres mil franceses; seiscientos españoles; frente a una población total de todo otro origen, incluyendo argentinos, de veintiocho mil habitantes. El diez por ciento eran franceses. Interesante resulta el número total de personas de este origen entrados al país hasta 1882: 83.170.

Pero eso es una cifra y hablamos de personas. El loco juego del pensamiento analítico saca de ese contexto a los solitarios de siempre. Y así viene a la memoria el conde de Tessieres-Boisbertrand, Jean Baptiste Léon, caído por aquí en 1858, como primer habitante de la colonia de San Carlos, donde actúa como médico. juez de paz y aglutinante de vecinos en la lucha por razones religiosas, separando la colectividad en San Carlos Centro y San Carlos Sur; católicos y protestantes..., la larga historia de la intolerancia. Se embarca en el origen de otra colonia, 18

leguas al norte de Santa Fe. Así refunda Cayastá en época de Nicasio Oroño, en el mismo lugar de la vieja Santa Fe de Garay, en un predio adquirido por el gobierno sobre el viejo camino de los chipiacas al Perú. Corre el año 1867. Sus campos pasan a sus connacionales Houriet y Huguenet. Los enconos duros, lo llevan a trasladar los restos de su esposa Marieu Sofie Henriette Horrер a San Jerónimo del Sauce. No podían quedar en tierras herejes.

La aventura es compartida por varios franceses y suizos: los Gaspoz, Motard, Jaix, Mangold, Richard, Detienne, Blanche, etc.(Son más de cuarenta).

Se afianzan. Trabajan. Producen. La colonia crece notablemente, junto con las diferencias políticas y las acciones directas para apoderarse de la tierra. La colonia molesta. Vulnera intereses de ganaderos en el gobierno. El conde es muerto violentamente, junto con la mayoría de sus familiares. Gaspoz es puesto preso por defender la tierra común. La venalidad campea y los elevados intereses comunes, como siempre, son dejados de lado. La justicia mira a un costado. El San Javier, siguió lavando dolores, llevando aguas abajo historias de conspiraciones, tesoros ocultos, viejas rencillas de familia.

VOILA!

Esa tierra maravillosa que discurre pacíficamente en brazos del San Javier, puede convertirse en el descanso de Balzac, de Proust, de Gide, de Jean Paul

Sartre. Tiene todo el encanto necesario para regodeo del espíritu. Así lo sienten los franceses que en los umbrales del tercer milenio, concurren periódicamente a relajarse en la naturaleza virgen, al haberseles escondido el África familiar y próxima. Las cómodas instalaciones que los albergan, extensión blanca de esa tierra cálida despiertan viejos fantasmas que aún vagan impulsados por el norte que no cesa de contender con el sur implacable. Un eco de voces familiares los recibe en silencio cada mañana, con el éxtasis de un amanecer pleno, limpio, o la contundencia de esos atardeceres apoteóticos que vuelcan su paleta generosa.

No hay oídos para ellos. Se han perdido en las caprichosas inflexiones del tiempo implacable. Sin embargo están allí y son también franceses. De aquellos que soportan la historia, que hacen posible las grandes empresas, intelectuales y de las otras. Sin éstos, no serían posibles aquellas. Son los que permiten el franco vino, el buen queso, el grano generoso. Sudor y esfuerzo anónimos en horizontes de surcos. Sin embargo estuvieron y hundieron sus raíces en la tierra feraz, dándole este presente que solaza su espíritu con paz y tranquilidad, después de la dura lucha a que se vieron compelidos por una realidad cruel vigente a su arribo. En homenaje a ellos, trataremos de destejer el olvido mercenario, que esconde implacablemente la épica del arado y el amor a la tierra por sus frutos ciertos.

Como veremos, todavía San Javier marca sus pasos mediante el reloj de Madam Oget y es

convocado por su admonitoria campanada horaria, que invita a recordar esos viejos colonos galos que mucho hicieron para cambiar la región, convertir la toldería en pueblo, transformar la vieja iglesia de barro y paja en el orgulloso templo de tejas...¡francesas! Y sus muchos mártires, víctimas del salvaje venido de al lado, de allí nomás, del Pájaro Blanco.

Las aguas bajaron turbias. Fueron a dar contra esa barranca...

Pero veamos en detalle:

Se promovió la inmigración. La propaganda fue fecunda. Debemos decir que la labor de seducción efectuada por Argentina en el exterior para conseguir pobladores para toda estas zonas propias, fue intensa. Los agentes activistas y bien pagos fueron **Juan Le Long** en Europa; **Carlos Beck Bernard** en Suiza y Alemania; **José Wild** en Alemania, Suiza, Prusia y Austria; **Calixto Boyer** en Francia, Suiza, Italia y Amberes; **Juan B. Cúneo** - Italia y Austria; **M. González de Ariaga** en España; **Pedro Allende** en las provincias vascongadas; **Antonio Casal** - Asturias, León, Galicia y Portugal; **C. Estruck** y **Alabern** en Catalunia ; **Pedro Montagut** en Barcelona; **E. Rusignol** en Catalunia y Baleares; **A. Martínez** en Castilla la Vieja y Extremadura; **Pablo Stampa** en Rumania y Gerona; **Petersen** en Bélgica, Holanda y Norte de Francia: **R. G. Goodfellow** en Estados

Unidos; **Torromé** -en Inglaterra, Escocia e Irlanda; **Gilmore** en Inglaterra (no remunerado); **Scalzi** en Roma (no remunerado)¹. Sin contar otras empresas particulares como la del **Barón Hirtch**, en el centro este de Europa.

Este detalle muestra que el gobierno costea un agente en Europa, siete agentes en España, cuatro agentes en Italia, tres en Suiza, dos en Alemania, dos en Austria, dos en Francia, uno en Prusia, uno en Portugal, uno en Inglaterra, Escocia e Irlanda y uno en Bélgica y Holanda. Lo cual nos indica que la imagen de la inmigración espontánea, al menos en la primera época, solo constituye una imagen instalada por la literatura romántica. Después sí, iniciado el proceso, los propios inmigrantes prósperos se convertirían en eficientes agentes de convicción, trayendo familiares y amigos - como personas de confianza - a veces para favorecer sus propios emprendimientos en expansión, como ha ocurrido con la propia casa Greca en San Javier. Los europeos no vinieron esta vez con afán de conquista. Sino como invitados por una rogatoria organizada y activa. Se les prometía el paraíso y se les facilitaba el traslado.

¹ Minniti, E.R. – Una “Revolución Agraria” - 2005



Placa de una rastra prendada por el Banco Nación a un colono (BNRA 78)

Elocuentes son las crónicas que insertaba la prensa de la situación imperante en tal sentido:

De “El Progreso” de Córdoba tomamos:

1873 - LAS COLONIAS DE SANTA FE

Son 30 las colonias de Santa Fe: Su fundación arranca desde 1856 y las últimas lo han sido en 1872: Esperanza 1856; san gerónimo y san Carlos 1858; Guadalupe 1864; Helvecia 1865; California 1866; Francesa, Cayast;á, Corondina 1867; Las Tunas, Emilia, Etois(¿) 1868; Cavour, Humbolt, San Justo, Grutly, inglesa 1869; San Agustín, Alejandra, Bernstrand, Cda. de Gomez, Germania, Jesús María, Candelaria 1870; Estancia Grande, Tartagal, Nueva Italia 1871; Oroño 1872. La extensión de terrenos que comprenden es de 183. 340 cuadradas ; el valor medio de este terreno es de bolivianos 5. 434. 850; el valor medio de los edificios es de 2. 300.550

boliv. De todas las colonias las más ricas son Esperanza, San Carlos, Guadalupe, que son antiguas.

4 7 1875 COLONIAS

De un informe gral. s./ el estado de las colonias en Sta. Fe. se extrae que la Sección Norte, o sea las costas del San Javier, se compone de las siguientes colonias: Cayastá, Helvecia, Cullen, Francesa, California, Galense, Eloísa y Alejandra. A más La Emilia, Cayastacito y San Justo. Sin contar con las que ahora se están formando una de ellas en el Mal Abrigo y la otra en El Rey.

137 1876 MENSAJE S/ COLONIZACIÓN

Buenos Aires, Julio de 1876. Al Sr. Presidente del Senado de la Nación.

Entre otros dice:

En la colonia del Chubut no fue posible realizar los deseos del P.E. por haberse constatado la deficiencia de la tierra en aptitud de ser cultivada.

En consecuencia el agente en Londres recibió contraorden y solo llegaron al país 11 familias de galenses que fueron remitidas a la colonia Reconquista de la Pcia. de Santa Fe, que recibió asimismo varias otras familias francesas y suizas venidas en las mismas colonias. La escasez de agua del río Chubut que provee de riego a los terrenos adyacentes, ha sido la causa que ha hecho fracasar los proyectos de acrecentamiento rápido de esta colonia, que a los ojos del P. E. como a los del Honorable Congreso tienen una importancia capital.

Sigue el informe...

Las colonias del Chaco fueron trazadas sobre la margen derecha del río Paraná en el territorio comprendido entre los ríos Del Rey y Bermejo, bajo la denominación de Timbó, las Toscas, y Reconquista al frente de la ciudad de Corrientes y los pueblos de Bella Vista y Rincón Solo. La última se halla ya poblada con varias familias habiéndose nombrado para administrarla y fomentar su población un Comisario especial dependiente del Gobernador del Chaco bajo cuya jurisdicción se hallan las tres colonias.

Varios colonos partieron de Santa Fe bajo la condición de que el gobierno les adelantaría el pasaje para traer familias de agricultores de Europa y según las noticias que ha recibido la Comisaría Central, deben regresar durante el presente año trayendo de 50 a 60 familias.

Tales son los trabajos realizados en los 8 meses transcurridos desde que fue dictada la ley de del 15 de Octubre y en virtud de los prescripto en el Art. 1o.

Sigue...

Por igual motivo, las colonias recientemente trazadas en el Chaco no han podido recibir el impulso poderoso de que son susceptibles, ni se ha desarrollado como debiera el sistema ya aprobado de enviar a los mismos colonos establecidos en el país para traer familias de sus deudos o conocidos.

Concluye luego de una larga exposición:

Dios guarde al Sr. Presidente. Avellaneda -
Simón de Iriondo

23 7 1876 NUEVA COLONIA

El Sr. D. Leandro Martínez acaba de cerrar un contrato con el Dr. D. Diego G. de la Fuente para establecer una colonia agrícola en tierras de este último en Reconquista, frontera norte de Santa Fe.

Esta será compuesta de familias españolas, castellanos en su mayor parte.

El Sr. Martínez partirá dentro de breves días para Reconquista conduciendo las primeras familias y a su regreso partirá para España en busca del resto.

En reconquista hay ya establecidas varias colonias, galenses, francesas, italianas y al gobierno nacional se acaba de presentar un proyecto una nueva, compuesta de familias polacas, cuya propuesta publicaremos oportunamente.

Esta última es de gran importancia y el Congreso debe mirarla con interés, pues ella va a revestir el carácter agrícola militar, por ella completamente ventajosa para el gobierno.

12 3 1884 COLONIAS EN STA. FE

De la memoria presentada por el Inspector de Colonias de Santa Fe, entresacamos los sgtes. datos.:

Se contaban hasta Dic. de 1883 67 colonias repartidas en la forma sgte.:

Dto. de la Capital 36; del Rosario 11; de San Gerónimo 11; de San José 9

.....

Existían 7.264 familias católicas y 801 protestantes. Las nacionalidades estaban representadas por estas cifras de familias:

argentinas 2722; francesas 472; italianas 3262; alemanes 449; suizos 734; españoles 150; inglese 60; belgas 19; polacos 4; orientales 13; paraguayos 6; portugueses 5; valesoínos (¿?) 1; (serán valesanos?); brasileros 5; norteamericanos 18; boloneses 16; holandeses 14; chilenos 33; austríacos 57; dinamarqueses 6; argelinos 1; rusos 2; peruanos 1; bolivianos 1;

Allá por 1872, Santa Fe contaba con 32 colonias que casi se triplicaron para 1882. Para entonces, la principal corriente fue suiza, con poco menos de seis mil habitantes de ese origen. Le seguían en importancia los italianos con algo más de cuatro mil y los franceses con casi dos mil. Españoles, apenas doscientos veinticinco. De todos los otros orígenes posibles, incluyendo nativos (argentinos) sumaban casi cinco mil en la provincia. En tiempos de números, de precisión, se impone la exactitud de las cifras:

En solo diez años de intensa labor estatal que procuraba alejar la difícil frontera, casi insostenible entonces y con esfuerzo excesivo, estas cifras bajaron a menos de cinco mil para los suizos; multiplicaron a casi veinte mil los italianos; poco menos de tres mil franceses; seiscientos españoles; frente a una población total de todo otro origen, incluyendo argentinos, de veintiocho mil habitantes. El diez por ciento eran franceses. Interesante

resulta el número total de personas de este origen entrados al país hasta 1882: se computaron 83.170.



*El autor frente a la costa durante una creciente en
Colonia Francesa*

Pero eso es una cifra y hablamos de personas. El loco juego del pensamiento analítico saca de ese contexto a los solitarios de siempre. Y así viene nuevamente a la memoria - y es necesario repetirlo – aquella aventura del conde de **Tessieres-Boisbertrand**, Jean **Baptiste Léon**.



Indios arreando tropilla – de un dibujo de F. Paucke

El San Javier, siguió lavando dolores, llevando aguas abajo historias de conspiraciones, tesoros ocultos, viejas rencillas de familia.



Colonia Francesa . Plano Catastral 1938

Esa tierra maravillosa que discurre pacíficamente en brazos del San Javier, puede convertirse en el descanso de **Balzac**, de **Proust**, de **Gide**, de **Jean Paul Sartre**. Tiene todo el encanto necesario para regodeo del espíritu. Así lo sienten los franceses que en los umbrales del tercer milenio, concurren periódicamente a relajarse en la naturaleza virgen, al haberseles escondido el Africa familiar y próxima. Las cómodas instalaciones que los albergan, extensión blanca de esa tierra cálida despiertan viejos fantasmas que aún vagan impulsados por el norte que no cesa de contender con el sur implacable. Un eco de voces familiares los recibe en silencio cada mañana, con el éxtasis de un amanecer pleno, limpio, o la contundencia de esos atardeceres apoteóticos que vuelcan su paleta generosa.

No hay oídos para ellos. Se han perdido en las caprichosas inflexiones del tiempo implacable. Sin embargo están allí y son también franceses. De aquellos que soportan la historia, que hacen posible las grandes empresas, intelectuales y de las otras. Sin éstos, no serían posibles aquellas. Son los que permiten el franco vino, el buen queso, el grano generoso. Sudor y esfuerzo anónimos en horizontes de surcos. Sin embargo estuvieron y hundieron sus raíces en la tierra feraz, dándole este presente que solaza su espíritu con paz y tranquilidad, después de la dura lucha a que se vieron compelidos por una realidad cruel vigente a su arribo. En homenaje a ellos, trataremos de destejer el olvido mercenario, que

esconde implacablemente la épica del arado y el amor a la tierra por sus frutos ciertos.

Todavía hoy San Javier marca sus pasos mediante el reloj donado por Madam **Oget**, para poner precisión en la actividad local y es convocado por su admonitoria campanada horaria, que invita a recordar esos viejos colonos galos que mucho hicieron para cambiar la región, convertir la toldería en pueblo, transformar la vieja iglesia de barro y paja en el orgulloso templo de tejas... ¡francesas! Y sus muchos mártires, víctimas del salvaje venido de al lado, de allí nomás, del Pájaro Blanco, a veces, por una simple sandía.



Monte ralo de la región

El aporte galo es aumentado con la concesión a **Couvert** para la instalación en 1867, de una colonia francesa, tres leguas al sur de San Javier.

En 1867 un colono de Esperanza, **Alejandro Couvert**, recibió en concesión una legua al sur de la colonia indígena de San Javier y unas nueve hacia el norte de la colonia Helvecia, donde estableció unas 14 familias suizas (del cantón de Valois) y francesas provenientes de Esperanza y de la colonia San José, en la provincia de Entre Ríos.² Esto fue el inicio de la llamada Colonia Francesa.

Inicialmente se delimitaron 91 concesiones en un sitio próximo a donde estuvo emplazada la vieja reducción de San Javier, en uno de sus tantos traslados forzosos, que los españoles llamaban “Las Barrancas” y los indios “Cazamogot”. Sólo 21 fueron ocupadas en 1872, Couvert instaló una casa de negocio y pulpería, además de dos carpinterías y herrería. Hacia 1879 se dio por caducada la concesión a Couvert por no haber cumplido lo pactado.

El gobierno nacional en la gran Exposición Nacional realizada en Córdoba durante 1871, publicitó las colonias santafesinas, (Particularmente Sarmiento se enorgullecía de los logros de Colonia Francesa (A la que denominaban “Colonia San Javier”) y Colonia California, que progresaban evidentemente, anticipando cosechas de muy buen trigo) con los siguientes datos sobre Colonia Francesa:

² MAFFUCCI MOORE, Javier Leandro - Justicia, reclamos y representación en el nordeste santafecino (1870-1890) – Esperanza - 2005.

“*Colonia San Javier (SE TRATA DE COLONIA FRANCESA):*

- época de su fundación 1867 - Nombre del fundador Alejandro Couvert - familias con que se formó: 13 - población actual número de habitantes 76 - Div. por religión: católicos 76 - diferentes profesiones: pulperías 1 - id. a mulas (sic) 1 - herrerías 2 - carpinterías 1 - albañiles 3 - edificios ranchos 25 - sementeras: trigo sembrado fanegas de 15 @ 20 - maíz id. id 35 - cebada id. 21 - superficie de la colonia: terreno destinado a la agricultura leguas cuadradas 2 - id. pastoreo 2 - total legua cuad. 4 - instrumentos de agricultura: arados 23 - rastras 11 - ventiladores 1 - máquinas de segar 2 - animales: bueyes de labor 40 - vacas lecheras 200 - vacunos de pastoreo 1468 - lanares 400 - caballos 60 - cerdos 38 - mulas 12 - gallinas y patos 2000- Rodados: carretas y carretillas 2 - carros de 4 ruedas 11 - tilburis 2 - volantas 2.”.

Fueron sus primeros habitantes conforme nómina de 1874, **José Alejandro Vouilloz, Francisco Gallay, Alfonso Genolet, Sebastian David, Mauricio Udrisard, Luis Gallay, Alejandro Couvert, Luis Morel, Francisco Racka (o Racca), Carlos Biytmans, Santiago Udrisard (padre), Bonifacio Racka (o Racca), Marcial Camedri, Vicente Fecre, León Valansberg (o Walesberg), Antonio Sambuga, Alejandro Dumont, Gard Gervet,**

Última página del contrato suscrito por Alejandro Couvert en 1867 para la concesión de tierras

El 13 de Marzo de 1877, por gestiones del Sargento Mayor **Antonino Alzogaray**, apoyado por el preceptor de la misión de San Javier, fray **Hermete Costanzi**, es designado como Teniente Juez de San Javier y las colonias Cullen, Inglesa, California, Eloísa y Francesa.

Fue una decisión trascendente, en reconocimiento de la labor desarrollada por ese peculiar hacedor del San Javier moderno (Ver “El Fortín de San Javier” . está en la Web).



Las rutas de la colonización en el Siglo XIX

| | <i>N^o de Concesiones</i> |
|---|-------------------------------------|
| <i>José Alejandro Coullot</i> | 1, 3, 16, 9, 11, 13, 22 |
| <i>Francisco Galaz</i> | 4, 17 |
| <i>Alfonso Gendot</i> | 5, 18 |
| <i>Christian David</i> | 6, 19 |
| <i>Mauricio Udrisard</i> | 7, 20 |
| <i>Luis Gallaz</i> | 8, 22 |
| <i>Alexandre Couvert</i> | 10, 23 |
| <i>Luis Morel</i> | 12 |
| <i>Francisco Racka</i> | 13 |
| <i>Carlos Bistmans</i> | 21, 24 |
| <i>Santiago Udrisard «Padre»</i> | 25, 38 |
| <i>Bonifacio Racka y Marcial Camidi</i> | 26 |
| <i>Vicente Pedre</i> | 31 |
| <i>Leon Valanburg</i> | 36 |
| <i>Antonio Sambuga</i> | 37 |
| <i>Alexandre Dumon y José Jarvet</i> | 39 |
| <i>Prospero Opez</i> | 43 |
| <i>Eusebio Chapoy</i> | 44 |
| <i>Santiago Udrisard «hijo»</i> | 63 |
| <i>Total 34.</i> | |

Nómina original de la distribución de lotes

El vecino de origen español, don **Manuel Arguelles**, fijándosele residencia en Colonia Francesa. Se le asignó una remuneración de \$f 25.- mensuales (Pesos fuertes).

No todas fueron flores:
Alarmados por las depredaciones de los indios “mansos” piden ayuda al gobierno. El mismo responde que para ayudar a contrarrestar “las malocas” debían proponer una persona idónea para comisario de la colonia. Reunidos los vecinos, el 28 de Agosto de 1869 eligen al capitán Antonino Alzugaray para el cargo.
Al año y medio éste es designado también Juez de Paz de San Javier, California, Cullen, Colonia Galense, Eloísa y Francesa, en mérito a su extraordinaria labor.
Para 1870 uno de los galeses expresa en comunicación privada familiar: “No hemos visto el país todavía, solo desde Santa Fe hasta aquí (150 millas), donde se encuentran las más florecientes colonias de la República; todavía nadie lo puede ver, pero nuestra colonia pronto será la mejor ya que tiene la mejor tierra, mucha agua; solo necesita gente. Cuando John vino aquí, no había gente blanca más cerca de 50 millas; en Helvecia; salvo unos pocos californianos a una legua más o menos de donde vivimos. Ahora hay una colonia francesa a una 3 leguas al sur; otra a una legua al norte (Colonia Eloísa) y se está formando la gran colonia británica un poco al norte de nosotros (Alejandra), bajo la organización de Thompson Bonar y Co. , de Londres...

....

La historia no se detiene. El esfuerzo es grande y la lucha continúa. En una carta de un poblador de Colonia Galense a sus familiares en Gales, se relata elocuentemente la situación en la zona, allá por 1871: “Era casi fines de diciembre cuando se levantó el fuerte para proteger a los colonos de los indios. En año nuevo robaron los caballos del fuerte y uno de colonia americana (California) y se los vio reunidos en grupos armados. El señor Moore de la Colonia Americana vino hasta aquí a solicitar que lo acompañemos todos los que podamos en la mañana a buscar los caballos; entonces nos quedamos hasta tarde en la noche preparando balas y limpiando los revólveres. En la mañana teníamos que encontrarnos con Mac Lean en nuestro camino hacia el pueblo. Comenzamos la búsqueda y después de mucho hablar, prometieron enviarnos los caballos de vuelta antes de la noche; y cumplieron. Todo eso estuvo muy bien, pero los indios parecían inquietos. Dos días después mataron a un francés de una colonia de más abajo (Colonia francesa). El 10 de Enero Moore, 4 de aquí y 4 de la colonia Americana mataron siete indios en las tierras bajas cerca de la colonia inglesa. Para este momento, Obligado con 400 soldados llegó hasta aquí y tomó cien de ellos prisioneros habiendo descubierto previamente que estaban confabulados con los insurgentes del otro lado del Paraná . Todos los de esta Colonia y los de la Americana se fueron a vivir a lo de Moore, ya que era más seguro para las mujeres y los niños estar juntos en un mismo lugar, así los hombres podían ir a explorar, pero no vieron ningún indio y las cosas tomaron un aspecto mejor cuando todos volvimos a nuestros respectivos hogares otra vez. Construimos un fuerte de ladrillos en

nuestra colonia y nos turnamos para vigilar cuatro horas cada uno cada tres noches, pero nada pasó hasta fines de Mayo cuando los indios atacaron la Colonia Francesa”.

....

Recordemos que eran 30 las colonias de Santa Fe: Su primera fundación arranca en 1856 y las últimas lo han sido en 1872: Esperanza 1856; San Gerónimo y San Carlos 1858; Guadalupe 1864; Helvecia 1865; California 1866; Francesa, Cayastá, Coronda 1867; Las Tunas, Emilia, Etoisa(¿?) 1868; Cavour, Humbolt, San Justo, Grutly, Inglesa (Galense) 1869; San Agustín, Alejandra, Bernstrand, Cda. de Gomez, Germania, Jesús María, Candelaria 1870; Estancia Grande, Tartagal, Nueva Italia 1871; Oroño 1872. La extensión de terrenos que comprenden es de 183. 340 cuadras cuadradas; el valor medio de este terreno es en pesos bolivianos – moneda vigente en la región - de 5. 434. 850; el valor medio de los edificios es de \$b 2. 300.550. De todas las colonias las más ricas son Esperanza, San Carlos, Guadalupe, que son antiguas.

...

Para 1875 de un informe general sobre el estado de las colonias en Santa. Fe, se extrae que “la Sección Norte, o sea la costa del río San Javier, se compone de las siguientes colonias: Cayastá, Helvecia, Cullen, Francesa, California, Galense, Eloísa y Alejandra. A más La Emilia, Cayastacito y San Justo. Sin contar con las que ahora se están formando una de ellas en el Mal Abrigo y la otra en El Rey”(Del Eco de Córdoba).

...

Vale la pena destacar que para 1884 la población de las colonias de Santa Fe se distribuía de la siguiente manera: 7.264 familias católicas y 801 protestantes. Las nacionalidades estaban representadas por estas cifras de familias: argentinas 2722; francesas 472; italianas 3262; alemanes 449; suizos 734; españoles 150; ingleses 60; belgas 19; polacos 4; orientales 13; paraguayos 6; portugueses 5; valesoínos (¿?) 1; (¿serán valesanos?); brasileros 5; norteamericanos 18; boloneses 16; holandeses 14; chilenos 33; austríacos 57; dinamarqueses 6; argelinos 1; rusos 2; peruanos 1; bolivianos 1. Es un dato de la prensa, conste.

...

En el sitio planificado por las autoridades y registrado catastralmente, se levantó un fuerte por propia iniciativa de los pobladores que veían peligrar su seguridad. Lo prueba elocuentemente la carta que John, Richard y David Morgan dirigen a sus familiares en Gales el 2 de Octubre de 1871, que brinda dos datos interesantes. El primero, oportunidad de levantamiento del fuerte que estuviera en San Javier: “Nosotros estamos fuera de las fronteras del fuerte que estaba hasta hace poco en San Javier”. Y el segundo, sobre la erección de dicho fuerte. “Todos los de esta colonia y los de la americana se fueron a vivir a lo de Moore, ya que era más seguro para las mujeres y los niños estar juntos en un mismo lugar, así los hombres podían ir a explorar, pero no vieron ningún indio, y las cosas tomaron un aspecto mejor cuando todos volvimos a nuestros respectivos hogares otra vez. Construimos un fuerte de ladrillos en nuestra Colonia y nos turnamos para vigilar cuatro horas cada uno cada tres noches, pero nada pasó

hasta fines de Mayo cuando los indios atacaron la Colonia Francesa que está más arriba llevándose de 80 a 100 cabezas de ganado, entonces los soldados y veinte de los colonos fueron tras ellos esa misma noche...”; hecho afianzado por lo ocurrido a los vecinos William y Henry Waspe. “...los hermanos William y Henry Waspe, cuando se encontraban cortando leña en el monte, la mañana del 6 de Abril de 1870 y fueron rodeados por los indios. Henry, que tenía mejor caballo salvó su vida y se refugió en el fuerte, a William – dice Richard Morgan – le habían clavado sus lanzas en 16 lugares...”¹ También en otra carta dirigida a sus parientes en el transcurso de 1872, los Morgan manifiestan: “Era casi fines de diciembre cuando se levantó el fuerte para proteger a los colonos de los indios. En año nuevo robaron los caballos del fuerte y uno de colonia americana (California)”.

....

Ese héroe fronterizo – Antonino Alzugaray - A partir de 1866 cooperó activamente con las comisiones gubernamentales y grupos extranjeros que fueron a radicarse en la zona, ayudando en las gestiones y guía para la fundación de las colonias California, Francesa, Galencia, y Eloísa.



Colonos de la región en una reunión social – 1914 –
Santa Fe.

Por otra parte, ¿quién recuerda en la zona, aún en Santa Fe, la extraordinaria creciente de 1857, de 1869 o la de 1888? Nadie. Toda la memoria se maneja a partir de 1905, año de “la gran creciente”; y aún así, con registros poco precisos respecto de cotas reales en San Javier. Sí existen gráficos y vagas descripciones de los trastornos que ocasionaba a la sufrida y ribereña población.

El tema pese a toda su apariencia anecdótica, no deja de tener relevancia en estos tiempos de digitalizada globalización, donde los datos del clima en regiones donde los registros son escasos o nulos, constituye una

información importante para ajustar parámetros a largo plazo, fundamentalmente para aquellos inquietos investigadores que analizan el peculiar fenómeno de “El Niño”, que a esta altura del análisis de las influencias continentales por parte de esa corriente oceánica tan particular, se dice que sería una de las causantes de los períodos glaciales.



Dramática imagen de la RP 1 desaparecida bajo el agua

La primera noticia que tenemos en el período respecto de la actividad que nos preocupa aparece allá por fines de 1868, época en que llovió intensamente en la región, trayendo zozobra a los habitantes de la costa santafesina y la propia capital.

En Febrero de 1869 el río comenzó a crecer notablemente a la altura de San Javier (Diario “El Pueblo” ²³



Creciente de 1961

de Santa Fe – citado por “El Progreso” - Córdoba – 16 – 2 –1869)

“La creciente del río aumenta de una manera asombrosa. Las islas se hallan anegadas en su totalidad y de esta parte de la rivera, el agua ha interceptado muchos caminos”.



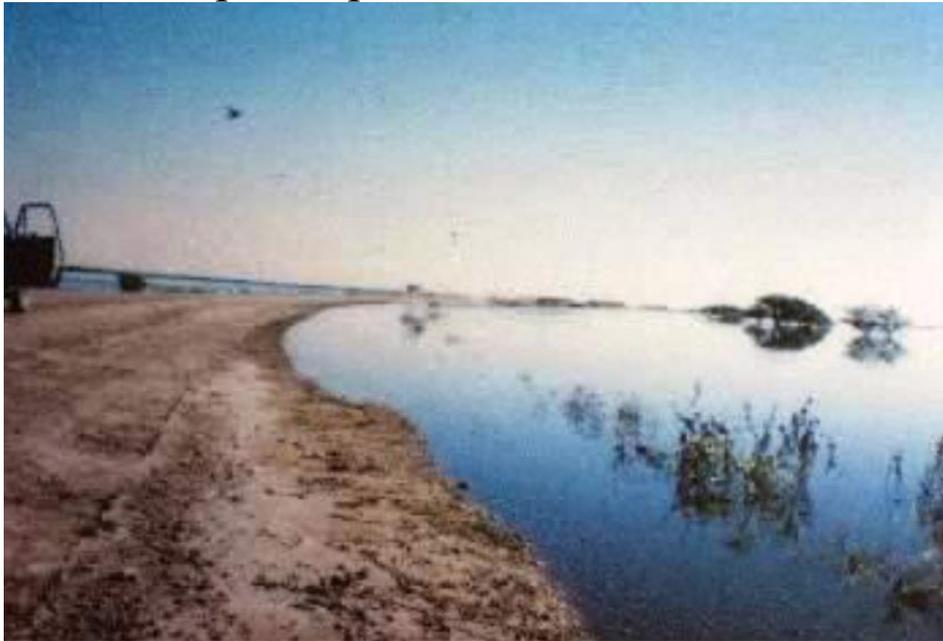
Parque Vera Mujica inundado- 1961

No constituía el único mal que afectaba a San Javier de entonces. Los malones eran moneda corriente y generaban no solo acciones defensivas o represivas en ese sempiterno juego de toma y daca de la época, sino también expediciones de rescate de cautivos.

Así, cuando las aguas comenzaron a desbordar, hubo de organizarse una expedición con ese fin.

Tormenta sobre el parque Vera Mujica-TV Canal2*

(*Nota: toda vez que se cita “parque Vera Mujica”, se brinda el nombre verdadero del parque conocido vulgarmente como “El Boulevard” o “Parque Pedro Candiotti”, por respeto a la memoria



histórica de ese parque, la puerta de acceso a San Javier (El Puerto) hoy habitualmente desconocida también por ignorancia).

Parque Vera Mujica bajo el agua de la creciente de 1961- Entre los árboles casilla de la Subprefectura Marítima - (Fotografía tomada desde el paragolpes del FC, hoy desaparecido)

La situación tendió a tornarse más seria con el correr de los días. Transpuestos los “idus de Marzo”, el agua no solo continuaba haciendo de las suyas, sino que acrecentaba su acción. “El Pueblo” en Santa Fe comunica a sus lectores la tristeza de sus estragos, destacando que la creciente, en Santa Fe había llegado hasta el correo a la 25

hora de salida del vapor; describiendo en los siguientes términos la situación:¹⁴ *“Las aguas de nuestro río parece que quisieran salir de su álveo. Las aguas hoy han subido cerca de una vara, inundando todos los terrenos bajos...” “Esta avenida casi violenta del río causada tal vez por el deshecho temporal que hemos tenido, ha dejado en el agua un número considerable de casas que han sido abandonadas por sus moradores.”* Esta creciente, también olvidada, por los datos que obtuvimos sobre su efecto en Santa Fe, debió necesariamente aislar San Javier por tierra y afectar las colonias, especialmente la Francesa. Para Junio de 1870, la prensa se entretiene en comentar los intensísimos fríos que azotan la región; tanto como los que dieran lugar a las nevadas de 1835 en Buenos Aires y de 1859 en Rosario, que necesariamente afectaron la

zona de “La Costa”. “*El río Paraná aumenta diariamente sus aguas*” titulaban los periódicos. Ya para entonces, la colonia había crecido notablemente y el movimiento económico beneficiaba a Santa Fe que competía con Corrientes en el cultivo del tabaco. El Eco del Pueblo de Sta. Fe en su número del lunes 11 de Mayo de 1873 dice haber sido invadida la Provincia de Santa Fe por algunas partidas de los revolucionarios derrotados de Entre Ríos, tomando por sorpresa al pueblo de San Javier.



Por otra parte, debemos recordar también En los primeros minutos del 5 de enero de 1975 se registró un fuerte temporal de viento y granizo que causó 64 cuantiosos daños en los alrededores de San Javier, especialmente en cultivos agrícolas.

Conforme lo destacó el periodista **Carlos Medera**, el fenómeno abarcó una franja sobre el albardón costero en una longitud de aproximadamente 23 kilómetros, de norte a sur, y 4 kilómetros de ancho, comenzando en el extremo norte de Colonia San Joaquín y abarcando Colonia Francesa, San Javier y Colonia California.



Carlos Medera y Evangelista Minutti observando los daños (Medera)

No solo con los males propiamente buscados por los sanjavierinos que dieran lugar a muchas anécdotas contadas en nuestros libros de historia local; también la naturaleza aportó lo suyo para romper la calma habitual en la zona. Los ejemplos brindados son solo unos pocos de 65

los más destacados a lo largo del tiempo, para tener en cuenta en su momento.

Claramente vemos que no siempre es propia la elección de las circunstancias que afectan nuestras vidas.

Tal el caso de la deposición de cenizas volcánicas durante las intensas erupciones cordilleranas de 1932 y 1991 que también se registraron en la zona de San Javier.

De la de 1991 el autor conserva muestra de tales cenizas.



Cenizas del volcán Hudson recogidas en techos de la zona (Erupción entre el 8 y 15 de agosto de 1991).

Tenemos también información relevante en la cartografía a nuestro alcance, que también muestra el lugar destacado de la Colonia Francesa en nuestra región:



Colonia Francesa desde el espacio – Google Earth.

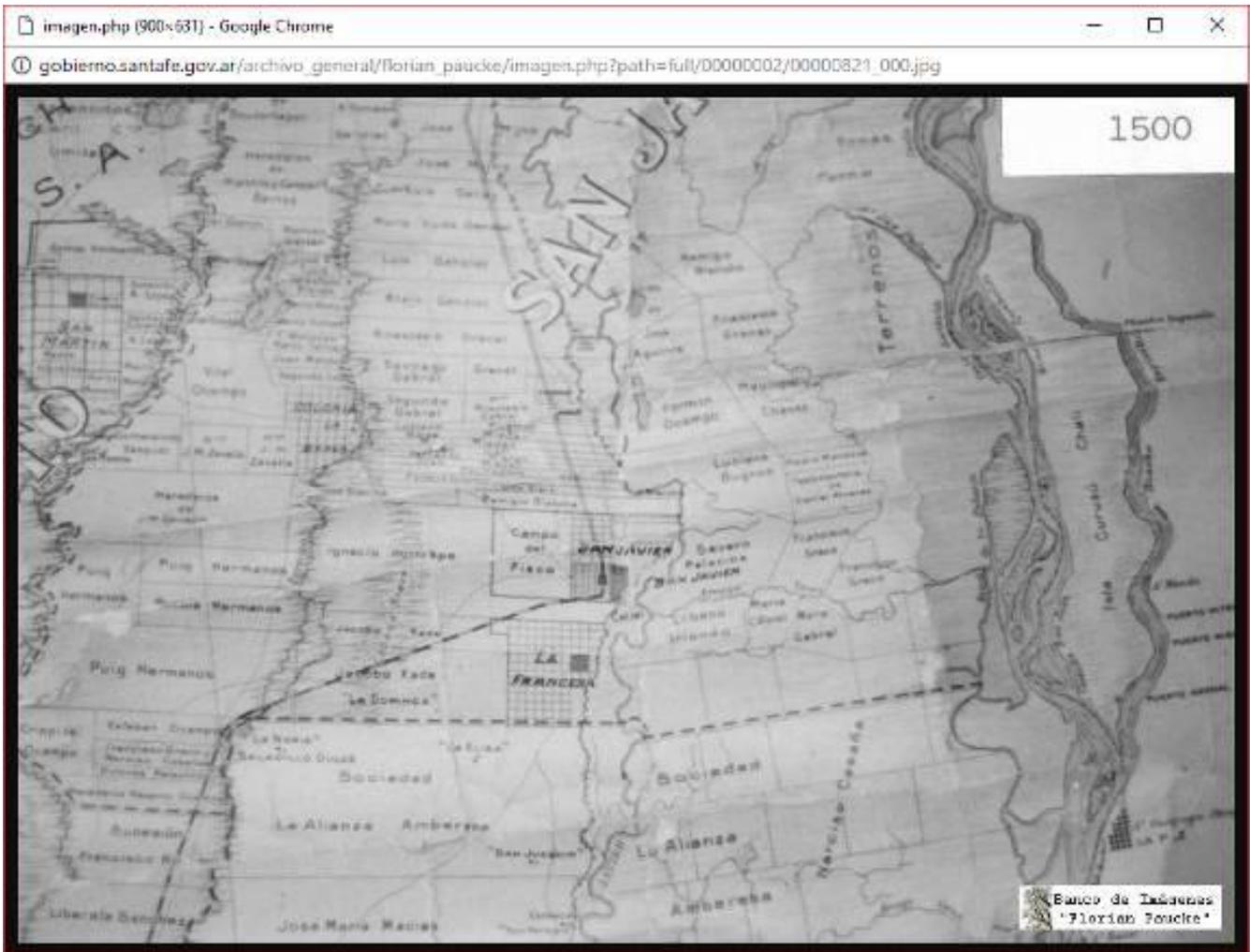
Detalle del mapa anterior







Mapa de Rafael Carrasco - 1888



Fotografía moderna del plano de terreno de la colonia San Javier Mapa catastral parcelario de California, San Javier Dirección de Catastro"- Archivo Provincial.



*Sector del Plano Catastral de Santa Fe – Gob. de Sta. Fe.
- 1938*

Los colonos franceses, especialmente una en particular, Madam Oget, viuda de Próspero Oget ya residente en San Javier marcó desde comienzos del Siglo XX – y lo sigue haciendo aún – la hora a los sanjavierinos, como también podremos ver en el siguiente apartado; el que por otra parte expone la situación real que vivían los habitantes de

la región que habitualmente concurrían – los que eran católicos – a ese templo los domingos:



Iglesia de San Javier antes de la instalación del reloj de Madam Oget - 1888 – BNA.

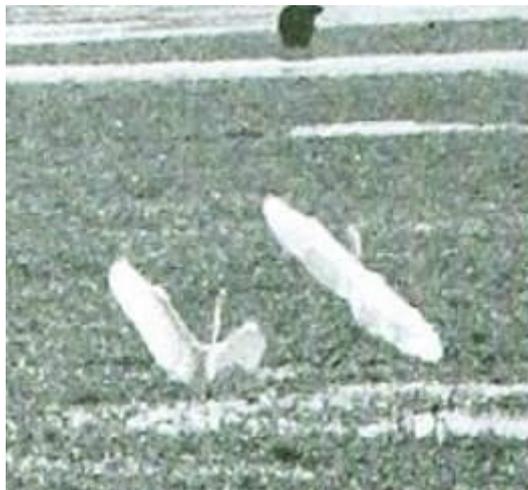
SAN JAVIER Y SUS ALREDEDORES EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO

Hemos reiterado en diversas oportunidades que nos resulta tan común, tan habitual ubicarnos en el espacio y en el tiempo, con mapas y relojes precisos – o más aún

con las señales emitidas por satélites geosincrónicos en tiempo real brindando posiciones o imágenes de la superficie terrestre con sus coordenadas - que se nos escapa el esfuerzo notable realizado históricamente para fijar la posición de San Javier.



Esa particular avanzada de la civilización, allí mismo donde el Pájaro Blanco echaba a volar hacia el salvaje Chaco Gualamba, frontera norte interior.



“Pájaros Blancos”(de Sta.Fe, el paisaje y los hombres – BPCCVigil)

Las condiciones ambientales, políticas y sociales imperantes en el país durante el siglo XVIII, hacen que pueda calificarse como heroica la contribución del puñado de hombres empeñados en el afianzamiento de las características del territorio provincial y la regularización de los parámetros necesarios para una actividad económica racional.

La sociedad colonial carecía de la necesidad de precisiones de tiempo o de lugar. La altura del sol o del cansancio físico, fijaban la hora del almuerzo o el fin de la jornada. Las referencias geo-topográficas próximas, montes, arroyos, asentamientos humanos, etc, la de situación en esa vasta geografía. En los pueblos diseminados por la llanura, que iban emergiendo como hongos a medida que la inmigración se extendía como mancha de aceite; en torno de una vieja reducción en el caso de San Javier, la hora era dada por los relojes sitos en

la cima de esas torres eclesiásticas, para coordinar –solo localmente – las actividades sociales, fundamentalmente del culto. El eco de las campanas horarias y de convocatoria religiosa, moría en el límite de sus respectivas zonas de influencia. El tiempo demandado para recorrer determinadas distancias, marcaba las posiciones relativas. Eso bastaba entonces. Con esas referencias se era parte de una sociedad muy peculiar, tranquila, de cansino ritmo vital que no exigía más que eso, en tal sentido.



Procesión en San Javier – 1916 - Cabral

San Javier, apoyado en los dictados de Santa Fe, la capital de provincia, avanzado el siglo XIX marcaba su tiempo con el dictado por el instrumental del Observatorio Nacional Argentino, organismo federal, con asiento en Córdoba. Fue la primera provincia en proponer

oficialmente una solución concreta, para que la situación caótica imperante en el país con las múltiples horas utilizadas y los conflictos generados por una actividad que unía cada vez más con mayor celeridad las comunidades aisladas, ya por ferrocarril, ya telegráficamente. A nadie escapa del absurdo que se daba allá por 1875, de telegramas que llegaban ¡a una hora anterior a la de su emisión! Así ocurría en Rosario y fue denunciado por su Intendente, el ingeniero Carrasco; entonces esa ciudad contaba con tres sistemas horarios disímiles; el propio, el del ferrocarril o el de Buenos Aires que transportaban los navíos que arribaban a su puerto, con los intrínquilos derivados cuando esos sistemas interactuaban.



Excelente campana de la Iglesia de San Javier, fundida en Santa Fe, que impuso e impone las convocatorias, las horas y el dolor de los sanjavierinos.

Otro tanto y no tan crítica, ocurría con las posiciones geográficas, base para la ubicación física y determinación de distancias. Las inexactitudes daban lugar a incongruencias notables. Como colocar la población de Río Cuarto en un meridiano al Este de Córdoba. Efectivamente esto es lo que ocurría, en el mapa presentado por el senador santafesino Nicasio Oroño para la fijación de los límites de las Provincias y territorios nacionales, en el que Río Cuarto se sitúa muy al este de su posición real; o peor, el caso de un mapa oficial de Santa Fe, que situaba Corrientes frente a Reconquista. Ello, sin dejar de recordar esa suerte de “encogimiento este-oeste” y otros escorzamientos de toda la cartografía nacional de los siglos XVI al XIX, particularmente la jesuítica que era la más elaborada, por la imposibilidad concreta de fijar con precisión la longitud geográfica (La latitud resulta de lectura directa, observando la elevación de estrellas cuya posición se conoce por tablas).

Ubicar relativamente y delimitar las grandes propiedades, generaba litigios difíciles de resolver, ya que dependía de la vara de cada topógrafo. No había uniformidad, ni alambrados. Las disputas territoriales eran lugar común, no solo entre particulares, sino también entre los propios estados que caprichosamente a veces, corrían los hitos de sus límites en detrimento de los territorios

vecinos. Como solía hacerlo Santiago del Estero con conflictivos corrimientos de los hitos establecidos.

Con la colaboración del hoy internacionalmente famoso ingeniero italiano Pompeyo Moneta, entonces Jefe de la Oficina Nacional de Ingenieros de reciente creación, se iniciaron en el país las mediciones necesarias, correspondientes las primeras a la ciudad de Rosario y luego a la de Buenos Aires.

El ingeniero Moneta determinó las latitudes de estas dos localidades, y posteriormente coordinó y realizó el trabajo con el Observatorio de Córdoba para el establecimiento de las diferencias de longitud existente entre ambos puntos.

La medición de Rosario se realizó en el patio de la casa de Moneta, ubicada en la esquina de las calles San Luis y Progreso. Las operaciones tendientes a fijar posición dieron comienzo el viernes 29 de marzo, y prosiguieron hasta mayo de 1872 estando encargado de las mismas John M. Thome, ayudante y posterior director del observatorio. Mientras se realizaban los cálculos en el Observatorio Nacional Argentino (ONA), se comenzaron los preparativos para hacer lo propio con Buenos Aires. Ello demuestra el notable esfuerzo que debía realizarse

para lograr fijar con la exactitud deseada, los valores de latitud y longitud.



Rosario - 1880

Durante unas vacaciones, tomadas entre septiembre y octubre 1875, J. M. Thome y F. H. Bigelow, astrónomos del Observatorio Astronómico nacional, viajaron al litoral y siguiendo la línea del telégrafo determinaron las posiciones de Paraná, sobre la terraza de la Escuela Normal ubicada frente a la Plaza y a metros de la oficina de telégrafos; del centro de la Plaza Principal de La Paz; del Colegio Nacional de Corriente; de la Plaza del Mercado de Asunción; del patio de la Comandancia en Villa Occidental; de la plaza central de Goya.

Idénticos trabajos se realizaron en la hoy Plaza de Mayo de Santa Fe (a la que los investigadores denominaron “Plaza de la Catedral” en sus informes) durante el 18 de Octubre de 1875, estas posiciones se publicaron en el Informe Anual del Observatorio Nacional

Argentino correspondiente a 1873 y en los Anales de la Sociedad Geográfica Argentina, con la presidencia de Estanislao Zeballos.

Entonces, no se pudo determinar las diferencias en longitud con Asunción (Paraguay) y Villa Occidental (en aquel momento de pertenencia incierta a la Argentina), al fallar el reloj que mantenía la hora recibida en Corrientes, último punto al que llegaba el telégrafo. No podemos dejar de destacar que durante este prolongado viaje de trabajo, no cobraron sus gastos personales ni percibieron viático alguno, solo se les pagaron los pasajes necesarios para su traslado y el flete del instrumental que portaban. ¡Qué época dura, qué gente!



El IGM en campaña - IGM

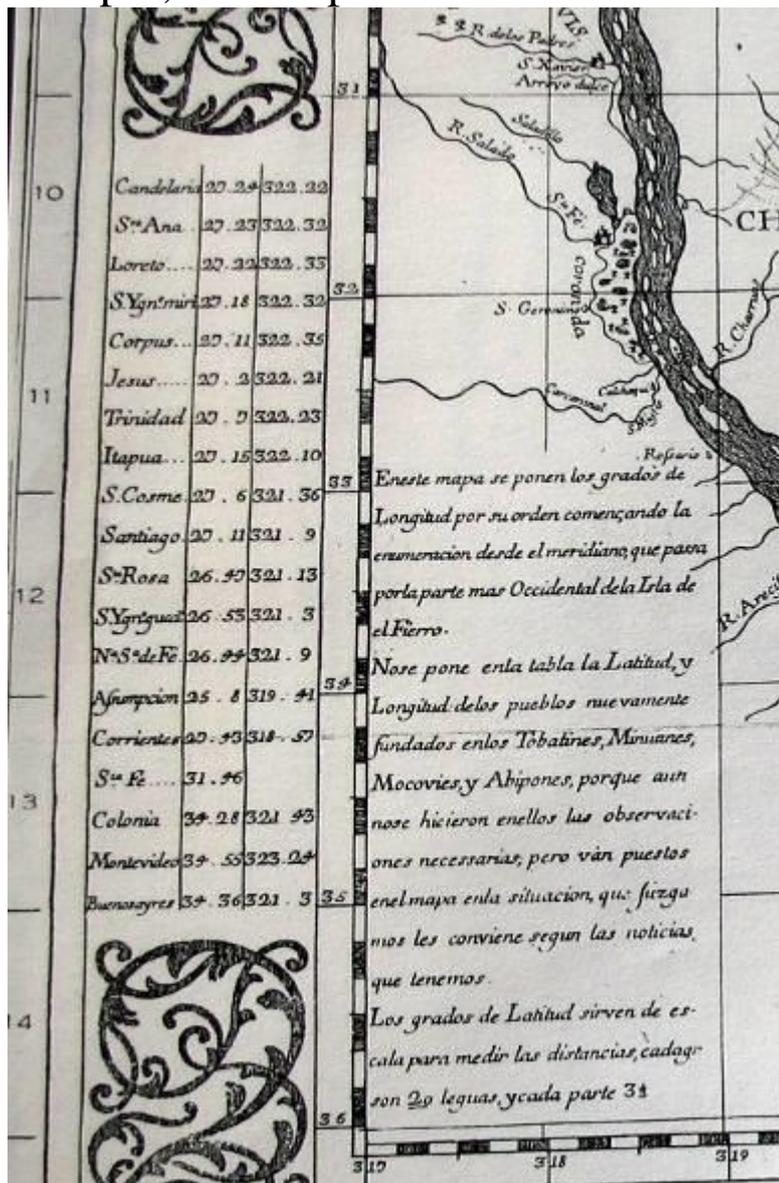
Mientras que la latitud geográfica fue siempre medida con referencia al círculo ecuatorial, existiendo coincidencia en esto entre todos los pueblos, no ocurría lo

mismo a mediados y fines del siglo pasado con las longitudes geográficas. La adopción de un meridiano de referencia, arbitrario en sí, produjo una seria discordancia en los registros de las longitudes, pues cada nación elegía uno distinto conforme su conveniencia. Se tomaban entonces como origen entre otros, al de París, Washington, Greenwich o San Petersburgo. En Argentina se utilizaba el de Córdoba, Buenos Aires, o el de Santa Fe. Esto sin dudas constituía una gran desventaja para todos los usuarios, en especial para las marinas mercantes y usos militares, generando un verdadero caos en las determinaciones geográficas.

Eso afectaba particularmente a la llanura que iba siendo sistemáticamente ocupada por la colonización creciente, en la que la tierra perdía la “elasticidad primigenia”, por imperio de los mojones.

Vienen a la memoria el desplazamiento de los terrenos denunciados por Samuel y Mardoqueo Navarro, para hacer lugar a la concesión de de Mot en Sunchales (Santa Fe), o de la Colonia Indígena en San Javier, para insertar a los norteamericanos de Colonia California en plena Región del Pájaro Blanco (Santa Fe), cumpliendo con los requisitos formales; como así los múltiples problemas que planteaban las delimitaciones, muchas veces satisfechas “de estima”, como era común en la época, ya por número de pasos o por tiempo de cabalgadura (caballo o mulas, cuyas determinaciones promedio utilizadas eran naturalmente distintas), o de navegación.

La historia de la evolución de estas esforzadas conquistas generalmente se ignora, por estar al costado de los procesos épicos o políticos, como si ellos no se hubiesen beneficiados con sus consecuencias; como así y por siempre, toda la población nacional.



Sector de mapa del siglo XVIII que destaca la situación de San Javier, San Pedro, etc, en este aspecto

En la Conferencia Geodésica Internacional, reunida en Roma, en octubre de 1883, se instó a la adopción de un meridiano general de referencia cosmopolita, y la adopción de una hora universal, entre otros puntos

De igual manera que con las posiciones geográficas, la determinación de la hora creó problemas cuya historia también interesa por sus consecuencias.

Una de las grandes cuestiones pendientes en el mundo cuando se inauguró el Observatorio Nacional Argentino en 1871, era la unificación de la hora a nivel nacional e internacional. Problema íntimamente ligado a la elección de un meridiano de referencia para la determinación de las longitudes geográficas en plena discusión por aquel entonces, como se indicara.

En la Argentina existía una verdadera anarquía horaria. Cada ciudad importante contaba con una hora distinta al resto y en el mejor de los casos, lograba uniformar la misma en su ámbito. En la ciudad de Rosario, aún en 1890, sus habitantes debían soportar tres horas distintas, donde *"en una reunión de seis personas, es raro que se encuentren dos que tengan la misma hora"* según relata Gabriel Carrasco, Ministro de Agricultura de la provincia de Santa Fe, en su trabajo sobre la unificación horaria, que sirvió de base para el proyecto de ley propuesto por Santa Fe y adoptada para beneficio de todo el país. Toda una historia olvidada.



Imagen de la torre de la iglesia de San Javier antes de la colocación del reloj (1916)

Mientras la comunicación entre los centros poblados se realizaba por medios que empleaban días en unirlos, este caos no acarreaba grandes problemas. Pero la llegada del ferrocarril y el telégrafo tornó crítica la situación y exigió una pronta unificación horaria en toda la república. Era común que los pasajeros perdieran sus trenes o vapores ya que cada línea utilizaba una hora distinta, mientras que con el telégrafo se daban situaciones insólitas tales como la que ocurría en algunas oportunidades cuando ¡la hora de recepción de un mensaje era anterior a la de su emisión!, conforme ya se mencionó.



Reloj “Ausonia” – Marcaba la hora en el almacén de Beltrame - Colonia California

Tampoco resulta gratuito reconocer la falta total de referencias, en los centros urbanos aislados. Se ponía en hora los pocos relojes existentes cuando se detenían, por simple estima de la posición solar o se ajustaban con la hora transportada por los ocasionales viajeros. Sin eludir el hecho cierto de los errores acumulados diariamente por ser en general sistemas mecánicos comerciales ordinarios; salvo los de uso profesional que se ajustaban astronómicamente con tablas, teodolitos, etc. Situación dramática por cierto.

La solución de este problema pasó a un primer plano de importancia en la discusión común.

Desde 1872 se comenzó desde Córdoba la transmisión de la hora para el uso del ferrocarril y de los telégrafos.

Por solicitud del Administrador del Ferrocarril Central Argentino, se dispuso desde el 17 de octubre de 1872 la emisión por el telégrafo de una señal anunciando las 11 horas de Córdoba todos los días jueves. El Gobierno Nacional con la firma de Simón de Iriondo dispone que desde el jueves 25 de febrero de 1875 se efectúe la transmisión de las 11 horas de Buenos Aires, "*cortando la corriente (del telégrafo) a las once de Buenos Aires lo que corresponde a diez horas treinta y seis minutos, cuarenta y un segundos con un décimo en tiempo de Córdoba*". Con este fin se intercalaba el interruptor del péndulo del reloj en serie en el circuito del telégrafo de modo que interrumpía la corriente del mismo a la hora señalada, con un error en general menor a la décima de segundo. Lamentablemente las malas condiciones de las líneas impedían una llegada regular segura de estas señales. Adicionalmente en Buenos Aires contaban con el problema de la distribución de la hora dentro de la ciudad, para lo cual Gould sugiere el empleo del disparo de un cañón tal como se hacía entonces en Edimburgo, Escocia.

Por iniciativa del Ministro de Agricultura, Justicia e Instrucción Pública de la Provincia de Santa Fe, Gabriel Carrasco, se propuso la adopción de la hora del meridiano que pasaba por el Círculo del Observatorio como hora unificada de la Argentina.

La estratégica posición de Córdoba en el centro de la nación, hacía que la diferencia de tiempo verdadero con los puntos más distantes nunca sea mayor a 24 minutos, constituyendo una gran ventaja adicional la existencia en ésta del único Observatorio Nacional.

Todo relatado así, parece simple y natural. Sin embargo, concretar esos primeros pasos, requirieron de notable esfuerzo por parte de quienes los llevaron a cabo y prolongadas discusiones y tarea de convencimiento por parte de los políticos santafesinos, destacados por su actitud progresista, para lograr apoyo a la iniciativa y permitir que el país diera los pasos necesarios en ese sentido.

Así, Gabriel Carrasco, impulsor de muchas acciones progresistas en Santa Fe, siendo Intendente de la ciudad del Rosario, el 5 de Octubre de 1891 envió al Concejo Deliberante de esa ciudad un proyecto de ordenanza, para que declarara hora legal en el municipio, la hora media de la ciudad de Córdoba, donde existía el Observatorio Nacional Argentino. Este proyecto fue sancionado por el Cuerpo el 13 de Octubre de 1891, estableciendo: “*Artículo 1º) - Declárase hora legal en la Municipalidad del Rosario, la hora del tiempo medio de la ciudad de Córdoba. Artículo 2º) – De forma – Fdo.: F.Somoza , Presidente; R. Alfonso, Secretario*”.

Esta ordenanza se puso en vigencia el mismo día 13 de Octubre de 1891

Al año siguiente, siendo Gabriel Carrasco Ministro de Agricultura, Justicia e Instrucción Pública del gobierno santafesino del Dr. Juan M. Cafferata, promovió el correspondiente mensaje fundado a la legislatura de Santa Fe, para adopción de igual medida en todo el ámbito provincial.

En la Sala de Sesiones, el día 7 de Noviembre de 1892, la Legislatura sanciona con fuerza de ley: “*Artículo 1º) – Declarase hora legal en todo el territorio de la*

Provincia de Santa Fe, la hora del tiempo medio del meridiano del Observatorio Nacional Astronómico de Córdoba. Artículo 2º) – de forma”. Así, Santa Fe, con espíritu no común, hace uso pleno de una entidad científica ya famosa internacionalmente, enclavada en Córdoba, que también le pertenece y sostiene, dado su carácter federal.



El reloj donado por madam Oget en torre iglesia de San Javier

Con esa misma fecha, Gabriel Carrasco como ministro y en forma oficial, cursó a todos los Gobernadores de Provincia una circular enviándoles copia de tal legislación santafesina, propiciando que ese sistema horario sea adoptado a nivel nacional, en vista de la ventaja evidente que ello reportaría a la Nación Argentina. A la vez que comunicaba esta decisión y su propósito de generalizarlo, al propio Director del Observatorio Nacional Argentino, John Macon Thome, destacando: *“Séame permitido ofrecer como homenaje a la ciencia, en la persona del señor Director, la iniciativa que he tenido el honor de tomar para la sanción de dicha ley”*



Punto fijo en casa de San Javier - Detalle

La acogida de que fue objeto la propuesta, encontró también eco favorable en toda la prensa del país, en sus diversos idiomas de expresión.

Esa notable iniciativa santafesina, dio como consecuencia, que la Nación Argentina adoptara la hora del meridiano de Córdoba, como hora oficial nacional. La

propuesta fue aceptada y rigió como hora nacional, desde el 1^{ero} de noviembre de 1894.

Esta decisión estuvo vigente hasta el 1 de mayo de 1920, fecha de la adopción como la mayoría de las naciones del mundo, del meridiano universal de Greenwich, en carácter de referencia común de origen horario.



Personal del IGM en campaña (IGN)

Asimismo, no podemos dejar de recordar el efectivo esfuerzo realizado en la región para concluir con los problemas enunciados, por el hasta hace poco Instituto Geográfico Militar – hoy Instituto Geográfico Nacional, para fijar los puntos geodésicos de referencia del territorio nacional.



Hito del IGM en la Plaza de San Javier

Allá por 1914 realizó la triangulación de toda la zona de la costa, con asiento en San Javier.



Hito del IGM en la Plaza de San Javier - Detalle

Se colocaron los hitos geográficos en el ángulo sureste de la plaza San Martín y en terrenos y propiedades ubicadas a lo largo y ancho de la población.



Hito FGG 158 del IGM sito en San Javier

También era dable observar en los campos, las torres metálicas elevadas, que utilizaba el personal técnico del IGM para las mediciones a gran distancia, como la que existía en Colonia Mascias.



Torre geodésica del IGM

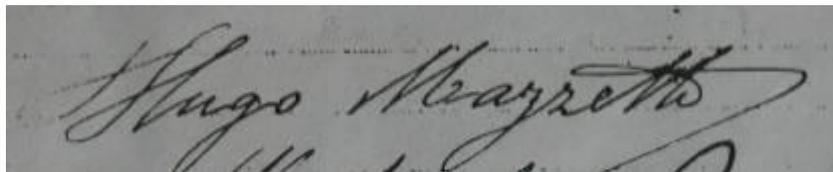
Era común la utilización de señales luminosas por las noches, para enlaces distantes, que permitían una mayor precisión.



Vehículo con conscriptos y material para erección de las torres (IGN)

Fue en oportunidad de esa laboriosa campaña que perecieron ahogados en el río San Javier dos jóvenes conscriptos. Gracias a información suministrada por el amigo Aldo Migno, pudimos precisar los hechos.

En Enero de 1914 se encontraba trabajando en San Javier la comisión del IGM. A la misma pertenecería el ingeniero Hugo Mayzetto – italiano – de 46 años, casado. (Vecino de San Javier según el acta de defunción)

A close-up photograph of a handwritten signature in dark ink on a light-colored, textured surface. The signature is written in a cursive style and reads "Hugo Mayretto".

El 1° de ese mes a las 17 horas, falleció ahogado el conscripto Carmen Mervecino, oriundo de Guardia del Monte junto con un compañero. Pensamos que el origen refiere al cuerpo de ejército al que se hallaba incorporado; ya que no se encontró localidad o paraje con ese nombre, para conocer el origen de ese argentino que vino a morir a las costas del San Javier.

Fueron testigos del hecho Horacio Castañeda y Arturo Robles.

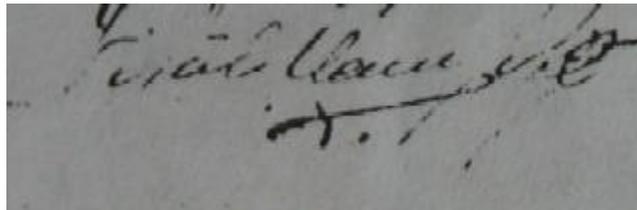


Personal del IGM en campaña (IGN)

El certificado de defunción correspondiente fue firmado por el doctor DIÓGENES TORRE, del cual hasta el momento, no teníamos conocimiento de su existencia y actuación en la localidad.

Pasamos a incorporarlo a la lista de profesionales que rescatamos del olvido, gracias a esa valiosa prueba documental.

Vital Ocampo – hijo – era ayudante del Registro Civil y suscribe también el acta correspondiente.

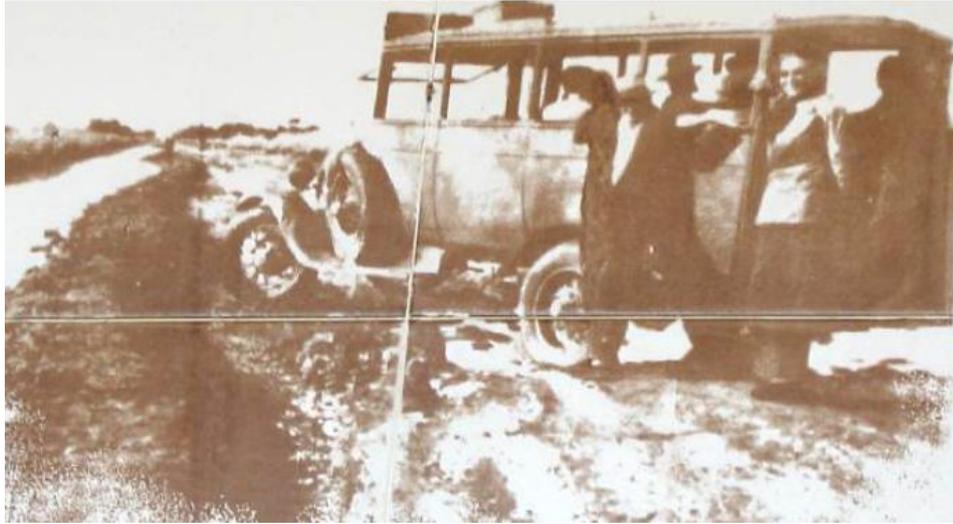
A black and white photograph of a handwritten signature in cursive script, which appears to read 'Vital Ocampo'.

firma de Vital Ocampo



Casi en el ángulo SE de la plaza San Martín (Al fondo), se halla el hito citado

No eran fáciles las comunicaciones en la zona. Por el viejo camino de la costa, casi una senda en partes, transitaba por Colonia Francesa **Ricardo Vigo**, que con un automóvil unía Helvecia con San Javier; se denominaba “Mensajería”, al servicio.



Mensajería de Vigo peleando con el barro.

En el lado Oeste de la Colonia, estaba el apeadero “Los Cardenales” del Ferrocarril Belgrano en la línea que unía Naré con San Javier, recorrida diariamente por un “Coche a Motor” que en tres horas unía Santa Fe con San Javier (La mitad del tiempo empleado por los colectivos de las empresas Ruiz y San Javier.



Hoy son “las vías del silencio” :



A fines del siglo XIX se instaló una línea telegráfica que unía Santa Fe con Sanjavier, por la costa y proseguía al norte. Esa otra vía eléctrica rompió definitivamente el aislamiento a que las fuerzas de la naturaleza sometían periódicamente la zona de San Javier. No debemos olvidar que los caminos, de calzada natural y las vías superficiales de escurrimiento de agua, con lluvias intensas o crecientes extraordinarias como las citadas, aislaban inexorablemente al pueblo. El Dr. Menchaca durante su gobernación programó una visita a la localidad desde la ciudad de San Justo en oportunidad de una gira por el interior. Se lo esperaba en San Javier con una gran recepción pública en la plaza a las seis de la tarde. Arribó pasadas las veintitrés. No pudo sortear el llamado “Zanjón de la Nena” en Colonia Francesa. El automóvil que lo conducía quedó empantanado hasta que vecinos del lugar pudieron sacarlo y hacerle trasponer el escollo.

Tampoco fue fácil la educación. Tenemos el esfuerzo denotado de sacrificados maestros que a lo largo de la

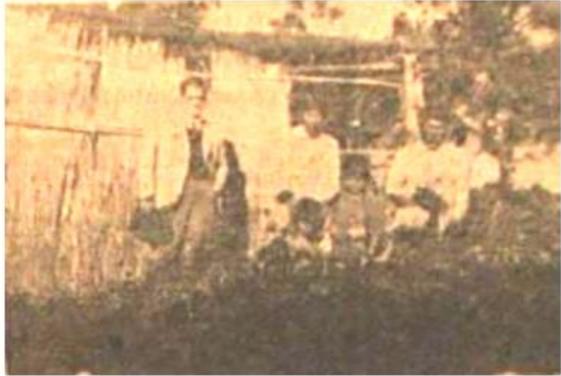
historia de la Colonia llevaron con su esfuerzo el abecedario, allí mismo, “al borde del monte”.



Maestra Inés Álvarez en sus inicios – De una fotografía de Francisca Cabral.

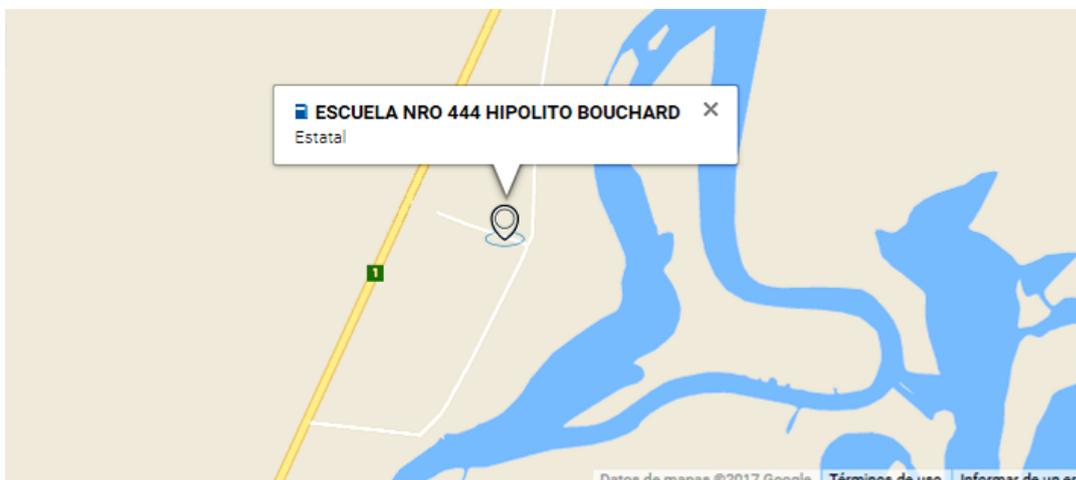
Hoy en los umbrales de la Era del Espacio, la Escuela n° 444 Hipólito Bouchard perteneciente a la educación pública estatal, Jardín de Infantes Nivel Inicial, EGB1 y EGB2, EGB3 y su homónima, la ex Escuela Nacional n° 85 de Colonia Francesa; fundada el 7 de Octubre de 1910. Fue su primera maestra y directora la señorita **Inés C. Álvarez**; una reconocida vecina de San Javier que se inició en el magisterio con ese cargo; hoy Escuela n° 6085 Inés Álvarez, con Nivel Inicial, EGB1, EGB2, EGB3 (Eran épocas heroicas y de sacrificio. Así debemos

rescatar también la memoria de **Bernardino Golpe**, director de la Escuela Nacional de Colonia Francesa – un rancho – peleándole a la ignorancia y a la miseria con denuedo.



Bernardino Golpe con sus alumnos en aquel rancho - escuela nacional en 1945.

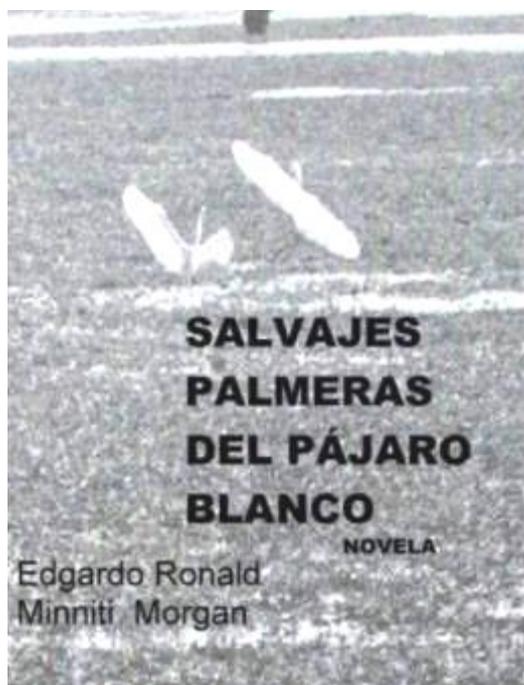
Las dos imágenes anteriores son elocuentes de la vigencia aún avanzado el siglo XX de esos verdaderos “palacios de la vinchuca”, en zonas rurales); esas escuelas preparan en Colonia Francesa a las nuevas generaciones para enfrentar los nuevos retos de la peculiar y magnífica etapa actual de la humanidad.





Escuela 444 - Fot. Luis Verón – El Litoral-04-05-2017

APÉNDICE



La historia regional naturalmente influenció mucho en el autor al momento de encarar la novela histórica “Salvajes Palmeras del Pájaro Blanco”(Disponible en la Web), de la que los habitantes de Colonia Francesa resultaran también protagonistas. Por ello como Apéndice, se incluyen los capítulos correspondientes, para dar – de

alguna manera – fuerza vivencial a este atípico trabajo sobre esa colonia fronteriza que sufrió permanentemente no solo las contingencias de la naturaleza, sino también el acoso de los salvajes que depredaban la región. Se han remarcado en negrita las citas de los mismos en los distintos párrafos que se reproducen para facilitar su identificación.

CAPITULO XXXVI ILE DE FRANCE

Cuando pasó la dama que transitaba por la vereda de enfrente, perdiéndose en el borde de la ventana enrejada, el escribiente, “don Jorge Jiménez López Gurruchaga”, como se presentaba a los que acudían a él diariamente en el Departamento Topográfico de la provincia de Santa Fe, se dio nuevamente al registro a su cargo, después de suspirar.

Ese semidiós burocrático consignaba en la crónica respectiva que "nueve leguas al norte de la colonia Helvecia y una al sur del pueblo de San Javier, el señor Couvert, un colono de la floreciente Esperanza, fundó la **Colonia Francesa**, en terrenos cedidos por el gobierno de Santa Fe, conforme fue registrada su delimitación en el mapa inserto en el folio...” La labor se vio interrumpida por el retorno de la señorita en sentido

inverso. Ésta al pasar mirándolo fugazmente, se tocó superficialmente el cabello a la altura de la nuca, acomodando lo que ya estaba bien y continuó bajando la vista, coqueta, su rutina matinal, llenando de calor aún más el ambiente tibio de esa soleada jornada.

Esta vez, demoró bastante en recomenzar su arduo y delicado trabajo “de registrar adecuadamente las alternativas de esas extrañas comunidades dispersas por la frontera”, conforme calificaba y definía su actividad. Y continuó escribiendo, “contiene noventa y una concesiones de veinte cuadras cuadradas cada una, de las cuales ya fueron ocupadas veinte por catorce familias de franceses y suizos venidos del cantón de Wallés, familias Vouilloz, Gallay, Genolet, Udrisard, Couvert, Racka, Fedre, Valansberg, Oget, Chapoz...” El recuerdo de ella pudo más que la crónica oficial, hizo a un lado la lapicera y los cambios de algunas letras en los apellidos, tapó el tintero y dejó volar la imaginación detrás de la figura que ya se había perdido hacía tiempo por el otro costado de la ventana. Sin embargo, quedó prendida en su memoria, entre marcha y contramarcha de los planes para entablar alguna conversación que los acercase sin comprometerla. Sus intenciones eran serias aunque ella no lo supiese aún.

Los franceses, olvidados en el líquido universo azul prusia del frasco de vidrio, tuvieron que aguardar un tiempo para oficializar su existencia. Mientras, eran sólo un grupo de seres humanos que a pura voluntad le peleaban al monte, palmo a palmo, la tierra de labranza y pastoreo a la vera del San Javier de siempre que corría impertérrito, transportando limo al estuario del Plata. La vid sombreaba en promesas regadas diariamente los patios

de sus casas; el tiempo, con su sudor, iba levantando el generoso sol de una rubia cosecha que levantarían incansables pensando en las que le sucederían.

A California, de tanto en tanto, llegaban noticias de estos apacibles colonos de lengua extraña, aún más que el castellano que comenzaban a pergeñar sin mayores problemas. Atraía su acento gangoso particular.

Aquella misma mañana, después de roturar un buen paño de la verde tela generosa de Colonia California, seguido por el cortejo de garzas que como blanca estela del arado, aprovechaba el surco reciente en procura de gusanitos, los Moore vieron que llegaba un sofocado jinete en un caballo sudoroso, al límite de sus fuerzas.

- ¡Monsieur!, ¡monsieur! - exclamaba en su extraña lengua el agitado personaje - los indios han atacado la colonia, matando a tres de los nuestros. Violaron una de las mujeres y raptaron un niño, llevándose todo el ganado, más de cien cabezas y una tropilla como de treinta equinos ¡Por favor, ayúdenos!

Nadie clamó en vano nunca a su puerta. Desenganchó los caballos y sin esperar nada, partió con sus hijos al galope tras el atribulado francés que los guiaba, mientras el menor partía hacia el vecindario para solicitar apoyo.

La marcha llevó su tiempo. Este era de oro. Recorrer las tres leguas que los separaban del destino, ocasionaba una demora que los exasperaba. Charlie, el bayo que montaba, se contagiaba de ese nerviosismo; tenía que ser sofrenado para no sobrepasar al jinete guía. Tanto

él como su cabalgadura, estaban exhaustos. Llevaban duplicada la distancia con relación a ellos.

Faltando poco, el francés rodó. El animal metió su pata derecha en una vizcachera. Dio por tierra con el jinete. Lacerado por los espinillos, se recuperó rápidamente. El pobre animal tenía la extremidad quebrada. Hubo que despenarlo a cuchillo, para evitar el estampido revelador. Aún no sabían que ocurría realmente adelante. Desconocían la situación actual.

Montó en la grupa con Jeff y prosiguieron la marcha más lentamente. Un verdadero martirio para ellos, acostumbrados a tomar los hechos a la par, no así a la zaga.

Tres o cuatro colonos y una mujer que lloraba ruidosamente, los rodearon al arribar a una de sus casas. Señalaban hacia el monte del oeste, tratando de expresarse todos a la vez, sin resultados, por la cacofonía de un francés dialectal ininteligible. Uno de ellos impuso silencio y relevó al agotado guía. También hablaba algo de inglés, en contra de su voluntad conforme se cuidó de poner en claro con toda la seriedad del caso.

- Partieron hacia allá - les dijo, indicando el monte que se abría denso a unos trescientos metros del lugar. Era evidente la falta de armas de fuego adecuadas. Excepto unas inofensivas escopetas de calibre menor y la manifiesta impericia para todo enfrentamiento; denotaban incapacidad para resolver situaciones fuera de los parámetros individuales normales.

No esperaron más. La confirmación del rapto del pequeño los empujó a continuar al trote en la dirección

aludida, siguiendo el rastro evidente aunque frío, dejado por los animales. Les llevaban mucha ventaja.

En sentido contrario partió uno de aquellos colonos jóvenes, para avisar a los suyos de la dirección de la partida y la necesidad de que apurasen la marcha. Debían asegurar la batida necesaria, por si no regresaban al día siguiente. No tenían idea de lo que les esperaba. Las explicaciones fueron confusas. Evitaron que se acumularan las explicaciones para no perder tiempo en desentrañarlas.

No iba a ser fácil la cosa. Así que mientras unos vigilaban el horizonte y cuidaban las posibles emboscadas, el otro seguía atento el rastro, tratando siempre de ganar terreno.

Con el correr de las horas, se acercó la noche. El rastro, si bien continuaba claro, no se entibiaba para nada. Nadie dudaba que los captores buscaban poner la mayor distancia posible. Andaban a buen paso. Se evidenciaba por el tranco de los animales, el máximo que permitía el arreo. Contaron siete cabalgaduras montadas, lo cual, dada su decisión y pericia en la marcha, los tornaba enemigos no fáciles.

El sol tinto de sangre se partió en el filo del horizonte. La marcha se dificultaba. El monte que había ido raleando, volvió a hacerse denso. Las espinas resbalaban raspando la dura tela de los pantalones o hiriendo la blanca piel en las partes que la marcha descubría.

Con los fusiles fueron rompiendo el encaje tejido entre árbol y árbol por arañitas negras afanosas,. A los

manotazos, eran apartadas o aplastadas contra la frente o los pómulos, en su molesta huida hacia el cuello.

El silencio se había posado. Concluido el retorno de los pájaros, el último grito de victoria de un zorzal desapareció de la memoria vegetal. Solo restaba el movimiento nervioso entre las ramas, provocado por el acomodo de las aves para pasar la noche.

La luna comenzó a freír su gigantesca yema cuando los mosquitos empezaron a hacer de las suyas. Tuvieron que detener la marcha. Se acercaron a una trepadora cuajada de frutos, blancos a la sazón por la escasa luz lunar; recogieron algunos y frotaron la cara, brazos, manos y piernas con su pulpa gelatinosa. Así aplacaron algo la agresión de esos pequeños demonios alados. No obstante, el molesto zumbido próximo y su aletear que irritaba las fosas nasales con cada inspiración profunda que exigía esa marcha forzada, los sacaban de quicio.

Cabalgaron toda la noche aprovechando la luna llena que, al elevarse, desbordó las sombras diluyéndolas en su manto de plata. Varias veces perdieron el rastro, sin embargo pacientemente, rozando el suelo con la yema de los dedos, pudieron descubrir donde la tierra había sido hollada por el rebaño. Otras tantas perdieron las esperanzas y, a fuerza de tesón, volvieron a recuperarla.

Casi sin advertirlo, la luna fue poniéndose de frente para verlos mejor. Disimuló su caída al oeste, envolviéndose en la claridad que venía también detrás del rastro. El cansancio pasó a ser otro jinete en el grupo vigilante. Barrían el frente con ojos inquisitivos, tratando de obtener del piso sus mensajes, buscando desentrañar el

movimiento de los animales en la distancia, el indicador de la presencia fugitiva, el dato necesario para orientar la estrategia.

Nada, solo marcas muertas en el suelo polvoriento, desarrolladas con altibajos a medida que eran recorridas, remarcándolas con los pasos propios.

El día fue de golpe para ellos. La transición los halló atentos y veloces aprovechando el descampado.

- Mira pa - observó Jeff señalando un manchón de pisadas en una lomada seca, en el polvo atemperado por el rocío nocturno - ¡ya no son siete, ahora son solo tres!

Contempló preocupado la evidencia. Podría constituir el indicio de una emboscada. Sin decir nada. dió una vuelta en herradura ponderando los sitios de riesgo. Se dirigió abiertamente con el fusil presto hacia un grupo de espartillos que crecía a la izquierda de un magnífico algarrobo. El dedo presionaba suavemente el gatillo del arma en el primer descanso. Nada. El movimiento percibido se debió a una liebre que había buscado refugio y ahora partía presurosa en su carrera zigzagueante.

Un suspiro de alivio y frustración no pudo ser reprimido. Cualquiera fuere el final, estaban ansiosos por enfrentarlo.

- ¡Sigamos! - ordenó en voz baja. Y la marcha continuó, como si los pasos inagotables hubiesen tomado de las horas su constancia y terquedad.

- ¡Alto! - exclamó Thomas de pronto. Todos se detuvieron atentos, sin formular palabra, mirando al protagonista que, con ansiedad, sorbía el fresco aire de la mañana - ¡No sienten el olor? - preguntó - viene a veces con el viento, parece del sureste. Han torcido para el sur y

el aire viene cargado de él. ¡Sientan! - exclamó gozoso cuando se acentuó. Por fin un indicador de algo, de alguien.

- Tienes razón - dijo su padre - ahora es más fuerte, se percibe claramente. Es olor a asado que recién comienza. Un olor fresco, tenue todavía. No tiene la intensidad de la carne plena. Recién comienza.

Avanzó a la cabeza, lentamente, en la dirección que lo llevaban los finos hilos olfatorios, quebrados con cada cambio de brisa en una dirección distinta. Así, en medio de ese juego de tomar y quitar, la seguridad de la presencia de humanos se fue haciendo más intensa, junto con el rastro que ahora sí estaba caliente. Hasta casi podría decirse, imposible de pisar por la tensión generada...

Desmontaron para avanzar de a pie. A sus oídos llegaban expresiones raras en idioma mocoví. Ásperas, como salidas de las gargantas de los esteros.

- ¡Jeme! - alcanzaron a escuchar que decía alguien.

Allí estaban adelante, a unos doscientos metros. En la sombra de un timbó, adorando la carne de un potrillo expuesta a las llamas de una precaria fogata. Los restos del animal formaban un manchón marrón sanguinolento, pocos metros enfrente de donde se hallaban. Eran cuatro. Los tres indios y el rubio francés, un ovillo al pie del tronco.

Hicieron un rodeo para buscar la brisa favorable. Comenzaron a arrastrarse en dirección al grupo.

Cuando estaban a unos sesenta metros, no quisieron avanzar más. A esa altura, el pequeño, llorisqueaba y comía, bajo la mirada burlona de sus captores.

William distribuyó las presas por señas. Una para cada uno. A Thomas le tocó la suerte de rescatar al muchacho. Esa doble tarea encomendada en silencio, lo llenó de gozo. Era la más peligrosa, por el chico y él.

Lentamente la cruz de la mira se dejó estar entre los ojos del salvaje próximo al pequeño. Thomas tomó el del centro y Will el de la derecha. Los disparos sonaron como uno solo. Las cabezas se abrieron igual que sandías maduras golpeadas. Los cuerpos rodaron de bruces y quedaron exánimes. El grito del muchacho llegó a sus oídos al tiempo que corría. Lo tomó por la cintura y lo puso en la grupa; volvió rápidamente hacia donde estaban los suyos, prestos a partir. No podían correr riesgos. Desconocían la distancia a que se hallaban los cuatro que se habían separado de la partida. El alarido de las armas se había hecho escuchar demasiado.

La batida que organizaron los restantes norteamericanos durante su ausencia, los encontró llegando a la casa del colono. Se les ofreció el conmovedor espectáculo de una madre que corrió enredándose en sus faldas, llorando. Levantó con los brazos a su hijo sano y salvo, entre gritos y llanto.

Volvieron la espalda al agradecimiento de esos felices agricultores, que no sabían como expresarse para transmitirles su reconocimiento, por el rescate del pequeño; la partida continuó detrás del ganado y cabalgaduras robadas. Ellos, agotados, regresaron lentamente hacia el norte, cara al viento. La madre sonriente y llorosa, vio empequeñecerse en la distancia hasta perderse, la figura de aquellos hombres cansados y sucios. Quedó allí un buen rato agitando su mano levantada, hasta que su esposo la

tomó por los hombros y la obligó a entrar en la casa. El relato contado y recontado por el pequeño de sus peripecias y salvación, se enredaba con la cola del perro que le hacía juegos, lamiéndole ora una mano, ora el rostro.

Lavadas sus plumas con sangre, el pájaro blanco se había aquietado una vez más...

CAPITULO XLIX EL PAÍS DE LAS PALMERAS

Fueron dejando atrás la tierra alta, sumergiéndose en los bajos cubiertos de palmeras enanas, que daban una peculiar personalidad al paisaje, bastante distinta de la que estaban acostumbrados. A medida que avanzaban hacia el noroeste, otras formas orgullosas y más oscuras, elevaban su figura grácil y agitaban su verde cabellera al viento, allí arriba, a mas de diez metros, destacándose en el palmeral enano, como hermanas mayores cuidadoras del vegetal rebaño.

Un grupo de ellas constituyó un buen lugar para la detención. Ataron y manearon los caballos y las mulas. Se aprestaron a enfrentar el primer campamento. El frío aún clavaba sus uñas en los rostros, pero el azul del cielo les anunciaba la bonanza de los próximos días. En silencio, despenaron la tarde.

Las guardias se sucedieron sin novedad. El café caliente despertó a los remisos, que prontamente se aprestaron para la partida.

Faltaron cuatro caballos. Por suerte no se hallaban lejos. Desprendidos de sus ataduras, se habían distanciado poco maneados y fueron hallados ramoneando en las proximidades, sin inconveniente alguno, excepto el cargo formulado a los responsables por la liviandad de los nudos. Fueron objeto de chanzas por ello durante toda la mañana.

El alto se hizo al promediar el día en la margen de un arroyo. Allí se notó la ausencia de los dos indios que, ignorados, vieron facilitada su huida con diversos objetos de la expedición. El más perdidoso, Ben Moore por la falta de su revólver, fue quien integró primero la avanzada en pos de la captura, mientras el resto aguardaba descansadamente los resultados.

Habiendo sido infructuosa la misma, reemprendieron la marcha con la convicción de que la indiada ya estaría enterada de la expedición. Todos maldijeron por lo bajo. Andrieux, particularmente fue el destinatario de las miradas acusadoras que se diluyeron con el correr de las horas.

Avanzada la madrugada, despierta al grupo un canto de gallos. Con la poca agua disponible se prepara media taza de café para cada uno. Se emprende la marcha. Con el día observan el cantón "Los Tobas" en la distancia. Ese centinela híbrido en aquella llanura árida, se les antoja más un castigo para los blancos que lo sufren, que para el indio que lo acosa, o lo usa cuando el hambre y la enfermedad instala sus reales, cosa frecuente en el

paraje. Entonces se da esa suerte de farsa social de la sumisión, o la mansedumbre, hipócritamente aceptada por ambas partes. Y así la vida sigue y se pierde, para volver a renovarse y otra vez desaparecer en la primera escaramuza, como la de aquel oficial sacrificado por sus armas y su casaca con dorados.

Los caballos marchan lento. La falta de agua les hace sentir aún más la fatiga del andar. Recién a media tarde se encuentra una laguna que les brinda la necesaria. Hombres y animales, jugaron largo rato en el amargo elemento líquido.

- ¡Zona mala! - exclamó Benjamin Moore, tras sorber un par de tragos y escupir con asco después.

El andar que se tornó monótono, fue haciendo decaer la atención. Cada cual se sumergió más en si mismo, mientras las horas y el trote los llevaba inexorablemente tierra adentro.

El rugido fue como una cachetada pegada fuerte por el viento que les daba en la cara, de frente. Les quitó la modorra de golpe y las armas se pusieron prestamente en guardia, en dirección al origen del mismo.

-Shhh... - indicó Ben, cruzando su índice sobre los labios. Hizo señas de detención. Se apeó y caminó agazapado entre las matas de espartillos. La fiera se regodeaba con los despojos de un conejo al pié de una gigantesca palmera. El ruido producido por los huesos del animal al quebrarse entre sus fauces, solaparon los de una rama seca pisada. Maldijo para sí por su falta inexcusable de previsión. Debió mirar para abajo, antes de hacerlo para adelante. La sorpresa estaba siempre fuera del cono de visión. " Imbécil! " se dijo dos o tres veces.

El estampido fue reemplazado por otro rugido agónico, cortado de cuajo por la muerte. El yaguareté se desplomó exánime sobre la víctima menor. Pararse el cazador fue la señal para que todos corrieran al lugar, llevando sus caballos por las riendas fuertemente sostenidas en las manos para evitar que espantados por el olor de la fiera se desbandaran. Rodearan la presa. Los animales con los ojos desencajados y los cogotes tensos, tiraban de sus lazos tratando de alejarse. Aún muerto, infundía miedo el felino.

Dos de los más diestros blandieron los cuchillos y procedieron al destajo, previo cuereo. Comerían carne fresca.

Los delicados optaron por el charque para superar el apetito. Sin embargo, no pudieron dejar de probar, de última, un bocado de entrañas; esa carne magra, fibrosa, dura, fuertemente saborizada con sal y pimienta para atenuar el regusto salvaje, no era aceptada por todos. Los cuartos, solo accedían a la buena dentadura de los jóvenes, cuando el estómago se retorció de hambre.

Concluido el almuerzo, se dispusieron a cavar un pozo en un bajo húmedo. A los pocos centímetros la dureza gredosa del suelo los hizo desistir de continuar. No les quedó otro remedio que seguir viaje, con el áspero raspado de la sed en sus gargantas. Todos, hombres y bestias hermanados por esa necesidad orgánica común.

Algunos caraguataes que crecían entre el palmeral vinieron a aplacar un poco la sed con su jugo lechoso. De los más desarrollados pudieron extraer hasta medio litro de líquido; muchos tenían un sabor rancio, producto de la distancia en el tiempo de la última lluvia.

Los caballos saborearon la corta ración compartida. Sus belfos expresaron satisfacción. No así los humanos por las heridas que las púas ocasionaron a sus manos durante el manipuleo de las plantas.

La marcha continuó. Hasta más allá de las primeras horas, la escarcha cubría la llanura con su blanco tapiz, dándole esa particular característica de paisaje lunar al amanecer.

El trote solo compromete a la avanzada en descubierta, que explora los alrededores.

- ¡Alto! - ordenó Moore levantando la mano - Así no podemos seguir. Hasta donde se extiende la vista, ¡solo el páramo reina!

- ¡No hemos visto ningún animal en las últimas horas!
- agregó Forshire.

- ¡Nuestros huesos lustrarán los pastos! exclamó apesadumbrado Richard, pasándose el pañuelo por la frente en un gesto automático falto de sentido, pues nadie transpiraba.

Desmontaron y se apretujaron en un pequeño grupo de palmeras rezagadas, mientras Moore, Nelson y Salezan, exploraban los alrededores en busca de manchones de humedad entre esos pastos duros que tapizaban en parches ocres la tierra reseca. El pozo cavado sólo arrojó un agua salitrosa que ni las bestias quisieron beber. Hubo que continuar la marcha hasta dar con una arenal deprimido, fondo desecado de alguna laguna estacional.

Nuevamente desmontan. Con el corto refugio de unos matorrales. Por turno comienzan a excavar otra vez. Hasta los caballos, cansinos, se dejan asomar por

encima de la boca del agujero, como anticipando la presencia de líquido. Llevaban más de veinticuatro horas sin tomar nada. Están al borde del colapso. El instinto los indujo a comer la tierra húmeda que empiezan a lanzar desde adentro los excavadores, a casi cuatro metros por debajo de la superficie. Algunas pocas gotas resuda la tierra del fondo mezclada con tosca. El esfuerzo se multiplica y apenas si logran extraer un par de litros que, si bien dulce, no alcanza sino para reavivar hasta límites insospechados la sed que los embarga.

- ¡Muevan los traseros, carajo! Parecen señoritas paseando por el parque. ¡Les faltan sólo las sombrillas floreadas! - exclamó de pronto Kauffmann, sobreponiéndose al agotamiento.

La expresión de sorpresa fue reemplazada por una sonrisa que se hizo carcajada unísona. Trasmitió un nerviosismo favorable a las bestias, que afianzaron el paso hasta perderse en el recodo del viejo camino indio, recorrido ahora a buen paso por ellos y el viento del norte.

A las tres de la madrugada los despertó un sorpresivo fagonazo, seguido de un trueno casi sobre sus cabezas. La tormenta había venido pisándoles los talones. Empezaba su descarga por la retaguardia. Presurosos, apilaron los pertrechos y los cubrieron con lonas. La tela sobrante, tomada de cada punta, sirvió de improvisado reservorio del agua que caía a mares. La trasvasaron a los recipientes de cuero. Gruesas gotas en sucesión interminable, mojaban sus caras ansiosas. Eran recibidas como monjes brindando un extraño, silencioso, pero profundo rezo laico a las generosas divinidades de las alturas, que les arrojaban esa copiosa tabla de salvación.

Con la mañana, no hubo esta vez café. Estaba todo tan mojado y ellos tan reconfortados, que no tenía sentido el sacrificio del fuego imposible. Repuestos, hombres y bestias, se dispusieron a seguir mientras un tercio de los venidos de Alejandra, a retornar con cualquier excusa.

- Dejalos que se vuelvan - le decía Mac Lean a Moore - los escuché hablar de ello desde que salimos de lo de Sager. No tendrían que haber venido. ¡Carecen del espíritu de la partida!

- No está errado - agregó Fort, uno de los de allí que se quedaba.

- El monte no es el campo arado - sentenció Valory. - Es más duro que un toro salvaje, más astuto que el gato onza y a veces traidor como la víbora. Dejémoslos que vuelvan. Lo harán cambiados y tal vez el remordimiento que los acosará, será el mejor castigo por largo tiempo, ¡sino por siempre! - insistió.

Moore se volvió sin decir nada. Casi con asco, se dirigió al grupo presto al regreso, endilgándole:

- Lamento que deserten. Les deseo buen viaje y suerte en el camino. Si no comparten el espíritu de estos hombres, bien hombres, que me acompañan, es mejor que regresen ¡Adiós! - Volvió grupas, les dio la espalda. Reinició a la vanguardia el camino al norte, cantando por lo bajo una vieja canción con que se daba ánimos en las largas travesías del desierto, en su tierra natal.

En tropel volvieron a su mente encontrados recuerdos que encendieron rostros, cabelleras en fogata y la espina, ahora espinita, de la casi carne de su carne que tal vez estuviera allá, si todavía estaba y lo fuere.

El tiempo, implacable, fue oscureciendo todo. Esfumando los vívidos colores y las fuertes experiencias dulces, para dejarlas decantar, cristalizadas, ajándose con cada retorno.

Por dos días la lluvia no dejó de castigarlos. Lentamente, muy lentamente para no rodar, fueron buscando el altozano donde acampar seguros de no ser alcanzados por el agua, que formaba arroyitos y fangales entre las patas de los animales; marchaban, y marchaban, como si el terco destino de sus dueños se hubiere apoderado de ellos con particular contundencia.

Imposibilitados de seguir, al final del día armaron las camas con hojas de palma entrecruzadas, cubiertas por mantas y encerados; elevándolas como atolones grandes, por encima de la miríada de islitas formadas por los tacurúes, que tímidamente asomaban la cresta por encima del acerado lago gigantesco que los rodeaba. El cielo había extendido una manta líquida en la tierra.

Las chanzas y los cuentos caldearon el ambiente. Litros de café compitieron con su agua negra, por el calor. Los animales, arracimados a pocos metros, impasibles, consumen el pasto tierno que reverdece a los pies, en lugares aislados y a veces, debajo del agua clara. Cada tanto, levantan sus grandes ojos acuosos, para mirar el cálido resplandor del fuego encendido con ramas y troncos de palma, donde se secan ropas y cabelleras, entibiando nostalgias silenciosas.

- Trece días de marcha y nada todavía - dice Grovet a su amigo Griffith - ¡Trece días y qué mala suerte! No hemos encontrado un indio ¡ni para endilgarle un buen

día! ¿Nos iremos de aquí con las manos vacías? ¿Será posible?

Las sombras eran cortas cuando transitaban en medio de la toltería abandonada. Los refugios precarios se conservaban intactos, indicando que no hacía mucho tiempo de la partida de sus ocupantes. Osamentas dispersas mostraban que la sequía los acogió a ellos también, ¡y fuerte!

El camino del indio torció hacia el noroeste. Hacia allá se dirigieron, como atados y arrastrados al mismo por invisibles lazos atávicos. El aire, sin ser elocuente, sugiere su proximidad ¡por fin! Los sentidos se agudizan. Las guardias se nutren de más personas en cada turno. La marcha prosigue, por esa senda, entre espinos, tacurúes, palmeras ralas y quebrachos.

Las pisadas de ganado en un claro hablan de los animales que por allí pasaron recientemente. El rastro se caldea. Se extreman las precauciones. Las guardias son recorridas constantemente para evitar que se duerman por cansancio, aquellos poco acostumbrados a tanto y tan prolongado esfuerzo.

La carne del caballo que tuvieron que sacrificar por caer en un hormiguero, fracturándose la pata, les sirve de almuerzo tardío o cena temprana.

La noche chaqueña abrió sus negras fauces; de pronto el cielo fue surcado por estrellas fugaces, premonitorias lanzas de fuego venidas del norte, hiriendo la lechosa faja láctea que iba cayendo al poniente con el correr de las horas.

- ¡Qué cielo magnífico y esos fuegos artificiales! ¡Cuanto misterio! - comentó Leonhart a Moore con asombro - ¡Es extraordinario! No me canso de mirarlo. Nada parecido al nuestro del norte ¡Aquí todo es superlativo! Con razón el doctor Gould se vino para este lado, dejando Norteamérica. Dicen que desde Córdoba lo explora con gran éxito.

- Sí, así lo comenta La Nación. Lo trajo Sarmiento y hay cierto enojo por su instalación en el interior; como así por la Exposición Nacional que se hizo en Córdoba; lo leí en un ejemplar viejo de ese diario, que llegó a mis manos antes de partir - fue la respuesta; agregando: - Es magnífico. Esta tierra, este aire y ese cielo incomparable! Ni en las noches claras en pleno desierto, gocé tanto de un espectáculo maravilloso como el de aquí, por su magnificencia!

- ¡Vea usted esa estrella fugaz! - insistió conservando los ojos hacia arriba.

- Lástima la intrincada política criolla. Oscurece, retuerce, ¡desnaturaliza tanta belleza!

- Va a cambiar ¡Téngalo por seguro!

- Está cambiando - respondió Moore. Lo siento así. Por eso estamos aquí. Desde el gobierno se hacen ingentes esfuerzos para poner orden. Hacer progresar esto ¿Vio usted que el puerto de Helvecia está teniendo en pocos años más movimiento que el del Rosario?

- No, ¡increíble! ¿Está seguro?

- ¡Vaya si lo estoy! ¿De dónde cree que saca sus fuerzas el gobierno?, sino de eso, del logro de su política abierta, en contra de la misérrima, egoísta, conservadora,

que vinieron practicando hasta ahora. Me lo han explicado varios, en particular Gordeau.

- Sí, es extraño - aseveró Leonhart - ¡Insisto, casi increíble!

- Las llaves de la tierra van cambiando de manos. ¡Esta produce sin molestar a nadie! Bueno, salvo a unos pocos ganaderos retrógrados, que ven amenazado su poder feudal con arados y alambrados - insistió su interlocutor - están acostumbrados solo a mate, asado y galleta. O algún conflicto menor en Helvecia por la judicatura de paz. ¡Los italianos no son de arriar!

- ¡Y ahora el gobierno nos usa para limpiar la zona! ¡Qué cosas tiene el destino!

- No solo eso. Nos financia la expedición, que es lo importante. La prensa clama por las correrías indígenas. Las ciudades, al menos en los suburbios, son todavía inseguras ¡Ellos también sienten la lanza en la nuca!

Alguna tos reprimida y estornudos incontenibles, originados en la mojadura, fueron marcando la noche que transcurría sin novedad, mientras tres pares de ojos vigilaban por turno para evitar sorpresas.

La otra toldería abandonada, con la leña presta para el fuego, les indicó la proximidad de los aborígenes. Apuraron el paso. A eso de las once, Nitter divisó humo en la distancia, apenas visible por la resolana. Dio la voz de alarma. Moore ordenó parar.

El sol caía a pleno y los caballos no estaban en condiciones para una batida inmediata. Reunió sus hombres y trazaron la estrategia a seguir.

- Acamparemos. Después de un descanso nos moveremos despacio - ordenó. - Raciones frías solamente.

Aseguren buen pasto y sombra a los animales. A las tres retomaremos la marcha. No podemos permitir que se nos escabullan por la noche. ¡Vamos, a descansar se ha dicho!

Sin réplica, cada uno hizo lo suyo. En un rato, todos dormitaban bajo la sombra pobre de la isleta, aplastados por la siesta.

A una hora de marcha divisaron la toldería habitada. También fueron vistos. El indiaje huyó hacia el monte. Seis hombres, comandados por Sager galoparon en semicírculo para cortarles la retirada. Otro grupo, rodeó la toldería por el sur, encontrando solo gente de chusma: unas pocas mujeres, algunos ancianos y varios niños.

Dos que huían al monte con sus hijos, fueron heridas.

Las restantes, inermes, de pié, observaban neutras los sudorosos jinetes que aparentemente no traían peligro para ellas.

- Señor, soloj tre jombres juyeron para allí - dijo una. - No temiendo tape pobre, señor.

El regreso de la batida confirmó lo dicho. Traían tres sombreros de hoja de palma y cinturones de cuero crudo de otros tantos salvajes muertos.

Las obligaron a montar con los niños en la grupa. Siguieron camino hasta una laguna de aguas permanentes, a unos dos kilómetros del lugar.

Después de recorrer varias tolderías abandonadas, señaladas por las cautivas bajo estrecha vigilancia, dan con una que hacía poco fue abandonada, conforme el rastro caliente en la tierra.

- ¡Ajá! Tan cerca lo tobas ayá - exclamó la mujer en su mal castellano, mientras sacudía su cabellera en un gesto

orgullosa indicador. Su figura digna se agitaba a la luz de las llamas. Había borrado de los ojos todo rastro de su pensamiento. Solo ese brillo metálico los dominaba.

Entre el vapor de la taza de café, Blazy miró a su interlocutor, el capitán, mientras éste decía:

- Aquí termina nuestro recorrido al norte. Llegamos a las tierras tobas. Ellos no nos han molestado. Hasta ahora no tenemos noticias de que hayan participado directamente en correrías contra las colonias y a los mocovíes, sus enemigos de siempre, los tienen a raya ¡No les aflojan ni un pie de su territorio!

- ¿Acaso volvemos? ¿Y el Inglés?

- Aún no. Torceremos hacia el este, en dirección a la costa del Paraná. Algunas fogatas se divisaron durante el día. Seguiremos el rastro hallado.

Nicolatti, que escuchaba, agregó:

- Son escurridizos, parecen fantasmas ¡Sólo hemos hallado jirones de ellos en la vastedad de la tierra recorrida!

- ¡Ah! - respondió Kauffmann - Lo que dice me recuerda la experiencia de la gente de Nuevo Torino. La llanura amplia a su vista. Las partidas adelantadas recorrían kilómetros a la redonda sin hallar no un indio, sino tan siquiera un rastro de aborigen. Volvían tranquilas. Por la noche, durante el sueño después de una jornada agotadora, caían como lluvia de verano, acosándolos. Digan que los colonos tenían la sana práctica del ruedo de carretas y guardias nutridas, sino ahora serían un montón de huesos blancos por allá, pasando Esperanza.

- No es fácil el oficio de vivir - agregó Nicolatti - ¡no señor!

- ¡No, al menos el de vivir como nosotros en el borde del infierno! - le contestó Kauffmann - porque para algunos de arriba, tréboles.

- Si pudiésemos arreglar con ellos ¡Que cada uno viva lo suyo! Ni ellos necesitan de lo nuestro, salvo por la facilidad de tomarlo, ni nosotros requerimos de lo de ellos ¡No les quitamos nada! - exclamó Valdez que había estado callado hasta entonces.

- ¡No hay caso! - comentó Kauffmann - Tengo noticias de que Morgan intenta algo así. Por la mañana se acercan a su casa, en proximidades de Alejandra, por el zanjón que la delimita y le ofrecen alones de ñandú, miel y cueros, que él recibe por el simple cumplimiento a veces, otras por negocio; y les da azúcar, sal, algo de yerba. Por la noche se arriman y le roban los caballos. Y son los mismos. Los marca el rastro; hasta alcanzó a detener a uno. Era el que a la mañana le había ofrendado un par de patos para el guiso. Ahora, trata de no dejarlos acercar. Va a su encuentro. Los recibe a distancia, con los suyos alertas a sus espaldas para que no le tomen el tiempo. Está levantando la que habrá de ser la morada de su familia, si consigue hacerse de tu prima - agregó con suspicacia dirigiéndose al joven Mac Lean, que sonrió.

- ¡Lo han cazado a Morgan, está listo! ¿Por qué creen que no es de la partida? ¡Las polleras lo han maneado! ¡Tiran más que una yunta de bueyes!

- ¡Donde el amor entra! - acotó Moore. ¡Ustedes hablan como si no se les hubiesen calentado las verijas!

Una rara sensación les recordó sus mujeres distantes. Fueron sobrecogidos por aquella nostalgia suave, que los inundaba con el calor de tantas cosas

compartidas. Como si el destino no fuera de cada uno, sino de a par. Hombre y mujer, mujer y hombre, soldados por el cariño y la dura vigencia de una realidad que no perdonaba a nadie, ni a ellas. Aún recordaba el llanto de las **francesas** violadas, las otras muertas y la madre de los niños raptados.

Un silencio opresivo se instaló en el grupo, llevando a cada uno a su manta con aquellos pensamientos. Sólo los tres pares de ojos alertas de los guardias, brillaban en la noche, como pequeños charcos abiertos a las estrellas.

Los dos cautivos eran un rescoldo mortecino en el horizonte.

CAPITULO LI BORDEANDO

El día se ha hecho. Los últimos bártulos son asegurados para continuar la marcha. De nuevo el andar recomienza, esta vez de frente al sol otra vez solo, que los obliga a bajar la cabeza para proteger sus ojos con el ala del sombrero. El rastro comienza a ser claro. Por entre la marca de los vasos, se lee nítida la huella de pies humanos descalzos, caminando rápido.

Lo que les pareció bruma en un comienzo, los envolvió atacándoles la cara con sus alas y las patas serradas. El cielo se puso marrón El chirrido del vuelo aumentó aún más el asco y la rabia que les producía la

langosta que volaba hacia sus posesiones. Extrañaban la época, pero allí estaba, adelantándose. Nada podían hacer. En otra oportunidad, hubieran prendido fuego al campo para desviar la manga. Ahora no podían denunciar su presencia ¡Se la tenían que aguantar estoicamente! El indio estaba cerca. Así que agacharon más la cabeza y continuaron la marcha, mirando fugazmente a su alrededor, cada tanto.

La manga pasó en una hora. No tenían seguridad de su extensión. Debía ser el extremo de una mayor. La preocupación era otra. Pronto quedó detrás, en el pasado, como otra contingencia menor para contar al regreso. Fue el día de la langosta. El de otro ataque.

Blazy que marchaba a la derecha del grupo, gritó indicando la distancia.

- ¡Miren, miren allá, indios!

- ¡Vamos, al galope! - ordenó Moore espoleando su caballo. Todos le siguieron, tratando de alcanzar las pequeñas figuritas de bronce que corrían hacia el monte.

La redada no fue buena. Sólo dos mujeres, un hombre que había tropezado en un raigón, y siete niños que los observaban temerosos. La mujer no era de arrear. Con una maza de quebracho aplastado en su extremo, usado para desenterrar raíces y extraer el cogollo de los caranday, hizo frente a Moore, tratando de asestarle un golpe en la cabeza, mientras lanzaba un rosario de expresiones duras en lengua mocoví. Resbalaban incomprendidas por la pechera sudada. Apenas, entremezcladas, podían separarse alguna que otra expresión en un español deformado y , varias veces el : -

¡gringo! - repetido con desprecio, en medio de esa barahúnda gutural.

- ¡No le tiren! - gritó tomándola de la muñeca y haciéndole arrojar el garrote.

Un par de brazos presurosos, concurren en su ayuda. Hubo que voltearla para amansar su furia.

- ¡Brava la india! - , exclamó Sager riendo por el revolcón del jefe, que cayó con la misma, rodando.

El indio, neutro, había cerrado filas con sus hijos. Contemplaba sin decir nada la escena. Ella se levantó y se le acercó con mirada furiosa. La expresión de enojo imponía respeto.

- No indio malo. Indio bueno, señó. - manifestó haciendo caso omiso a la dura mirada de la mujer que escupió el piso a sus pies.

- ¿Cómo te llamás? - preguntó Perico, que se convirtió en su interlocutor por dominar mejor el español.

- Naikin. Indio ser Naikin, compagre de Mateo Viyalba, del Rey. Indio no malo señó - insistió dirigiéndose a él pero mirando a Moore.

Mientras ello ocurría, doce hombres salieron a campear la descubierta para tratar de encontrar otros. Fue inútil la excursión. A las cuatro de la tarde regresaron con las manos vacías.

- Vamos - ordenó Moore. No conviene que nos agarre la noche en estos parajes. Hay salvajes cerca. Corremos el riesgo que nos dejen de a pie. Estamos fritos si nos roban los caballos por la noche.

-Tienes razón - dijo Sager para matizar la marcha que había ya emprendido la columna con los prisioneros montados de a tres en cada caballo - ¡son sigilosos estos

malditos! Hay quien dice que de noche cabalgan en las raíces de los yuyos, ¡para arrimarse a depredar!

Una sonrisa recorrió el grupo por la salida.

Caía la tarde cuando se acercaron al monte de palmeras en el que decidieron hacer campamento. Había pastos tiernos pero no agua.

Perico, luego de hablar con Moore, convocó al indio de nuevo, que se acercó mirándolos medio de soslayo. Les llamó la atención unos objetos metálicos en su cintura, que se les habían escapado al principio.

- ¿Qué tenés ahí Naikin? - preguntó Perico indicándoselos.

- Nada. Chuzas nomás - fue la respuesta. Eran una lima y un trozo de acero afilados, terribles en el extremo de una tacuara. Lo miran pensativos. Moore le hace señas de continuar, después de quitárselas.

- El capitán Moore quiere que nos guíes hasta la toldería.

El hombre levantó la cabeza, asombrado.

- ¿Capitan Mur? - dijo. En ese momento se arrimó a la tropilla un caballo con la clásica montura india, un cuero solo. Comenzó a pastar tranquilamente con el resto de los animales.

- Cabayo mío - dijo el paico sonriendo, con los ojos brillantes ante la posibilidad de hacerse de una cabalgadura.

- ¿De dónde lo sacaste? - preguntó Perico. El indio lo miró y vaciló.

- Bueno, no mío, de unoj de lojotroj. Ahora mío - respondió ladino.

- ¿Y dónde lo consiguió tu amigo? - le preguntó esta vez, poniendo un gesto adusto y un acento duro, para forzarlo a desenredar la mentira que entreveía.

- No sé. Escapando de la toldería de Juan Gregorio. Ta pa yá - agregó señalando al oeste.

- ¡Juan Gregorio! - exclamó Moore con fiereza. - El cacique de los indios de San Javier que apresamos después del robo de caballos ¡Lo llevaban a Martín García y le abrieron las puertas en el camino!

- ¡Linda piedra para la honda! - exclamó Ayulo que conocía las correrías del sangriento salvaje, que hasta se permitió burlar la ley por el respeto que imponía su ascendencia sobre los mocovíes, a la que los políticos temían por todos aquellos escabrosos manejos, surgidos de oscuras alianzas que recorrían la región, ¡torciendo los vientos políticos contrarios a punta de lanza! Los había utilizado el Brigadier y lo seguían haciendo sus sucesores. Juan Gregorio fue el instigador de los asaltos a Colonia California, Eloísa y de los crímenes de la Galense, Alejandra y Eloísa. Pero, como otras tantas veces, la "falta de pruebas suficientes", había hecho de las suyas en la parodia judicial donde la balanza comparaba otro tipo de fuerzas. Otra espina de la rama de el Raí

- ¡Carajo!; ¡tan cerca e impedidos de ir a brindarle nuestros saludos! ¡Si no fuera por el mal estado de los caballos y la falta de agua! - exclamó Moore que seguía atentamente el diálogo entre Perico y el indígena - Ya le haremos pagar sus cuentas. Debe devolvernos los dos holandesitos que aún conserva ¡Lo verá! - gritó con el puño cerrado levantado en dirección al lugar que indicara el tape; no con odio, ni tan siquiera rencor. Sólo con un

natural sentido de la justicia burlada, de la vida burlada, del dolor y las penas desatadas.

Después de un día de marcha, acamparon en la ribera de una lagunita que parecía permanente, donde a cada momento los caballos volvían para gozar el placentero fresco del agua. Eran lo único que se movía en la inmensidad del paraje. El azul infinito y el verde amplio, se abrían en abanico desbordando los sentidos. El murmullo de la brisa en los pastos y los puntos de alguna distante bandada, que parecía dibujada estática sobre ese azul pleno, radiante, sin manchas ni nubes, colmaban el espíritu. Con esos puntos suspensivos, la imaginación volaba lejos, hacia los lejanos hogares.

Los diecinueve cautivos se agruparon al pie de una palma. Apenas si dialogaban entre sí. Los niños correteaban nerviosos ante la mirada vigilante de los guardias puestos a cuidarlos para evitar sorpresas. Así, no eran peligrosos. Pero libres, ¡no de fiar!

Con la otra mañana, reiniciaron la marcha, esta vez hacia el sureste. Anduvieron todo el día.

Fort, Schneider y Nicolatti, se cruzan cada tanto en los minutos que dura el paseo alrededor del campamento, en las tres horas de guardia que les tocó en suerte a eso de la medianoche, cuando relevaron a Blazy, Valory y Salezan.

- La noche es magnífica, ¿verdad? - dijo el primero a Alex, que fuera a su encuentro estirando las piernas.

- Bárbara, pero fijate, allá abajo al oeste, vi varias veces destellos de relámpagos. El viento ha cesado ¡Me parece que se prepara una tormenta pampa!

- Es probable - respondió - Noté esta tarde gran actividad en los hormigueros levantando barreras en sus bocas.

- Mirá - le indicó.

Sobre el monte de enfrente, pasando el claro, el cielo se rasgó violentamente. Al instante el sordo restallar del trueno llegó blando a sus oídos.

- Se viene nomás.

Cuando la mañana ató su presencia, ya la tormenta era cierta en el sudoeste. Su pañuelo gris acerado, recorrido por culebras brillantes, ceñía su cuello.

Savomin, con Inocencio, se internaron un poco para buscar leña. Era necesaria por si volvían los cielos a descargarse. No querían estar desprevenidos, se hallaban en zona baja y llana; aunque lo avanzado de la primavera no hacía temer el frío, sino las mojaduras prolongadas.

El machete descargaba su filoso beso en las ramas de un algarrobo caído. Al levantarlo para un nuevo golpe, el ruido atenuado de unas hojas secas aplastadas lo sorprendió. Sin mirar para atrás, lo arrojó y tomó el fusil dándose vuelta listo a disparar. A no más de quince pasos de él, Savomín vio un salvaje con la lanza presta a ser descargada en su espalda. Se arrojó al suelo de media vuelta y girando, descerrajó un tiro torpe. Erró. Al menos, como un felino, el indio se perdió en silencio. No encontró rastros de sangre, solo quebradas las ramas terminales de algunos arbustos, en dirección de la precipitada huida. Fue vana la batida. El rastrillaje no arrojó resultados. Ni a nivel del suelo, ni sobre los árboles,

hallaron a nadie. Aquellas hojas secas le habían salvado la vida.

La partida se vio así demorada. El camino recorrido aquella mañana bastante menor que en los días precedentes, se hizo en vigilante silencio.

Con la noche, el nuevo campamento, aunque malo por falta de pastos, se instaló ante la posibilidad de otras condiciones peores adelante; imposibles de anticipar con la oscuridad que se instaló de golpe, cuajada de relámpagos y estampidos sordos. No se veía la punta de la nariz de cerrada que estaba. Se confiaba en que con todo ese furor celeste, el temor atávico indígena los mantuviese en sus apostaderos, dejándolos tranquilos.

La voz de Mac Lean alertó claramente a todos cuando impuso silencio.

El golpe regular de los cascos de un caballo se escuchó claramente entre los truenos, como así el relincho que diera el animal al olfatear a los del grupo, que de inmediato respondieron. Venía del sur este y continuó su galope, sin detener la marcha, pese a que el jinete debió percatarse de la presencia humana por el reclamo repetido que le brindaran los animales.

- Por la velocidad, es un correo. Pero, ¿a dónde? - inquirió Mac Lean.

- ¡Al infierno! - acotó Moore - Debe ser un bombero del Inglés. Nadie se interna en esa dirección, ¡sino tiene asegurada la existencia con el propio diablo! - agregó.

- No solo eso. Sabía que nos hallamos aquí y quienes somos. De otro modo, hubiera variado el ritmo de marcha, por mera curiosidad, o se hubiese acercado, ante el saludo

de relinchos. - agregó Alexander Mac Lean. Las armas se relajaron nuevamente. El misterio continuó.

Así, con esa sola alternativa, la marcha prosiguió al clarear. Tuvieron que matar un par de animales agotados, como tributo a las naturales deidades telúricas, ávidas de sangre, que habían venido reclamando sacrificios desde el comienzo. La partida se desarrollaba a fuerza de voluntad, bajo una fina llovizna fresca.

Como el aire, las cosas cambiaron con el día vigésimo de marcha entre montes y esteros. El arribo de un carro con víveres de refuerzo, cambió abruptamente el tono de la jornada.

Por los informes recogidos de los recién llegados y de los prisioneros utilizados para obtener las referencias que permitieran diferenciar los parajes, determinaron que la columna se hallaba a la altura de la comandancia del Rey.

Moore levantó la mano en señal de alto. Los jinetes se cerraron .

- El Rey debe quedar para allá - dijo señalando al oeste. No muy lejos. Les ruego no levantar la perdiz. No quiero que se percaten de nuestra presencia. Parece que nuestra campaña no ha caído muy bien a las fuerzas de línea. No tienen ni tenemos la culpa de su incapacidad para responder a las demandas ¡Están huérfanos de todo! ¡Menos de gente, por cierto! - recalcó otra vez. Obligado y Jobson están en la otra margen - en Entre Ríos - y son la única garantía nuestra. Así que no vale la pena explicar nada a sus subordinados.

- ¡Já!, cada vez tienen más, con las campañas políticas y las revoluciones, hora a hora es mayor el número de

opositores movilizados, ¡para que no participen en esas lides! ¡Después de lo de Oroño! ¡Querer despojarlo de sus fueros! - agregó Sager, evidentemente furioso por esos manejos tan comunes.

Dejaron a un costado aquella comandancia. El leve cambio de rumbo los alejaba de San Gerónimo del Rey.

-Leonhart, vaya con cuatro hombres hacia La Vanguardia y por favor, infórmele a Vattray de nuestro cambio de rumbo y sus causas. Agradézcale su atención. Asegúrele y asegúrese que lo comprenda, que estamos felices por su aporte ¡Ah!, destaque que le devolvemos a Andrieux sano y salvo, todo enterito, ¡con su conocimiento completo! - dijo Moore mientras abrazaba al valeroso francés que, a lo largo de los días, no terminó de disculparse por el comportamiento de los indígenas que trajo. También el criollo Frutos se despidió de todos con un fuerte apretón de manos, anticipando estar dispuesto a participar nuevamente de cualquier incursión que se organizara.

- ¡La vida en el obraje no tiene ni el atractivo ni la gracia de una partida como ésta! - aseguró aquel valiente. - Debo cobrarme el rapto de una hija hace dos años - aseveró tristemente.

Las manos levantadas fueron por largo rato la despedida sentida que esos hombres brindaban a sus pares, mientras se perdían en el polvo del galope.

Los prisioneros, en el carro, cuchicheaban admirados mientras se entrechocaban por las características del vehículo en que viajaban. Era la primera

vez que dejaban de hacerlo sobre sus propios pies, o a lomo de caballo.

La risa hacía aparecer festiva aquella caravana que con magros resultados, volvía a sus lares.

- Me hubiera gustado visitar la Vanguardia - acotó Kauffmann. - Tengo noticias de su progreso. Se dedica a la explotación forestal. Cuenta con algunas máquinas a vapor recién instaladas y varias sierras circulares y verticales.

Inocencio lo miraba asombrado. Le parecía mentira que a esa altura de la frontera, pudiere mantenerse alguien a fuerza de coraje y trabajo organizado.

- ¿Será posible? - interrogó.

- Sí. Bajo la férrea dirección de Vattry. Le contestó Kauffmann, mientras repasaba mentalmente la descripción de Andrieux, en sus reiteradas conversaciones del tema, en los días pasados. En las que no dejó de recalcar las muchas veces que debieron romper el cerco tendido por los indios, con ayuda del legendario Coronel Obligado.

El día abrió su abanico azul, amplio, de horizonte a horizonte. Les sonreía en las flores que empezaban a mostrarse en aquella temprana primavera que, si bien fresca aún, casi fría, les brindaba por fin la caricia de sus días soleados.

Dejaron atrás la casa de Vernet y buscaron la de Thomas Moore para dejarlo junto con los prisioneros. Sus galpones eran seguros.

- Tu casa ofrece menos peligro para las personas. Es adecuada. Podrán en ella permanecer un par de días estos salvajes. Creo que no ofrecerán resistencia. Han demostrado en el trayecto un placer inesperado. Viajaron

"en primera" - decía Will a su sobrino que cabalgaba a la par. - Ayúdale a tu padre. Ustedes y los peones se las arreglarán.

- ¡Vaya regalo, tío! - exclamó el hombre joven orgulloso por la misión.

- No queda otro remedio. Viste como son las mujeres. Por aguerridas que fueren, no saben tratar con salvajes y, mucho menos, cuando se trata de un grupo mayoritario femenino y sus crías. Las otras casas tienen demasiadas polleras.

- ¿Estas cansado, tío? - inquirió el otro.

- No es cansancio Med. Agobia la frustración. Haber tenido cerca al causante de nuestros males y a su banda y no haber podido darles su merecido. Pero ya verá. En pocos días, antes que el entusiasmo se enfríe, les volveremos a caer. Esta vez sobre seguro y con la sorpresa...

- ¿Viste tío el daño que hicieron a las colonias en nuestra ausencia?

- Fue menor. Sólo sustos y unos pocos animales robados en Mal Abrigo, Alejandra y Galencia. Eso de última y por que se enteraron de nuestra ausencia. Pero lo pagarán pronto. La misión no está totalmente cumplida. Y la terminaremos, Med ¡Volverán con nosotros los pequeños!

La comitiva detuvo su marcha frente a la elegante casa de dos plantas que se erguía orgullosa, con sus ladrillos rojos de molde y su techo de tejas a dos aguas, casi sobre el río, con una magnífica vista a la curva que el mismo daba antes de perderse detrás del monte

situado a unos dos mil metros al sur este. Un poco a la derecha, la casa de Mac Lean se dejaba ver también rojiza, contrastando con el lujuriente verde florecido del paisaje.

El único que desmontó fue Grobet. Los demás esperaron pacientemente a la sombra del gigantesco jacarandá que bordeaba la huella doble que venía de Alejandra.

- ¡Adelante Juan! - le dijo William, que se apartó de la puerta para recibirlos. - Los esperaba ¿No se apean?

- No Will. Pretendemos seguir viaje de inmediato. Se va a hacer tarde y queremos estar en Helvecia a una hora prudente por razones de seguridad. ¡No sabemos qué sorpresa pueden depararnos estos en el monte! - le respondió mirando el carro repleto de caras que observaban curiosas la construcción y aquellas mujeres rubias, que empezaron a salir despacio por la puerta principal. También con la curiosidad pintada en el rostro.

Dio un beso a Winnie, a sus hijas y comenzó a cabalgar a la par de Grobet que ya había iniciado la marcha.

- Llevarás la voz cantante, Juan. Ya que estás a cargo del diario de la expedición. Tendrá que servir de informe a las autoridades del gobierno. ¡Estarás a cargo también de las cosas menores hasta cerrar las cuentas! Estoy cansado de todo.

- ¿Hasta cerrarlas?

- ¡Bueno, es una forma de decir! No lo tomes literalmente. Ya lo lograremos en su momento. Lo verás. ¡Lo haremos! - respondió Will, riendo.

El carro marchaba precedido por tres jinetes vigilantes para evitar sorpresas y antecedido por dos, también alertas.

Will y Grobet, cabalgaban ora con uno, ora con otros, para tratar de mantener el ánimo en la poco grata tarea de entregar el saldo y rendir cuentas.

- Las cosas están poniéndose difíciles. Ha llegado a mis oídos, que el gobierno está siendo presionado para que nos retire su apoyo - comentó Grobet.

- ¡No puede ser! ¡Les hemos dado más de lo que esperaron nunca! - le respondió Will.

-¿Y..? Nos hemos convertido en una espina. Empiezan a no tolerar nuestro éxito, aún con cosechas malas por la sequía y la langosta. Helvecía está pujante. Ni que hablar de California, Galense y Alejandra. Hasta la misma Eloísa marcha a pleno pese a su poca gente. La **Francesa** se está organizando y comienza a producir también ¡Eso molesta!, principalmente porque somos extranjeros, con otras lenguas y otros credos.

- Ellos no son nativos tampoco. Han tenido que pelear fuerte. No olvides que, si no fuera por nosotros, tendrían la frontera hostil a pocas leguas de la ciudad.

- No les importa, salvo a unos pocos hacendados que tienen sus campos por aquí y les conviene que mantengamos lejos al indio, mientras estemos en el límite. A los otros les calientan los agricultores, el alambrado, el juego político implacable en que encuentran sumergidos, que se les va de las manos.

- ¿Será?

- La sed del poder los enceguece, haciéndoles perder la perspectiva de la situación y el sentido de sus consecuencias.

- ¡No es fácil la cosa! - agregó Grobet.

- ¡Claro que no! - afirmó Will. Pero no se puede vivir así. Por eso voy a Santa Fe. Quiero hablar con los responsables de tanto desatino. No ven lo evidente. Desconocen el jardín por tratar de mantener los cardos.

- Están acosados por las luchas intestinas.

- ¡Insisto! No se puede vivir en un país desgarrado por el odio. Y aquí lo hay, ¡y mucho!

- ¿No exageras?

- Se maman viejas rencillas familiares desde la teta materna. Se las acuna en las ruedas de mate y se las aviva con los romances despechados y negocios frustrados. Es el ocio del poder, la siesta descansada, todo ese tiempo hueco a la sombra de los naranjos, de los paraísos, de las magnolias, lo que lo alienta.

- ¿No será que la sangre arde y mata en un juego vano de caballeros fuera del tiempo? - preguntó Grobet a su vehemente interlocutor.

- Las ideas solo visten ese odio. Lo disfrazan de madurez, lo blanquean de razón. Lo dejan bruñido para el consumo común, mientras lo oscuro se abre en las entrañas, campeando en esos espíritus, ¡poseídos por quién sabe qué atávico legado indomable de señorío ofendido!

- Creo que tienes razón. He estado leyendo algunos ejemplares aislados de La Capital, que han llegado a mis manos. En los cuales me sumergí, más para familiarizarme con el idioma que para seguir los vericuetos de esos intrincados dimes y diretes de Santa Fe y Rosario, o de

Rosario y Santa Fe, en este caso. Te puedo asegurar que es cierto. Resuman veneno entre líneas si es sobre la oposición y ambrosía, cuando del grupo de ellos se trata.

- No hay dudas. Son de temer los parlamentos convocantes. No por lo que traen en sí, sino por lo que esconden, o tuercen, o callan.

- No te extrañe. La verdad violada corre en susurros por estos lares y, a veces, no muchos están alertas o se hacen los distraídos.

Avanzada la tarde, comenzaron a transitar por los campos de Helvecia. La actividad era notable. En varias oportunidades hubieron de detener la marcha para saludar a algún conocido, o brindar una rápida explicación sobre la razón de ese cortejo extraño, marchando al sur, empujado por el norte que no cejaba, como atado al carro.

Se les arrimó un sulky, cuyo conductor se quitó el sombrero y saludó a Grobet:

- ¿Cómo le va don Juan?

- ¡Pero caramba!, si es don Manuel Luvi - respondió éste sorprendido. ¿Qué hace por aquí, lejos de su escuela?

- Estoy haciendo proselitismo; proselitismo pedagógico, ¡por supuesto! - le respondió el nombrado sonriendo.

- Le presento al capitán Moore, aunque creo que lo conoce, ¿verdad?

- Sí. Alguna vez nos hemos visto en algún cruce.

- Es un placer saludarlo, señor - dijo aquél extendiéndole la mano. El saludo fue prontamente retribuido con un fuerte apretón por parte del maestro.

- ¿Qué tal la escuela?

- ¡Oh..! ¡La escuela es una bolsa de gatitos que gruñen en alemán, italiano, inglés y español! Para colmo de males, mixta. Así que, de seguir esto, ¡tendremos rubios de ojos negros y negros de ojos azules! - exclamó el maestro contento por la oportunidad que se le brindaba, de explayarse con alguien de afuera de la colonia - ¿Siguen viaje a caballo? Por qué no toman el barco que sale en un rato cargado de granos, para Santa Fe? Es el Teresa.

- No con esta carga - respondió Moore - No podemos agregar una preocupación más a la gente. Para colmo, nadan como peces los salvajes. Se han criado en el monte, a la ribera de bañados y lagunas. No olvide que cazan patos tirándole de las patas, sumergiéndolos ¡Mire si nadan! No, ¡con ellos no!

- Es cierto, no se me había ocurrido. Bueno, ¡hasta la vista! Saludos a su gente - dijo dando marcha a su vehículo que se perdió por entre las chacras, mientras ellos también avanzaron.

Se encaminaron a lo de Kauffmann. La casa grande ahora habitada por su madre. Sabían que los esperaban y habría de acogerlos por esa noche.

La mano levantada de los colonos que se erguían en el sembrado o detenían su arado y saludaban en distintas lenguas, era cálidamente respondida con un agitar de sombreros y una sonrisa amplia, afectuosa, llena de fe y esperanzas.

Bordearon Cayastá, el primitivo lugar de fundación de Santa Fe. El viaje se les hizo pesado en la monotonía de las tierras bajas que los separaba de Santa

Rosa de Calchines. Nada a la vista. Solo los montes del otro lado del zanjón, hacia el valle del Paraná. A veces, por los caprichos meandrosos del viejo río, del San Javier, la marcha los va aplastando contra el terreno blando de su margen derecha; tierra arenosa, sin árboles en los alrededores. Las repetidas inundaciones que cobijan su baja altura, no permiten el ciclo de ejemplares destacados, salvo alguno que otro en las pocas lomadas que se sugieren hacia el oeste. O unos contados ceibos jóvenes que verdean intensamente.

A las dos reinician la marcha y siguen tercamente la Cruz del Sur que juega adelante escondida por el Sol.

Las primeras arboledas de la zona rural de Santa Rosa de Calchines se insinúan lejos, desdibujadas por la resolana. El fresco y el descanso quieren forzar la marcha. Deben realizar un esfuerzo para no salir al galope en su búsqueda. Los animales, después de la cabalgata, no lo soportarían. Toman su tiempo, entregan un trote lento. Para colmo, deben eludir las cuevas de los angullaces, esos ratones quejosos que hacen escuchar su grito particular en la arena. Como si la entraña de la tierra gimiera ásperamente por ser hollada. El "tucutú" grave, los acompaña por un tiempo.

El rito solar les marca las marchas y descansos. Con la caída de esa tarde, enfilan a las tierras del comandante Romero, donde también tendrán acogida. La última, antes de arribar a Santa Fe y cerrar un ciclo que ya lleva demasiado tiempo.

- A esos llévenlos al galpón - ordenó el dueño de casa, agregando - Los muchachos cuidarán de que estén seguros y no les falte lo necesario.

Los no comprometidos con la maniobra fueron invitados a ingresar a la galería en sombras, donde los esperaban con vasos de limonada fresca y alguna ginebra traviesa. Hasta ese lugar, llegaba el acre olor de la madera quemándose. De las ramas de un algarrobo, colgaban dos medios corderos, que habrían de brindárseles como cena.

- Así que no les ha ido muy bien que digamos - dijo Romero.

- En verdad, no, comandante. - respondió Grobet, celoso de su provisional cacicazgo - ¡Las cosas se han dado de nalgas!

De esa manera comenzó de nuevo otra relación de lo acontecido; que ya comenzaba a cristalizar en la memoria de cada uno, como acusación permanente por las faltas y excesos, por lo actuado y lo dejado de hacer. Pero eran corrientes interiores y las palabras, no dejaban que aflorasen los sentimientos encontrados que los embargaban.

Otro día, otra marcha. Ya los naranjales de San José del Rincón van quedando a un costado.

La nube de polvo del grupo de milicianos que los alcanzó se disipó de a poco. Al ver de quienes se trataba, la curiosidad hizo que los acompañasen un buen trecho. Esa noche, en las ruedas del lugar, se comentaría el paso de ellos, los valientes expedicionarios al Gran Chaco.

No debían ser mucho menos de las siete, cuando arribaron a Santa Fe, bordeando la laguna.

Tomaron por un costado, tratando de evitar la calle al centro, bastante transitada. Los jóvenes y los niños, que aún podían permitirse un último juego, se iban turnando para hacerles de séquito, mientras corrían en torno del carro con su humana carga cobriza.

- ¡Mirá abuela! - gritó uno asombrado. - ¡Indios, abuela! Son indios del norte ¡Mirá!

Arribaron a la casa de Patricio Cullen, donde los pusieron a buen recaudo para su entrega a las autoridades al día siguiente.

Los aborígenes están atemorizados por tanta gente. Mareados, se dejan conducir mansamente por sus captores, a dos piezas del fondo de la mansión, donde son encerrados. Serán posteriormente distribuidos entre familias de Santa Fe y Rosario "para una civilizada reeducación". Engrosarán así el nutrido grupo de servicio doméstico barato con que cuentan las mismas que amparará muchas maternidades mestizas.

El fresco, traído por una suave brisa del río plena de aromas y murmullos insectales, envolvió la ansiosa reunión armada a su alrededor.

- Bueno mi amigo - le dijo Patricio Cullen a Grobet - Afuera está mi gente para acompañarlos hasta la Jefatura, donde serán recibidos. Yo no voy. No tengo posibilidades de hacerlo. Lamentablemente me esperan en la estancia y debo partir enseguida ¡Negocios son negocios! Me hubiera gustado hacerlo pero, ¿qué se le va a hacer?!

- No importa don Patricio. Es una lástima pero no importa - Gracias por su ayuda. Contamos con usted para que nos apoye en nuestras gestiones. En el Pájaro Blanco

la cosa es difícil y las cosechas no siempre son buenas ¡Se nos ha venido la langosta!

- No se preocupen ¡Cuenten conmigo! - insistió. El apretón de manos marcó la separación y aquel hombre tan particular, emprendió la marcha por la calle polvorienta.

-Monseñor- decía el gobernador al prelado que lo apuraba, promoviendo decisiones drásticas contra los herejes que se estaban posesionando del país - es imposible. No podemos retornar a la Iglesia su potestad de inmiscuirse en las cuestiones civiles. Ocasionaríamos un daño terrible a la sociedad en general que se ha organizado así y a la propia Iglesia en particular. Usted mismo me decía que han proliferado los templos de otros cultos en todo el territorio. Ellos tendrían también ese derecho. Vienen, se instalan y adquirirían esa potestad. Todos clamábamos por que las cosas fueren así ¡Es el precio del progreso!

- No, ¡de ninguna manera! ¡Es la suerte del anticristo!
- respondió - ¿No me diga que se ha vuelto Oroñista ahora?

- Por favor, Eminencia, no ofenda - insistió Bayo tratando de calmar la figura de rostro congestionado. La pasión lo dominaba. Lo infructuoso de su nueva gestión en procura del retorno al estado de cosas anterior, lo sacaba de quicio. La ley del matrimonio civil era un puñal clavado hondo, producía heridas imposibles de restañar. Pero era la ley y no durante su gobierno ¡Que le pidiera cuentas a Oroño por eso y a Sarmiento por las maestras extranjeras!

- ¡La potestad es divina!

- En el cielo, señor ¡En el cielo! Aquí en la tierra, tendremos que seguir viéndonos con todos esos. En favor no solo de ellos, sino de ustedes, de nosotros, para una paz duradera, tendremos que contemporizar. - insistió el estadista.

- ¿Con el diablo? ¡Nunca! - expresó evidentemente molesto.

- No, por favor, ¡comprenda! Son otros hombres igualmente débiles al fin. Otras costumbres. Han colmado de tranquilidad estas tierras. Trajeron progreso. Amasarán riquezas que también compartiremos. Ya lo verá ¡Nuestras arcas se robustecen!

- ¡Treinta monedas! Usted me da penas ¡Siento un dolor profundo por su alma! No lo permitiré ¡Mañana mismo enviaré otro despacho al Primado poniéndolo nuevamente en antecedentes de esta situación intolerable! ¡Nos van a gobernar los protestantes! ¡Insólito!

-Vea. Tranquilícese. Imagine qué sería de nosotros si se multiplicaran los conflictos como en San Carlos. Piénselo. Hubo que dividir los hijos, para dar satisfacción a dos madres ¡No puede ser! ¡Los salvajes terminarán reinando!

El prelado lo miró furioso. Un rictus particular se dibujó en sus labios, fue reprimido de inmediato. Demasiada experiencia tenía en política de altura, para dar a conocer sus reales sentimientos.

- Gracias, señor Gobernador - dijo sarcásticamente parándose y dándole la mano. Salió del recinto sin mirarlo. Cruzó sin saludar por entre los dos extranjeros rubios que aguardaban en la antesala.

El propio gobernador se asomó y, suspirando, los enfrentó.

- Pasen por favor. Pasen.

- Es un placer señor - dijo Grobet.

- De igual modo - agregó Moore, dando la mano al mandatario. La figura corpulenta, señorial, del mismo era digna y siempre sorprendía a las personas que lo entrevistaban. Sus ojos firmes y su frente ancha, inspiraban una natural confianza. Había que mantenerla a raya para evitar pasarse, dado su bien ganado prestigio de habilidad para manejarse en los negocios de la política, no siempre favorables a sus interlocutores.

- Veamos, cuenten. Cuenten, por favor - decía sonriéndoles e invitándolos a ubicarse en sendos sillones que enfrentaban el escritorio lleno de papeles, ornado con un inmenso tintero de cristal con el escudo de la provincia. Pese a lo que aseguraban los opositores, la sagacidad y la seguridad de ese viejo zorro político, imponían respeto, mal les pesara a los amigos de Rosario que no paraban en medios para tratar de desplazarlo. En particular Oroño. De él surgieron las ingentes gestiones para obtener su desafuero. La lucha sorda continuaba sin pausa y aquí, o en aquella ciudad del sur, de tanto en tanto algún simpatizante de una u otra línea, aparecía cruzado en la acera. No durmiendo la mona, precisamente. Fueron planteados los problemas y renovadas las promesas y buenas intenciones. Pero los colonos salieron del despacho, con la misma carga de incertidumbre con que ingresaron. Eran conscientes de que la situación por distintas razones, ya nacionales, ya lugareñas, era difícil para todos. Fuera del apoyo y alguna ley especial que

prometió impulsar, el gobernador se ciñó a las condiciones de siempre. No pudieron avanzar un paso. De nada valieron los argumentos del éxito de la campaña al Chaco, la riqueza y el tributo al fisco.

- El estado es un herido serio. Sangra por todos lados. No le infligré una lastimadura más ¡Aunque fuere pequeña! La presencia de Santa Fe se hace sentir en todas las provincias, para bien o para mal. Ello no por mera conversación. No nos olvidamos de ustedes. Acabo de defender su causa ante el tribunal divino - dijo sonriendo, mientras los acompañaba hasta el despacho del secretario.

- No imaginan el esfuerzo que hacemos por ustedes. Ya vendrán tiempos mejores. San Javier y el Pájaro Blanco habrán de cambiar. Si resultan las gestiones que efectuamos para radicar un nuevo y nutrido contingente en la zona, lo haré. Esta vez de italianos.

- ¿Italianos? - inquirió Grobet.

- Sí. Católicos - respondió el gobernador sonriendo maliciosamente - ¡Debemos equilibrar la balanza! Si no lo hacemos, se nos va a venir el Vaticano encima.

Todos sonrieron y se despidieron de igual modo.

- Viejo ladino - decía Grobet a Moore mientras bordeaban la plaza por la vereda del Cabildo, hacia la calle Comercio. En el Registro los esperaban unas gestiones de tierras fiscales. En particular por una isla que interesaba incluir en el patrimonio de California para seguridad de la colonia. Era alta, cubierta de montes y seguro refugio hasta entonces del salvaje. A ella volaban los pensamientos, mientras la Santa Fe en primavera, tenía un algo especial que la distinguía de todas las ciudades

virreynales que perduraban en espíritu, pese a los cambios de época y de regímenes.

Alguna dama donosa, el tránsito cansino de los jinetes para no ser multados por la velocidad que levantaba polvo y molestaba a los vecinos, rompía esa bella y luminosa majestad de postal, que la caracterizaba. El olor dulzón a leche, azúcar y vainilla cocidas en cobre, que salía de una panadería, les llenó las fosas nasales, haciéndoles desear un buen café con alfajores. Apuraron el paso...

CAPITULO LII PELEANDO EL NORTE

La Jefatura de la 2da. línea de Frontera, ahora a cargo del coronel Bedoya, envía en Octubre a los caciques José Manuel y José Miguel para que traten de lograr la reducción de las tribus de alzados que quedaron vagando por la retaguardia. Ello, sin perjuicio de otras acciones efectivas emprendidas, pese a las cuales se ven comprometidas en acciones violentas en Los Tres Pozos y en Las Ovejas, parajes situados frente a Goya, al Este de Reconquista, en los que murió un soldado del Regimiento 12.

Las reacciones prosiguieron con batidas al interior del Chaco durante los cinco primeros meses de 1883. En Mayo se mataron 16 indios de tolderías tobas y las fuerzas del teniente Aguilar consiguen dispersar la tribu

que atacó a las colonias de la zona en Abril, sin lograr batir a “el Raí”.

Las acciones se intensifican y el Coronel Obligado participa de una expedición organizada conjuntamente con tropas al mando del Coronel. Francisco B. Bosch, que por varios meses “peinan” todo el límite interior desde el Paraná hasta Santiago del Estero con resultados diversos y hasta de carácter también científico. Uno de los objetivos principales no se cumple: reencontrar el Mesón de Fierro, Meteorita, Fierro del Tucumán o Fierro Meteórico como se llamó a ese regalo del cielo por más de un siglo cautivó hasta a los españoles de la corona. Dicha acción permitió un exhaustivo relevamiento de la extensa región aledaña a la línea, denominada “Campo del Cielo” por aquel bombardeo celeste, donde se refugiaban las tribus del Cacique Inglés, conocido entre los indios como Juan el Raí, hijo adoptivo de Nailalarerí y hermano “de crianza bélica” de Niguiliquí (lo adoptó a la muerte de ese hijo) y de Naiguinquí. De su fiereza y capacidad hablan quienes de él dependían, no menos célebres: Huagrenak, Niño Dios, Petizo, Antonio, Canciano, Domingo Fasical, Huantolí, Josholek, José Grau, Juan Antonio, Juan José, Lasicorí, Manuel Antonio (hermano de Mariano, reducido), Llajnorí, Aischí, Dialrochí, Dapilrochí, Dóleo (santiagueño), Hualoraichí, Laisí (a) Pognarí, Liprochí, Nalasarí, Navalorí, Pananichí, Pianrachí, Sanrai, Sonatquí, Tenererí, Tesorí, Tochirí; así como Sinatquí (a) Cambá, con sus dependientes: Agustín, Chirichí, Chokoirí, Kaninrochí, Kenochí, Koquiní, Lanroquí, Legmatraitquí, Malaseurí, Marraik, Megueraní, Natrairí,

Neguenerí, Nogoirí, Palkarí, Pananquí, Panogrí, Pelaiquí, Saneray, Schiglalerí, Schilerlí, Schiloirí, Sictorí, Sigrinquí, , Tanukchí, Tasarchí, Taskay, Tesoiquí, Tetrochí, Tiktaloi y también mentados Dameguesorochí, Taloquí y Kapetaiquí, que actuaban por su cuenta.

¡Buena madera para mantener el fuego encendido! Caciques todos que disponen de muchas lanzas, armamento diverso y nutrida chusma. Debido a la presión que sufren, van lentamente replegando hacia el Bermejo sus respectivos asientos, a paso acelerado, sin por ello dejar de batir la fuente de sus recursos: obrajes y colonias del Gran Chaco, demostrando una notable capacidad de movilización en grupos aislados.

Los vecinos de Colonia Romang y Malabrigo rememorando sus campañas de 1875 con los norteamericanos y colonos de Alejandra, organizan una batida al Chaco bajo la conducción de Samuel Sager y un hijo del Dr. Romang en procura de cincuenta caballos robados. La crónica relató que unos vecinos de las colonias de Romang y Malabrigo, de Santa Fe, en número de treinta y tantos, capitaneados por don Samuel Sager y un hijo del Dr. Romang, hicieron una expedición al Chaco, persiguiendo a unos indios que se habían robado unos cincuenta caballos. A unas sesenta leguas próximamente del punto de partida, avanzaron una toldería con un éxito completo, matando en la refriega como 35 indios, aprendiendo 15 de chusma, los que fueron conducidos a Santa Fe por sus valientes vencedores. Una vez más los vecinos de esas colonias

han dado un buen golpe a los salvajes, haciendo la política del desierto.

Un telegrama oficial del coronel Obligado desde Goya, da cuenta de que una partida de fuerzas nacionales salida de la colonia Malabrigo ha operado con éxito sobre los indios, tomándole alguna chusma y caballos. Los prisioneros insisten en que los tobas le han declarado la guerra y es por eso que han tenido que acercarse a las líneas nacionales. El Coronel Obligado ofrece a los tobas, que se reduzcan. Una partida del regimiento 12 de Caballería opera también al norte de Las Chuñas.

¡No todos son indios! Corriendo Marzo de 1884 en la Colonia Ocampo frente a Bella Vista, tuvo lugar otro asesinato alevoso de un súbdito francés. Este desgraciado con unos cuantos años de residencia en la colonia y tras haberse labrado una modesta posición a fuerza de trabajos y economías, resolvió volverse a su país con los ahorros que ha hecho, para eso tuvo que vender sus bienes. El día en que lo hizo y recibió el importe de ellos, por la noche se presentaron en la casa unos individuos y pidieron un jarro de agua, al pasárselo, uno le asestó al desgraciado francés unas puñaladas que dieron con él en tierra. A sus quejidos y voces de auxilio acudió la esposa con un revólver e hizo fuego sobre los asesinos consiguiendo ponerlos en precipitada fuga. El desgraciado francés murió a los tres días a consecuencia de las heridas, pero la viuda debido a su arrojo, si bien no pudo salvar la vida de su marido, salvó al menos sus pesitos. Así lo comentó ácidamente Vélez en su diario.

En el pueblo de Santa Rosa hubo una lucha sangrienta entre el Juez de Paz y el Comisario Gral. con soldados de ambos bandos, quedando en el campo tres muertos y un herido. El Juez de Paz, Reyes Romero, fue asesinado a puñaladas.

En el ínterin, los caciques Pichón y Carayá son llevados a Buenos Aires por el señor Cominges. Han sido amigablemente tratados por el Gobierno Nacional. El Presidente de la República, deseoso de ver el Chaco pacíficamente conquistado, adoptó una política amistosa, disponiendo que a los referidos caciques se les extienda un salvoconducto y se dé a cada uno de ellos \$ 100.- m/n. En consecuencia el Ministro de la Guerra les dio un salvoconducto para que ninguna autoridad del Chaco los moleste, entregándoles los \$ 100.- en monedas de plata. Los indios regresaron contentísimos a sus polvorientas moradas.

Por telegrama del coronel Obligado fechado en Goya se supo que el portaestandarte Pedro Burgos, del Regimiento 12 de Caballería de Línea, ha batido una partida de 20 indios que intentaron penetrar la línea, matando a un indio e hiriendo a dos que murieron al ser transportados. Se sacrificaron dos caballos de los indios y se les tomaron tres ensillados. En el bolsillo del tirador de uno de los muertos se encontró un documento que comprueba sus relaciones con un comerciante de Corrientes.

Entre acciones y reacciones la línea avanza con su paso implacable hacia el norte y Córdoba, Santa Fe y Santiago del Estero ven cada vez más baja la tormenta sobre ese horizonte caliente.

Las reuniones nocturnas se fueron sucediendo. Ora en lo de Mac Lean, ora en lo de Moore, Grobet, o Vernet. El tema obligado era la dura situación y la necesidad de asestar un golpe a los indios que insistían en sus depredaciones. Antonino Alzugaray se había manifestado impotente para hacer algo al respecto. Apenas si había logrado que le aprobaran el trazado del pueblo duramente defendido. Por lo demás, solo reprimía a alguno que otro aborigen cuando por cuestiones personales, le venían con la batida de que había negociado con los montaraces un par de caballos agenciados por la noche. Pero ya ni eso le atraía para justificar su esfuerzo. No era fácil mantenerlo en el fortín y enviarlo a Santa Fe. Demasiado tenía con hacer frente de su propio peculio, a los sueldos de la magra hueste a su cargo, cuando la paga se demoraba por los problemas de las comunicaciones, o de la burocracia del tesoro provincial.

Dos o tres de los parroquianos se habían parado. Daban vueltas furiosos en torno de la mesa, en el comedor de lo de Alexander Mac Lean, esa tardecita repleto de vecinos que, con el nerviosismo de los planes, habían olvidado las mujeres y descargaban con voz estentórea, su munición gruesa verbal, contra los politiqueros y la politiquería santafesina, además de su suerte, entre otros muchos destinatarios personalizados con madre y toda la parentela.

Una brisa fresca cruzaba el recinto, entrando por la puerta abierta hacia la galería del norte que abría sus pupilas hacia las alas acogedoras del Pájaro Blanco.

- No nos puede parar la limitación en la provista del gobierno - decía Moore furioso. - El número de caballos que perdemos por noche en conjunto, más el riesgo, justifican plenamente que nos hagamos cargo de la diferencia y vayamos por nuestra cuenta. Basta conque legitimen el esfuerzo ¡y no nos caigan después con cualquier imputación gratuita! ¡Son tan torcidos!

- Sí - afirmó Grobet. - El Gobernador fue claro. Tenemos carta blanca. Hasta el Foreign Office hubo presionado seriamente a las autoridades; se generó un conflicto diplomático mayúsculo como consecuencia de la falta de seguridad en la frontera, allí donde se instalaron los galeses. No se olviden de la muerte de Andrew Weguelin y las gestiones que directamente iniciaran ustedes ante el presidente Sarmiento, reiterando la anterior de un año atrás, sobre la libertad de Juan Gregorio, la muerte de William Wasp, mientras cortaba leña con su hermano; sin contar las otras frescas aún en la memoria, para evitar más dolores. En fin, ¿para qué abundar en lo que todos conocen?

- Y Sarmiento puso a los provinciales en vereda con las instrucciones que dio a Obligado - acotó Miedan

- Tenemos no solo el apoyo, sino todo lo que pudieron darnos. Un montón de caballos, varias potrancas para carne fresca y algunos kilos de yerba, tasajo y azúcar. El café corre por nuestra cuenta, como el té ¡Casi forman parte de nuestras creencias! - agregó Moore riéndose.

La salida, distendió la reunión que volvió a sus cauces normales después de esa trepada hacia altos niveles de iracundia, por la frustración de sentirse acorralados y no poder responder al reto. Era tanta la extensión del territorio, el encaje de sus ríos, lagunas y bañados; esos montes interminables donde el salvaje, como las garzas, estaba en su elemento, resultando prácticamente imposible poner coto a las correrías.

- ¡Sólo una acción punitiva contundente, rápida, por sorpresa, en el corazón de esos carbones del infierno, podrá dar algún resultado! - indicó Miedan, sorprendido de su empuje.

Y así, con la convicción de lo justo para resolver no sólo la coyuntura, sino también tratar de rescatar aquellos dos holandesitos , cuyo recuerdo por las noches traía tristeza a los atribulados colonos, que veían a sus hijos en tal situación, poniéndoles la carne de gallina. Si hasta en San Javier tenían cautivos tolerados para no perder la condición de reducción, conforme lo denunciara el coronel Obligado al gobierno nacional en un duro informe. En las reuniones familiares, era tema de conversación evitado la suerte de los dos chicos, aún cuando fuere el real motor de esa incursión que se gestaba.

Una vez descansados los caballos y agregados los pocos que el gobierno enviara, en reemplazo de los "patria" perdidos en la expedición anterior, iniciaron la marcha nuevamente. Esta vez, llevaban consigo frescas las referencias dadas por el indio capturado, respecto del emplazamiento de las toldería del indio

Gregorio, azote fronterizo y capitanejo dilecto del Inglés que había que arrancar de cuajo, ¡como a las hierbas malas!

Arribados a lo de Sager nuevamente repitieron el rito de la vaquilla carneada con la excusa de una yerra preparada ex profeso, para disimular el objeto cierto de la reunión de tantos colonos, si es que podía aún disimularse. Los pertrechos, guardados en el galpón y reunidos lentamente con anterioridad para no levantar la perdiz, serían cargados por la noche.

La reunión prosiguió todo el día como si nada. El descanso, para quien pudo, trajo paz a los cuerpos. Con la aurora, fueron despidiéndose de a grupo, emprendiendo la marcha al sur simulando retornar a sus residencias, para dar un rodeo posteriormente para encontrarse en el monte que limitaba la propiedad al oeste, lejos de las miradas curiosas. De a poco, con el correr de las horas, se completó la congregación, hombres, armas, vituallas y mulas, para emprender viaje hacia la gran bestia verde, cuajada de palmeras salvajes.

Seguros de su destino y eludiendo todo contacto con las comandancias del camino, apuraron el paso con la certeza de que el indio había dejado la zona por la que transitaron hacia poco tiempo. Así lo marcaban algunos indicadores elocuentes. Además, como el verano se venía y con él, ese castigo no siempre posible de conjurar en aquella región: la sed. La experiencia recogida había sido dura; apuraron el paso y cruzaron la frontera sin novedad. La línea de fortines fue quedando detrás.

Traspusieron el arroyito e hicieron campamento al costado de un lapacho que ardía orgulloso al sol, bajo unos algarrobos y quebrachos blancos que pujaban por la lomada.

- No deben estar lejos. Por suerte el viento del norte nos favorece, lleva nuestro olor y el ruido para atrás - decía Sager a Blazy, mientras observaba aquellas magníficas catedrales vegetales, vírgenes verdes admonitorias.

- ¿No sé por qué? - respondió éste - pero me brota espontáneamente la sensación de que somos vigilados. La tengo en la nuca.

- No digas nada, pero me pasa igual. Tengo la certeza de que ellos nos miran por los ojos del monte. No quiero creer que el mismo se ha puesto de parte del salvaje ¿Imaginas al viento alertando nuestra presencia?

- Lo hace. No lo dudes. No nos damos cuenta porque no hablamos su idioma. Pero lo hace ¡Ellos saben escucharlo y están atentos!

También los días nuevos vinieron detrás de los días gastados, o ganados, al menos consumidos en esa casi sempiterna marcha vigilante.

Las batidas adelantadas nada arrojaron todavía, sin embargo las huellas eran claras y comenzaban a entibiarse; contaban con la seguridad de estar en el camino correcto.

Moore levantó el brazo, deteniendo la marcha.

- ¿No es este el sitio donde interrogamos al salvaje? - le preguntó a Kauffmann.

- Sí, creo que sí. Aunque los grupos de árboles y la topografía se asemejan todos entre sí, confundiendo.

- No, mirá. Allá está el quebracho colorado gigantesco, que nos orientó durante varias horas la vez pasada. Sí, miralo. Parece un mariscal solitario recorriendo el campo de una pasada batalla - agregó - Debe conservar en su tronco la marca que le hicimos.

Colman se apartó de la columna y corrió un trecho hasta arrimarse al orgulloso ejemplar.

- ¡Sí, capitán! ¡Aquí está! - gritó confirmando la predicción.

-Bien, ¡basta de gritos o despertarán no solo a Gregorio, sino al Inglés y a toda la caterva de antepasados!

Ya con directivas precisas, la columna encaminó su marcha hacia la bruma que se sugería sobre el horizonte, producto aparentemente de humo de leña, originado en una intensa actividad tolderil.

Desmontaron y el último tramo del camino se hizo a pié, en silencio. Solo las señas fueron utilizadas para comunicarse entre sí.

Se arrimaron. Un quejido repetido llegó a sus oídos desde la derecha. Con el sigilo del tigre hacia allí se dirigieron los primeros. Una india joven, mirando al cielo gozaba de su pareja, mientras se ondulaba como si la tierra temblara fuerte bajo sus nalgas brillantes. Entrecortadas expresiones ininteligibles de placer, rompían la sucesión de exclamaciones guturales. Saltaron sobre la pareja desde ambos lados, previa distribución de las presas. Hubo que proceder a su degüello, para evitar que los estampidos dieran la alarma.

La paz de la muerte se posesionó del lugar. Un dulzón olor a sangre fresca inundó las fosas nasales. El

arroyito rojo que partía de las gargantas cercenadas, se perdió entre las hojas.

Casi reptando se acercaron al campamento no más de doscientos metros. Lo rodearon en semicírculo, para evitar caer víctimas de sus propios disparos con el entusiasmo.

- ¡Ataquen! - gritó Moore. El infierno desató su furia.

- ¡Los holandesitos! ¡Los holandesitos! - se escuchó en medio del fragor de la batalla. Temían que los ultimasen.

Pocos pudieron escapar al monte. Algunos de los que intentaron hacerlo, abrieron los brazos y cayeron tendidos en su límite como abrazándolo, para descender los escalones de la tierra.

Las heridas propias fueron menores y solo dos caballos muertos cruzados por lanzas. La sorpresa había resultado anestésica.

Asombrados, paralizados por el terror, unos sesenta guerreros con la chusma habitual de mujeres, viejos y niños, miraban a esos nerviosos jinetes que habían llevado el apocalipsis a la toltería.

Se revisó palmo a palmo el terreno. De los jóvenes cautivos ni señales. Nada arrojó tampoco el interrogatorio de los prisioneros. No valieron las amenazas. Aparentemente, ignoraban todo de ellos. De nuevo, la desazón comenzó a abrir sus patas de araña.

El conteo dio treinta indios de pelea muertos, muchos de los heridos que huyeran al monte morirían con el correr de las horas. Algunos pocos que pudieran sobrevivir a las lesiones, serían suficientes para hacer conocer el hecho, que se multiplicaría con el correr de los

días. La lección estaba dada. Por largo tiempo se cuidarían muy bien de cometer atropellos.

Hubo que parar rodeo para recuperar los caballos de ellos para trasladarlos. Eso llevó bastante tiempo, tanto, que hubieron de permanecer allí hasta el día siguiente, con todo el riesgo del caso. Con guardia reforzada hacia el exterior, por el eventual arribo de contingentes hostigadores, y hacia el interior, para contener las claras ansias de fuga de los prisioneros, se durmió una calma tensa, que temblaba a luz de las fogatas. El odio brillaba oscilante en los grandes ojos abiertos hacia la claridad de esos rostros blancos.

Cocinaron carne de un par de yeguas. No todos comieron. Quienes lo hicieron fueron frugales. El cansancio imponía otras apetencias. El relevo de las guardias nerviosas ¡no llegaba nunca!

CAPITULO LIII DE PALACIO

- Pero señor gobernador, no puede darle a los cullistas una herramienta poderosa, como la que se propone otorgar usted haciendo lugar al pedido que le formularan los norteamericanos, para establecer una colonia militar en el Pájaro Blanco, entre el Saladillo Dulce y el Amargo ¡Piénselo!

- No Pizarro. No es así. Le falta mucho aprender a Usted - decía Bayo a su Ministro - Las cosas no son lo que parecen ser, y menos en política. Eso no tiene

importancia. Lo gravitante aquí es lo que realmente puedan hacer, hacia donde nos lleva su acción ¡Usémoslos!

- Pero señor. Usted bien sabe que ellos están metidos con patas y todo con los liberales. Basta que Oroño les diga que se tiren al río...

- Espere. Espere, ¡no se apure! Tendrán nada más que una ley. Un trozo de papel que no agregará nada de poder en sus manos. Sí, un eslabón fuerte a la cadena que los ata al gobierno constituido, a éste. No debe olvidar que han respondido a nuestra requisitoria; prácticamente sin mayores erogaciones para el tesoro, ya hemos concretado tres incursiones al corazón de la tierra de nadie, al Gran Chaco maldito. Ellos asumieron los riesgos. Jugaron su pellejo. No tomaron venganza por sí. Entregaron los prisioneros al gobierno. Ya se distribuyeron entre familias de Santa Fe y Rosario, para facilitar su inserción en la vida civilizada. De los interrogatorios surgió que no fueron maltratados durante su cautiverio. Se portaron mejor que lo esperado de una tropa irregular, sin la disciplina de las milicias ¡No quiero ni pensar que hubiese sido de esas indias jóvenes y bellas, en manos de los regulares! - acotó sonriendo.

- Pero...

- ¡Nada de peros!, caramba. Traiga ese mensaje a la Cámara, que se lo firmo de una vez - ordenó categóricamente, sin lugar a otra respuesta. Le fueron alcanzados los papeles. Tomó la pluma, asentó la rúbrica y los devolvió para que hiciese lo propio el contrariado ministro.

- Firme Pizarro ¡Cualquiera diría que nos va la cabeza!
- exclamó riendo.

Cuando lo hubo hecho, tomó nuevamente los papeles en su mano y guardó silencio. Miraba por la ventana la mañana que transcurría aparentemente tranquila, derramándose sobre los naranjos de la plaza de enfrente.

- Dígale a Foster que no haga nada sobre esto sin que la ley esté dictada. Aunque ello ocurrirá pronto, veré que así sea. Y por supuesto, sin previamente comunicarme cualquier cosas antes de concretarla. En particular la cesión de las tres leguas de tierras fiscales para esa supuesta colonia ¡Colonia militar les voy a dar yo a esos!

Los chasquis entre los despachos iban y venían trayendo y llevando papeles. Aquellas eran las agujas con que diligentemente se tejía la trama del acontecer burocrático y echaban a volar las sucias palomas de los chismes, que nutrían las ruedas de mate y las mesas de café. Uno de los temas obligados fue el celo del gobernador por crear una colonia militar en el norte. Y hasta no faltó quien pretendiendo hilar fino, aseverara que bien podría tratarse del paso del mismo a las fuerzas de los liberales. Temprano, uno de ellos particularmente agitado por el apresuramiento, ingresó a la Secretaría gubernamental. Enfrentado al Oficial Mayor le entregó un mensaje lleno de sellos y firmas.

- Señor Pérez - dijo entrecortadamente por la agitación, haciendo evidente que su corazón no respondía en forma. Aquí traigo la ley que le preocupaba al señor

Gobernador. La Sala de Representantes de la Provincia acaba de sancionarla. Sírvase la copia oficial.

-Gracias. La haré llegar de inmediato - le respondió el secretario mientras lo acompañaba hasta la puerta. En ese instante ingresó a la oficina un señor vestido de gris, que muy serio inquirió por el mandatario, acomodándose el moño.

- Buenos días señor Ministro. El señor Gobernador está reunido con el doctor Pizarro ¿Quiere ingresar?

- No, ¡por favor! No mezclemos las aguas ¡Avísele nomás que aguardo! - respondió sentándose en uno de los amplios sillones que bordeaban la pared. No quería interferir el accionar de su colega, en quien confiaba por ser amigo personal.

- ¡Pase de la Torre, pase! - dijo el propio Bayo asomándose por la puerta entreabierta de su despacho - ¡No se quede ahí hombre!. - Le reclamó, agregando una vez que hubo ingresado: - ¿Vio mi estimado? ¡La cosa empieza a marchar! Les hemos dado nada más que intenciones, y ya comienzan a efectuar los ajustes en el balance de fuerzas. Como si esta hoja - decía agitando los papeles al aire - tuviese la virtud de materializarse en fuerzas organizadas y combatientes ¡Tontos, reverendamente tontos! - exclamó riendo gozoso. ¡Qué jugada! ¡Como deben sentirse los partidarios de Oroño!

La situación no era fácil. El timón estaba comprometido por corrientes de las más encontradas y fuertes. Pero no vaciló. Quería debilitar a sus propios adversarios, apoyando abiertamente a quienes tenían un cierto grado de peligrosidad y ascendiente en el pueblo,

para desorientar y aprovecharse de los distraídos. Se restregó las manos. El diario La Capital había estado especialmente virulento. Llamaba a la rebelión desembozadamente. Cerró el periódico y se dirigió a quien en ese momento compartía el café con él:

- Vio González. ¡Se están mordiendo la cola! Ante la imposibilidad de dar el cuartelazo, ya que la Milicia es nuestra, promueven la rebelión abierta. ¡Pobres diablos, la que les espera si se largan!

- Tiene razón señor - fue la respuesta provocada más por la necesidad de atemperar el miedo, que por la convicción. No podía desconocer el potencial de los adversarios políticos.

- ¡Y pobres de los que los sigan! - Insistió el Gobernador, ordenando: - Haga llamar al coronel Hernández, a Carrasco y a Rodríguez. Nos reuniremos mañana en mi despacho, con Leopoldo Nelson. Vea también si puede hacer venir a Pascual Rosas y a los Comandantes Ramírez. No importa en lo que anden. Que vengan mañana. ¡No!, mejor pasado, así tengo el tiempo suficiente para reunir los otros elementos y pensar con tranquilidad la estrategia futura.

- Sí señor Gobernador, ¡ya mismo me ocupo!.-

-Bien, ¡vaya nomás!

El hombre salió dejando la taza a medio terminar. Bayo se paseó por el centro de la estancia con pasos nerviosos. Su otro Ministro, que había seguido la escena en silencio, continuó observando ese deambular satisfecho.

- Vio Pizarro. Hicimos bien en concentrar en San José del Rincón la Guardia Nacional de Helvecia y Santa Rosa.

No las íbamos a dejar al alcance de las manos de los liberales. Ellos son fuertes en esos distritos. Tienen ascendencia con los colonos ¡Pobre gente! Mientras tanto, dejémoslos ir, ya que no podemos frenarlos todavía ¡Se van a poner solos la soga al cuello!

Fueron interrumpidos por el oficial mayor que les anunció la presencia de los negociadores del Banco de Londres.

- Dígales que aguarden o hágalos atender por la gente de Hacienda. Ahora estoy muy ocupado. Ellos tienen precisas instrucciones sobre como actuar en la emergencia, sabrán recibirlos ¡Malditos tramposos! - exclamó indignado, no pudiendo contener su ira al recordar las veces que se dio contra la pared tratando poner en caja el manejo discrecional que de las finanzas hacía ese banco, con su emisión en moneda boliviana. Al punto que, casi desencadenó un conflicto militar de proporciones. - ¡No, no los atenderé, que diablos! Se han volcado de lleno al lado liberal, financiándoles sus escaramuzas. Nos volvieron la espalda en créditos, obligándonos a crear nuestro propio banco. No se van a salir con la suya. Santa Fe cuenta ahora con banco propio ¡En eso tiene razón Iriondo!

- Como usted disponga, señor gobernador- respondió el diligente empleado.

- ¡Un momentito..! A propósito, que esté presente la gente del Banco Provincial en las reuniones que se realicen. Les haré morder el freno. ¡Aprenderán la lección de una vez! Pizarro, por favor vea que así se haga. Que asistan personas duchas en refriegas palaciegas. No entregaremos el fuerte, ¡y menos a ellos! - recomendó

visiblemente alterado. No pocos dolores de cabeza le había dado la cuestión económica y el cambio de moneda en marcha.

Por si fuera poco, a los múltiples problemas, se agregaba hoy en el despacho el informe perentorio de Antonino Alzugaray, planteando la crítica situación en la Comandancia de San Javier, para la que pedía gente, fondos, armas y la pronta instalación de los italianos en la localidad. Le preocupaba el avance vertiginoso de las colonias de los alrededores, mientras que la población de la antigua reducción, moría de muerte natural, arrastrando consigo a la toltería que la asfixiaba. El pobre comercio de cueros de yacaré y plumas de garza, no podía constituir factor de progreso para el mísero villorrio polvoriento, base cierta de prosperidad para dos o tres bolicheros inescrupulosos, que se aprovechaban del indígena, malpagándole el esfuerzo que hacían los pocos que querían vivir de su trabajo.

Las cuestiones de la frontera le preocupaban. Sabía que constituían un factor desestabilizante que era necesario conjurar, si deseaba seguir el programa de poblamiento en que se había embarcado la provincia buscando neutralizar la acción negativa de los indios montaraces y los gauchos alzados, que compartían el territorio con ellos ¡Esos matreros también contaban y mucho! La milicia no daba a basto. El manejo político la comprometía por entero, más allá de las fuerzas propias y sus fines naturales.

- Dígame - preguntó a su ayudante - ¿fué Alzugaray el que pidió el nombramiento del español Manuel Argüelles como Teniente Juez en San Javier?

- Sí señor - le respondió. Ahora requiere el cambio de residencia de ese funcionario. Pasar el Juzgado desde la Colonia **Francesa**, donde se desempeña, a San Javier, dado que las colonias del norte son más ricas, pobladas e importantes.

- ¿Qué opina usted?

- Comparto ese criterio, señor Gobernador. La atención de sus obligaciones a distancia, atenta contra el normal movimiento de la gente del lugar. Evita el progreso de ese pueblo de indios. Habría que atenderlo. Estaría la oficina en un punto equidistante.

- ¡Está bien! Haga lo necesario y tráigamelo a firmar. Hombre extraño este Alzugaray. Lo conocí cuando lo hice apersonar en oportunidad de un viaje a esta ciudad.

- Creo que fue a comienzos de año, señor.

- ¡Tiene razón! Ahora lo recuerdo. Me sorprendió su actitud. Venía de desembarcar del "Quinto de la Helvecia", cuando al enterarse de mi requisitoria, con su hijo y su equipaje ligero, ¡se vino directamente para mi despacho!

- Así es. Nos reímos en su momento de su servicial diligencia.

- ¡No era para eso! Me conmovió el esfuerzo que hacía para darle una educación al muchacho. Lo desarraigó de la toldería para injertarlo en el Colegio Inmaculada. Confieso que me sorprendió su persona, ¡y eso que estoy acostumbrado a ver gente de toda laya! Sin embargo, debo confesarle que me produjo un sentimiento especial su

integridad. Ve a hacer algo por él, lo que se pueda. Piense que hasta le paga el sueldo a sus cuatro pobres milicos, cuando nuestro exprimido tesoro se demora en hacerse ver por allá ¡Vaya hombre! ¡Necesitamos de muchos Alzugaray para sacar esto del pantano!

- ¡Sí, señor!

- De paso, trate también que venga en el transcurso de la semana próxima. Quiero entrevistarle para interiorizarme de la situación con los colonos. Ahora que lo pienso, es el único en quien puedo confiar allí. A los otros los conozco bien, como para confiar totalmente en ellos.

- Bien señor. Enviaré por él en el próximo barco a Helvecia, con el correo habitual.

- Eso es todo. Gracias, ocúpese nomás. - dijo el gobernador. Volvió a la ventana para entretenerse por unos minutos con las hojas que eran sacudidas por una falda floreada que se desplazaba hacia calle San Jerónimo, agitada rítmicamente por una dama bella, majestuosa. Desvió la mirada. Temía que ella sintiera su vista en la nuca.

- ¡No tener veinte años menos!, se dijo suspirando resignado.

La mañana cómplice, descorrió una nube para colocar un aura luminosa en el contorno sugestivo de la cintura que se alejaba. Otro suspiro silencioso abrochó el rato en su mente.

En Colonia California, las reuniones se sucedían.

-Alex, ayer estuvo Kauffmann en casa de paso para el sur. Almorzamos juntos y nos anticipó que es inevitable la revuelta. Que el partido de Oroño está siendo traicionado con un fraude muy bien urdido, que se viene tejiendo desde hace tiempo con la intervención directa de la milicia. Evidentemente, así don Ignacio Crespo, el candidato del partido liberal, no tiene posibilidad alguna.

- ¡Me lo imagino! Cosas propias de toda esta sucia política que los lleva y los trae !Además el candidato de los autonomistas, Simón de Iriondo, está muy arraigado en Santa Fe.

-Sí, en Santa Fe, pero no en el resto de la provincia. Sin embargo van a ganar ¡Han organizado bien la cosa!

- Y bueno, ¡que se las arreglen!; ya te dije que debemos mantenernos al margen de estas rencillas de entrecasa; ¡nada tienen que ver con nosotros!

-No, no es así. Esa gente a la que debemos todo, ha pedido nuestra ayuda para romper con la confabulación electoral. Particularmente, no puedo negársela. Les debo mucho.

- Espera un poco. Creo que el planteo es equivocado. A la política que nos benefició la habían fijado antes y nosotros llegamos en el momento justo para llenar un hueco. No nos esperaban. Iban a convocarnos porque nos necesitaban. Jamás contaron con nosotros. Iban a buscar norteamericanos y justo caímos, ¡como venidos del cielo!. No te olvides que lo pedía la legislatura por presión de la gente y la prensa se hizo pleno eco de ello en largos editoriales.

- Sería una gran deslealtad de nuestra parte no responder al pedido de apoyo que nos hicieron.

- De ninguna manera. Creo que la razón tuya es la simple sed de aventura, que ha llegado a enraizarse en nosotros después de tanto; constituye el motor de ese criterio.

- ¡Por favor! , sabes bien que no podemos negarnos a un pedido de ellos.

- ¿Y nuestras familias? No olvides que somos extranjeros, estamos en tierra extraña pese a todo. Así nos consideran.

- ¡Cuando no nos necesitan! Además, ya somos de aquí. He hablado con los otros y muchos apoyan mi iniciativa. ¡Marcharemos en su ayuda!

- Allá ustedes. Pero creo que cometen un error. Juegan demasiado fuerte a una mano en una partida ajena. Son otros los que barajan, dan las cartas ¡y éstas están marcadas!

El aire se había ido enrareciendo entre ambos y, si bien como siempre que habían discutido con Alexander, no pasaría nada, Will , que lo conocía, prefirió retirarse y dejar que las cosas hablaran por sí. Sabía de antemano que sería apoyado. El espíritu de aquél le impediría apartarse de los cánones de la normalidad. Entendió que él también sentía un gran respeto y admiración por Oroño. Pero no se movería en el sentido propuesto. Se despidió y emprendió el regreso cabizbajo.

Lamentaba que Mac Lean, el Director de la Colonia, no los acompañara.

Conforme lo comprometido, la columna con un grupo de los voluntarios de California, Galense, Alejandra y Romang, marchó el 18 de Marzo hacia San

Javier, presidida por Patricio Cullen. Eran las cinco y media de la mañana cuando desmontaron frente al Juzgado, Comisaría y lugar de residencia de Antonino Alzugaray. Golpearon fuertemente la puerta.

- ¡Vamos, vamos Alzugaray..!, gritó uno de los voluntarios mientras asestaba golpes que conmovían la tranquilidad secular del poblado.

El convocado se asomó con preocupación por el escándalo.

- ¿Qué pasa, qué pasa ahora? ¡Ah..!, son ustedes ¿Qué diablos quieren tan temprano? exclamó sorprendido al ver toda esa gente. Aunque en el fondo preveía el origen de la situación, trataba de ganar tiempo, haciéndose el desconcertado. Vio que nada podía lograr solamente acompañado por el Teniente Juez y cuatro milicos que asomaban por detrás, inquisitivos.

- ¡En nombre de la revolución popular tomamos la plaza y exigimos su rendición! - expresó Patricio Cullen de manera contundente.

El hombre hizo un cómico gesto de impotencia y, con cierto desenfado, ingresó a la propiedad seguido por sus captores, para entregarles el armamento con que contaba para la defensa de la extensa zona a su cargo.

- ¡Oh miren..! - exclamó Sager más que asombrado - Cuatro carabinas, cinco lanzas y cuatro sables ¡Que parque magnífico! ¡Tenemos asegurado el éxito! - manifestó socarronamente.

La carcajada general se hizo una sola recorriendo la fila de los revoltosos. A una seña de Cullen, Ramón García se adelantó.

- En nombre de esta revolución y por disposición de sus jefes, me constituí en Comandante de las fuerzas de San Javier. Los demás asintieron sonrientes. La tragicómica situación por las circunstancias particulares del lugar, la cantidad de personas comprometidas y las consecuencias de esa acción, convertían al hecho, más en una opereta que en una acción guerrera real.

Hizo subir al comandante Alzugaray a la volanta que los acompañaba y emprendieron galope por el costado de la plaza donde el yuyal reinaba, para dirigirse hacia el oeste. A unos cuatrocientos metros del poblado detuvieron la marcha, acampando a la espera de que se les reuniera el resto de la gente de esas Colonias, comprometido en la partida.

Mientras vivaqueaban, los corrillos cruzaban el grupo con las más diversas versiones de lo acontecido o por ocurrir en otros lugares. Solo con la palabra autorizada de Cullen, se hacía silencio, cesaban las discusiones y todos prestaban atención.

-En estos momentos, la comisaría de Manzanares debe estar en manos de Luciano Leiva. Se nos reunirá pasando Helvecia, del otro lado del Saladillo. Viene con una nutrida columna. Desde allí, marcharemos sobre Santa Fe - decía el caudillo dando ánimos a sus compañeros de aventura.

Se fueron agregando personas al contingente. Algunos criollos y un nutrido grupo de indios capitalizados por sus ayudantes. Los colonos los miraban con un recelo no disimulado. Habían aprendido a no confiar en ellos.

- No se preocupe - le decía García a Moore - Son útiles. Los necesitamos por su número. No son muy efectivos cuando no pelean entregándose por entero, pero están reclutados por dinero y promesas. Servirán de miembros de número, para distracción. No sabemos cómo van a responder los oficiales. Tenemos que estar prevenidos. A ellos los lanzaremos por los costados y abrirán cualquier columna . Serán los primeros . Ya verá qué efectivos son para esa tarea de distracción, ¡como que son buenos jinetes lanza en mano!

-No estoy seguro - respondió Moore, adelantando la marcha para ponerse a la par de la volanta que se encaminaba con el grupo hacia la administración de la Colonia Cullen.

Pasado el mediodía arribaron al lugar y se distribuyeron alrededor de los asadores que los aguardaban humeantes, a la sombra de los árboles generosos; abrían su sombrilla fresca.

Desatadas las botas, algunas cananas y dejados de lados los sombreros, se dieron a la tarea de reponer o desechar aguas, mientras los más nerviosos, caminaban en círculos.

El convidado de piedra de ese grupo casi dominguero por su comportamiento tan poco profesional, don Antonino Alzugaray, rumiaba sus pensamientos cuando se le acercó Moore, que también preocupado miraba cada tanto a su alrededor.

- ¡Qué opina Usted, don Antonino - le preguntó.

- ¡Que están locos, irremediablemente locos! - le respondió con profunda convicción. Se van a enfrentar con

tropas regulares. Me llama la atención que usted se haya metido en esto, don Moore.

- No pude evitarlo. No es mi negocio, pero eludir el compromiso hubiera sido poco perdonable para mí. Esa gente nos ayudó y pide nuestra colaboración para arreglar sus diferencias.

- ¡Me lo imagino! Es propio de estos lugares actuar de ese modo ¡La extorsión forma parte indivisible de la política criolla! Los dos bandos actúan así. Lo supe de boca del propio gobernador la semana pasada.

Lo miró extrañado. Era la primera vez que aquel hombre se sinceraba con él de esa manera. Le había parecido incapaz de tal vehemencia.

- ¿Está asombrado?

- No, pero...

- Vea mi amigo. Usted es de afuera y no conoce lo que es esto. Salvo muy pocas, no tenemos otras armas que la perfidia, el engaño, las alianzas sospechosas, la traición. No imagina cuanta gente de esta zona fue llevada con artimañas a Santa Fe, ¡con promesas de bienestar! - exclamó riendo, para continuar: - y de allí, movilizada, ¡fue a dejar sus huesos en la lucha con el Paraguay! Se vaciaron las tolдерías.

- No piense que no me he dado cuenta de ello. El manejo es de lo más torcido ¡Pero no creo que llegue a tanto!

- ¡Ya lo verá, mi amigo! ¡Ya lo verá! Lamento que ustedes se hayan metido en esto. No se lo merecían. Esos otros, del fondo del tarro, son los mismos de siempre, partícipes de piedra que solo pretenden vivir conforme sus costumbres, sus prácticas y su leal saber y

entender, como en todos los tiempos. A veces, sirviendo a unos o a otros por la fuerza, por convicción, por necesidad, o por mero aburrimiento, como lo hubieron hecho anónimamente desde el fondo de la historia. Es el barro que dio de comer a tales y cuales. El soporte real de la casa, ¡pero ustedes en esto!

- ¡¿Qué se le va a hacer?! Cada uno es responsable de su suerte . Lo cierto es que aquí estamos y téngalo por seguro, no aflojaremos.

- Lo sé, ni lo diga. Los conozco y lo lamento! Los de aquí sabemos bien de qué son capaces los políticos. Cambian las leyes conforme sus intereses, y la justicia, esa justicia tan declamada, es una ficción al servicio del poder. Me refiero a la mayor, de la que dependen ellos y los jueces. Parientes y amigos. A veces alguien de prestigio. Casualidad nomás... Eso sí, ¡la hacen a su medida en nombre nuestro! Moore lo miró un momento e iba a volverse para cambiar de interlocutor, cuando éste nuevamente le habló:

- Mírelos, ahí están ésos con aguerrida lanza en mano, se hacen los distraídos. Pero algunos de los que ve, fueron capturados por mí por ser desertores del Ejército. Son asesinos natos. En su huida para la toldería, se cargaron un grupo de obrajeros en Calchines. No confíe en ellos, Moore. Hágame caso, ¡son traicioneros!

- Está bien , le agradezco su prevención.; pero no se preocupe. Los conozco.

El olor a carne asada convocó hasta a los más remisos. Solo el canto de los pájaros se escuchaba en el grupo masticador, estimulado por el vino refrescante.

Pasado el rigor de la siesta. Cullen dio la orden de marchar. La extraña figura de Alzugaray desarmado, cabalgaba flanqueada por dos guardias; acompañaba ausente a la columna con la frente erguida.

Al atardecer arribaron a Helvecia, donde las fuerzas se vieron grandemente engrosadas con el aporte de muchos colonos de la zona; criollos y también un fuerte contingente de indios. En la emergencia, los suizo alemanes dejaron de lado sus entredichos con los italianos y marchaban juntos.

Alzugaray ya no estaba solo. Se incorporaron el Juez de Paz, el Secretario y seis policías del lugar, a la rueda de cautivos que se disponían pernoctar.

Con la madrugada a cuestas, partieron en dirección a Cayastá donde, al arribar, se carnearon cuatro reses para el obligado culto a los asadores y se dio descanso a los caballos..

Caída la tarde, tomaron la estancia del comandante Francisco Romero y Esquivel y dispusieron un alto, sin alcanzar Santa Rosa hasta la mañana siguiente. Allí liberaron a los presos, excepto Alzugaray. García se negaba a ello por el particular enojo que le causó no haber podido obtener el tobiano y la montura del nombrado.

- Cullen - dijo Moore acercándosele. - No tiene sentido mantenerlo con nosotros. Distraemos hombres en su custodia y no significa ningún peligro su libertad. Ya nadie ignora nuestra marcha ¡A nadie ha de alertar! El interpelado lo miró un momento y sonriendo dijo:

- ¡Tiene razón! ¡Comandante García, libere a Alzugaray también!

Así , como había venido , en silencio se alejó esa figura fronteriza, curvada en la grupa como si soportara el castigo por la rebelión. La de ahí, entremezclada con la otra que se entrecruzaba en su espíritu agobiado. Un profundo dolor de montes y caminos polvorientos recorridos hizo nido en sus articulaciones, aplastando su persona hasta hacerla pequeña en la distancia.

El galope largo del grupo de jinetes en dirección a Santa Fe, denunciaba la existencia de algo inusual bajo ese sol que todavía castigaba bastante. El Gobernador había cabalgado toda la mañana y a las trece estaba instalado en su despacho, sudoroso, cansado, con la irritación propia de los sucesos, que se fueron acelerando. No por inesperados, sino porque simplemente molestaba todo aquello que cambiara ese ritmo propio del acontecer tranquilo provinciano. En el ajedrez político, solo estaba en juego el mate de la partida. Pero era una cuestión de honor y sabía, aunque le doliera, que no les aflojaría un ápice, ni a sus parientes equivocados con quienes discutía con cordialidad.

El mecanismo preparado hacía tiempo trabajaba bien, estaba convenientemente aceitado. La cadena de pulperías de "amigos" de Iriondo, alertó a tiempo del movimiento iniciado por los rebeldes.

De la Torre fue el primero en concurrir a la sede del gobierno. A poco un chasqui partió raudo hacia las comandancias de cuya lealtad no se dudaba, con instrucciones precisas. La noche del 18 de Marzo, fue una noche cargada de rumores perfumados, que recorrían las

desiertas calles de Santa Fe, como fantasmas convocantes del nerviosismo y la curiosidad.

Las reuniones en los diversos centros de cotilleo obligado, fueron preparando el ambiente hasta llevarlo a ese momento en el que los calmosos habitantes esperaban sólo el estampido de los disparos, el rechinar de los aceros encontrados o los gritos de dolor de los heridos. Y las pasiones afloraban. Por el hijo, el hermano, el novio o el amigo, comprometidos en esa lid generada por los dioses guerreros sempiternos, exigiendo que la danza ritual continuara en ese contradictorio escenario de ladrillos gastados y robos de besos a escondidas en los zaguanes.

- ¡No pasarán, téngalo por seguro! - repetía Servando Bayo a De la Torre, en el instante mismo en que ingresaba Pizarro. - Me habían prevenido, por eso las tropas están preparadas convenientemente.

- Los rumores hablan de un importante contingente de revoltosos.

- Es posible - decía Bayo - Pero aún así no tendrán suerte. Ya había dado antes de partir para San Carlos, instrucciones al Departamento de Policía, a los Comisarios de Sección, a algunos Jefes de la Guardia Nacional y a los Jefes de Guardiacárceles, para que estén alertas y no se dejen sorprender desde adentro. Aquí, Santa Fe está controlada. Hubo francos convenientes a cierta oficialidad. Creo que los otros no habrán de fallarme. Si lo hacen, saben que la pasarán peor que los levantados en armas ¡La traición es algo que no puedo tolerar a ningún precio! - exclamó, agregando: - Esta noche dormiré tranquilo. Ya salieron directivas para las restantes comandancias de

campana; de la zona comprometida ¡Aventureros!.- exclamó golpeando en el escritorio.

El correo no esperó que el caballo se detuviera. Corrió hacia el grupo de oficiales, distinguido por ser de su conocimiento, no por su vestimenta que era heterogénea. Se cuadró delante del Comandante Francisco Romero, a quien apodaban "Manzaneros".

- ¡Mensaje para el señor Comandante. ¡Permiso señor para su entrega! - exclamó cansado y con las nalgas doloridas, pero contento por ser el portador de cosas importantes. El ceño y el sello de sus emisores lo habían denotado y le imprimieron particular ritmo a su galope.

- ¡Déle nomás! ¡Venga eso! - exclamó el nombrado adelantándose. Tomó el papel, rompió el sello y leyó la orden de movilizarse ante la insurrección nacida en Colonia Cullen y nutrida por las restantes poblaciones de la costa santafesina.

- ¡Malaya! ¡García, aliste la tropa, salimos en una hora.

- ¡¿Pero comandante, esta noche...?!

- Nada, adelante o lo relevo! Los minutos son preciosos en esta emergencia ¡Les daremos una sorpresa a esos infelices!

- ¡Comprendido señor! - expresó el subordinado corriendo a cumplir con la orden. De inmediato un nervioso trajín empujó hasta a los mas remisos.

- ¡Gutiérrez! - convocó Manzanares.

- ¡Presente señor!

- ¡Prepárese! Habrá que empapelar la caminata con vales. No esperaremos la provista que debe arribar esta

noche. Que nos siga. Partimos de inmediato en campaña. Así que junte a los de la tropa que conocen la zona, para que ayuden a que no nos escondan los vecinos lo que necesitamos. A los remisos, ¡movilícelos! Ya pagarán las cuentas especiales los platos rotos. Eso, ¡si son los nuestros!

El nombrado se cuadró, dio media vuelta y se encaminó hacia el grupo de la derecha, que estaba ramoneando.

El dispar destacamento empezó a cabalgar, los oficiales con gorras, el resto con sombreros diversos y chupayas de paja, quienes las tenían. El fragante airecillo nocturno despeinaba aún más las revueltas melenas que cubría sus cabezas. Los pies, calzados o sin nada, taloneaban los caballos para hacerles rendir un trote más a esos sufridos patrios.

El veinte al mediodía, arribaron a la costa del arroyo Saladillo y la exploraron un par de kilómetros aguas arriba y abajo del paso de los Cachos. Estaba crecido y los caballos en malas condiciones para vadearlo sin riesgos. Encima, no conocían la situación precisa de los revoltosos adelante. Manzanares ordenó replegarse hasta el monte y apostar guardias montadas cada doscientos metros, relevables cada dos horas, para que vigilaran las tierras de enfrente, ocultas entre los árboles ¡El agua trabajaría a su favor! Sabía que de no forzar ellos la marcha por ahí, al sur los bañados del Mocoetá les impediría a los rebeldes todo encuentro con Pancho Romero y Esquivel, que comandaba el Regimiento 7 de Abril, camino a Calchines a la sazón, por esa suerte de

embudo natural que conformaba el albardón costero; la topografía los arrojaría directamente a sus brazos.

Apenas unos mates y galleta permitió a la tropa. Nada de humo de asado. Unas brasas "frías" para calentar las morochas que la cebada requería y nada más. No se podían dar el lujo de anticipar su posición.

- ¡Si esto sigue así, llegaremos a Buenos Aires! - decía Kauffmann a Sager, mientras seguía con la vista, atentamente, las indicaciones de Francisco Iturraspe sobre la mejor manera de acercarse al Saladillo, sin caer en los bajos o los pajonales que dificultaban la marcha.

La cinta de plata del arroyo se les mostró hinchada en el horizonte quebrado por aromos y chañaritos. Estaba muy crecido el arroyo. Desembocaron en el bolsón que formaba uno de los meandros, virando su trayecto de Oeste a Este en ese punto.

Se acercaron a la ribera. Esperan cruzarlo algo más arriba, en el paso "de los Cachos" propiamente, para encontrar a las fuerzas gubernamentales y sorprenderlas mediante una maniobra de pinzas antes de Cayastacito, lugar donde suponían se hallaban, por los informes de los llegados recientemente.

Un relincho distante, a la izquierda, los hizo desmontar y prepararse para buscar refugio desde donde hacer frente a cualquier situación que se planteara. Así los irregulares fueron distribuyéndose a lo largo de la curva amplia de aquella vena fría que recorría buena parte de la Provincia con trazo irregular, como corte de cuchillo hecho por mano inexperta.

- Escuchame Sager - decía Moore al hombre situado a su izquierda - no se oye ni se ven pájaros. Aquel monte de enfrente, en vez de los habitantes naturales, temo que esconda otra cosa. Hay demasiado silencio.

- Es cierto. Nada, ningún pájaro por esa parte, no es natural aquí, en estas soledades. ¡Oh! - exclamó de pronto - Allí, al fondo, la bandada de bandurrias que viene para este lado, desvió su marcha súbitamente y se elevó! Algo hay. ¡Cuidado! - exclamó.

- ¡A cubierto! - gritó Moore al grupo a su cargo, que de inmediato se dispersó por el lugar buscando cobijo. Fue de inmediato imitado por la tropa restante. Las cabezas de los hombres cuerpo en tierra, se levantaban inquisitivas por la sorpresa.

- Hay alguien allí enfrente, entre los dos aramos bajos, al costado del laurel negro.

- No veo nada - le respondió Sager.

- Ahora lo verás! - aseveró Moore afinando la puntería. El dedo presionó la cola del gatillo y el agujero del infierno lanzó su grito. Una figura humana uniformada rodó por la pendiente suave, bañada por las hasta ahora tranquilas aguas. Una descarga cerrada proveniente de todas las bocas del monte que se abría como una pared; les respondió en decenas de ecos no menos elocuentes que el estampido inicial.

Algunos rodaron heridos o muertos, pagando la imprevisión inicial. No se enfrentaban ya con las chuzas indígenas, sino con la fusilería organizada, aunque no por ello sentían temor. Por el contrario. Los acicateaba más el peligro.

El tiroteo se generalizó. La certera puntería de

aquellos que a diario probaban su destreza mientras araban, para llevar el sustento alternativo, demostró su eficacia.

Cabeza que se asomaba, vaciaba su contenido vital. A la hora, los diligentes milicos se habían dado cuenta que tales colonos no eran pasto fácil. Así que, casi sin asomarse, o sin hacer mucha puntería, disparaban. La afinaban algunos, los que habían conseguido el franco refugio de un tronco caído, o el montículo de un tacurú. Los ayes de los que se escondieron en las matas de paja brava o colas de zorro, marcó el error de elegir el refugio equivocado. Los de enfrente, disparaban directamente al bulto, sabiendo que ese colador vegetal, no detendría los proyectiles.

El fuego intenso se generalizó. Kauffmann mandó un grupo a tomar las canoas que se encontraban a la derecha del paso, aguas abajo, pertenecientes al poblador cuya humilde vivienda se mostraba quieta.

- ¡Fuego de apoyo! - gritó Moore ante la maniobra. Y las descargas se sucedían implacables mientras los embarcados precariamente, trataban de alcanzar la otra costa. Sobrecargada, una se dio vuelta con el empujón inicial. Sus ocupantes, mojados y a los saltos, trataron de ganar las líneas nuevamente. Algunos no lo lograron. En la mitad de la corriente, el que llevaba la pala de la otra, cayó por un certero disparo en la frente. La canoa sin control, comenzó a derivar aguas abajo.

- ¡Fuego, fuego a discreción! - gritaba Moore tratando de provocar una cortina que cubriera a los improvisados navegantes. Fue en vano. De a uno se desprendieron como uvas maduras hasta que no quedaron sino dos heridos,

con sus cabezas colgando por la borda. Las aguas se iban tiñendo de rojo. La canoa bailaba su macabra danza en círculos.

El silencio se hizo por un momento. Fue el homenaje dado a esos valientes que, bajo fuego, quisieron tomar la fortaleza vegetal. No duró mucho. Los disparos se sucedieron otra vez sin solución de continuidad.

Iturre, herido en su intento de llegar hasta la embarcación con otro de sus pares, fue atendido en la retaguardia y llevado al rancho del cazador lugareño.

- Sargento, ubique al Comandante Romero y Esquivel, que debe estar marchando para aquí y déle nuestra posición. Dígale que apure la marcha. Nosotros nos aguantaremos mientras el parque dure. Después, no sé que pasará. Desconozco la capacidad de fuego total de esos diablos. Aunque no debe ser mucha más que la nuestra. Por los datos, la columna no llevaba vituallas extras, sólo lo que cada portaba para sí. Eso me alienta. Explíqueselo bien. La lucha cuerpo a cuerpo es aleatoria con esa gente, más si nos lanzan los indios - ordenaba Manzanares al correo preparado, que partió raudo con el cese de las palabras de su jefe.

La noche cubrió el lugar con su manto de duelo. El cielo de la tarde, sucio con la sangre derramada, se diluía a medida que la paz nocturna imponía una tregua. El grupo rebelde afianzó su posición en esta margen, mientras, del otro lado, las escasas fuerzas y con no más de diez o quince disparos por hombre, esperaban el arribo del magro contingente de Cayastacito, convocado también con urgencia por Manzanares, que veía poco fácil

la partida y necesitaba un respiro.

- ¿Qué hora tiene Ramírez? - preguntó Pancho Ramírez y Esquivel a su segundo que franqueaba la derecha.

- ¡La una mi comandante! - dijo leyendo el cuadrante de su inmenso reloj de acero sujeto con una cadena que cruzaba el abultado abdomen.

- ¡Ya la una! ¡Que bárbaro, como corre el tiempo! Se nos va Ramírez, ¡se nos va!. Piense que ya estamos a veintiuno. Otro otoño a cuestas, y van muchos ¡Quien pudiera llegar a ver el novecientos! - exclamó suspirando mientras escudriñaba el oscuro perfil del monte bajo que estaba a pocos metros adelante, pasando el arroyo Leyes.

- Mande que un grupo lo cruce y explore el terreno. No quiero sorpresas y menos de noche. Con esta gente supersticiosa y la sorpresa. No, no les daré esa oportunidad!

La cinta del Leyes era un trozo de luna estirado sobre el negro terreno por el que cabalgaban a marcha forzada. Las descubiertas le habían informado del encuentro en la ribera del Saladillo. Corría a prestar ayuda a su amigo y tocayo Manzanares.

Les caería por la retaguardia. Con la señal de que nada se interponía adelante, levantó el brazo y lo bajó extendido. La tropa comenzó a cinchar contra la corriente con el agua en las verijas de los animales. Algún grito no contenido, fue prontamente acallado. Y así, en silencio, fueron saliendo hombres y animales del agua que corría su suerte mansa, serena, hacia la plata de la laguna que se abría a la noche gigantesca, un par de kilómetros aguas abajo. Las estrellas reflejadas aguas arriba del cruce,

prolongaban el cielo hasta las patas de los caballos que las rompían implacables, pisoteándolas en cumplimiento de la orden impuesta.

- Señor, señor - decía el jinete agitado, con la respiración entrecortada por el esfuerzo que realizara - adelante hay gente desplegada, esperándonos - Con detalles brindó el informe de lo que había visto hacia el noroeste de donde se hallaban en ese momento.

- ¡Alto! - ordenó con voz estentórea y la tropa frenó la marcha - ¡Ordene desmontar y desplegarse en posición defensiva!

- ¡Comprendido mi comandante!

La orden fue cumplida. La máquina militar del regimiento 7 de Abril comenzaba a funcionar a la perfección. Se sentía orgulloso de su mando. Si bien era un grupo heterogéneo en cuanto a la composición de la tropa, había perfeccionado a fuerza de instrucción y simulacros su capacidad ofensiva, atemperando las pasiones y divisiones internas con el empuje de su liderazgo y defensa de sus subordinados, toda vez que lo requirieran por algún problema. Se había ganado la lealtad de esa gente humilde, dura, producto de otra gente más sufrida y dura aún. Ellos comían dos veces la mayoría de los días .

- Que Fermín "el tano" y el tape Rosales salgan ya para los Cachos. Deben vadear el Saladillo antes de ese lugar y ponerse en contacto con el Comandante "Manzanares" Quiero que entreguen este mensaje. Es necesario coordinar el ataque. Así, con presión por dos flancos, debilitaremos su capacidad operativa y

facilitaremos nuestra victoria. ¡Ya, vamos! Los jinetes partieron raudos hacia el peligro.

Mientras aguardaban noticias, demandó que otro grupo de exploradores estudiara las fuerzas que se le oponían y su distribución precisa.

Las horas de la espera pasaron lentas. Con el arribo del primero de los emisarios, se enteró de que en Los Cachos ya no quedaban fuerzas leales. Se habían replegado o algo peor.

Una furia sorda fue embargándolo. Nervioso, el animal que lo soportaba, oliendo el peligro, dio una vuelta en redondo, caracoleando. El ceño fruncido era el único indicio del entremezclarse en su mente las varias tácticas posibles para concretar la estrategia que se había propuesto emplear, madurada a lo largo de esa prolongada noche.

- ¡Ramírez! - convocó nuevamente a su asistente - ¡Que vengan el mayor Machado, el comandante Leiva, Reyes y los otros oficiales cabeceras de grupo!

- ¡A la orden, mi comandante! - replicó aquél, firme sobre la grupa, girando para cumplirla.

- Veán - decía mientras con un palo trazaba las posiciones en el suelo arenoso - estamos aquí. Ellos han desplegado sus fuerzas pensando que nos moveremos por los bajos del Mocoretá, para acortar camino. Evidentemente se proponen atacarnos por el flanco derecho ¡No les daremos el gusto!

- ¿Son muchos? - interrogó Leiva tratando de obtener la información que necesitaba para armar un cuadro correcto de la situación.

- El grueso de sus fuerzas, al menos en número. Conforme me fue informado, los ingleses están todavía en el Saladillo, cuidándoles las espaldas, de Manzaneros.

- ¡Ah, mejor! - exclamó aliviado el aludido oficial.

- La caballería se dividirá en dos flanqueando a la infantería que avanzará al centro como punta de lanza, para comprometerlos desde el vamos. A mi señal atacarán por los costados. Los encerraremos sin posibilidad de escape. No se confíen. Es una fuerza nutrida. Su fuerte es el refuerzo del casi centenar de extranjeros que los apoya, bien armados.

Se discutieron detalles menores respecto de las ubicaciones a adoptar y tuvo él que imponerlas, para evitar que el celo por ser los primeros, desordenara el tablero que había armado en su cabeza con nombres y todo. En ella ya empezaban a cargar contra el enemigo.

- ¡A la carga valientes del 7 de Abril! - ordenó con esa alegría feroz del profesional de la muerte, que se ve por fin convocado para lo que su vocación le mandó ser. Y la infantería, ansiosa, con el nerviosismo de la incertidumbre y el empuje del poco valor individual que se iba sumando, prestándose hasta desbordar con la marcha la capacidad de contención de cada uno, fue marchando pisoteando el miedo inicial. Quedó mezclado en la retaguardia con la densa nube de polvo que levantaban.

- ¡A paso de trote! ¡Cargar! - ordenó cuando tuvo a la vista las posiciones rebeldes. Y el clarín, ese animal de garganta de bronce, tocó a combate, haciendo hervir la sangre de la columna que avanzaba ahora más allá de sus fuerzas naturales.

- Ya vienen! - gritó Bernardo a Francisco Iturraspe que lo acompañaba en su emplazamiento. - ¡Atención, vienen! - dijo indicando la dirección del frente de las tropas oficiales que se acercaban en plena carga.

Los primeros disparos causaron un efecto desbastador en la infantería . Los heridos rodaban ya en los atacantes, pese a que la distancia restaba contundencia y precisión a los tiros.

Hundieron más los codos en la tierra y se prepararon para repeler la infantería, cuando el sonido de los cascos de la caballería que cargaba por ambos flancos, introdujo la cuña del pánico en los bordes.

Patricio Cullen con su gente intentó cargar, pero fue abatido su caballo con un certero disparo. Rodó y fue ayudado a montar en la grupa de uno de los animales que conducía un peón de su estancia que, rápidamente se apeó y le cedió la cabalgadura corriendo a refugiarse entre unos espartillos.

Sus fuerzas se replegaban en desorden. El hizo lo propio e intentó poner distancia cuando, dado el galope disminuido por la mala monta, fue nuevamente alcanzado por un proyectil. Esta vez él rodó herido. Efectuó un disparo de fusil que no dio en el blanco. Un lanzazo certero se hundió en su cuerpo. Las últimas boqueadas fueron apuradas por otra lanza que se clavó también en su cuerpo. Ya no escuchó el fuerte alarido dado por el salvaje soldado que separó su cabeza a cercén, colocándola chorreando sangre en la pica de su lanza. Fue enarbolada como macabro trofeo de triunfo. Esperaba que sus jefes aplaudieran su pasión y lo premiaran.

La derrota fue completa. Los rebeldes se dispersaron

en desbandada. Algunos en su huida, dieron aviso a los norteamericanos y su gente que se aproximaban para apoyarlos.

“No”- repetía la cabeza de Romero y Esquivel mientras se movía de un lado al otro. Consternado por el espectáculo. ¡Hasta donde podía llegar la inculta fiera del hombre, embargado por aquella primitiva pasión animal de muerte! No ya el enemigo derribado, vencido. Sino el regodeo en la muerte del mismo. El placer de la violencia en sus despojos.

Dio órdenes estrictas para frenar a la soldadesca que comenzaba a quebrar sus límites, para convertirse en horda.

Puso dos oficiales de confianza al mando del grupo que cuidaba los prisioneros heridos, entre los que estaban las preciosas personas de Pancho y Bernardo Iturraspe, Juan López, "El chipá" que le decían para distinguirlo de los demás López, entre otros.

- ¡Leiva ! Hágase cargo de la caballería y prosiga con la tarea de limpieza. Nos veremos en Helvecia, hacia donde me dirigiré por río con Reyes. No perdonen a nadie y reponga caballos. Ramírez lo secundará. Cualquier cosa, ¡son órdenes mías!

- ¡Comprendido, mi comandante! Tenga la seguridad de que así se hará. No quedará ningún rebelde libre en el camino-

- ¡Bien carajo, pero ojo! No quiero violencia innecesaria. Constituimos un cuerpo disciplinado. No manchemos la victoria con bajezas. En especial la caballería no puede permitirse ciertas debilidades

¡Téngalo presente !

- ¡No se preocupe mi comandante! Sé lo que ha pasado y no me enorgullece. Lo lamento profundamente. Comparto con usted el sentimiento por lo ocurrido al vecino que muerto, ya no era un enemigo.

- ¡Vaya! ¡No es momento para discursos, la campaña continúa!

Las fuerzas de caballería venían pisándoles los talones y, después de lo acontecido, en particular con Patricio Cullen, no quedaban ganas de caer en manos de tan crueles adversarios; así que a galope tendido arribaron a la casa de uno de los franceses. Casi sin atender los gentiles reclamos de esas buenas personas, que pronto comprendieron la situación, cambiaron la mitad de los caballos y siguieron viaje en procura de las restantes monturas que permitieran el refresco necesario, para poder internarse en el monte y desaparecer por un tiempo prudencial.

Pidieron a los colonos amigos que hiciesen saber a sus familias que se hallaban bien y en viaje al norte. No dieron un destino cierto para no comprometerlos. Evitaron denunciar por cualquier eventualidad su paradero que, aunque deducible, no era fácil de precisar en esa dilatada comarca salvaje.

Una gran nostalgia los embargó cuando rodearon California por el oeste. A su vista se ofreció en la distancia, en el límite de Colonia Galense, el molino harinero en plena tarea. Si hasta casi les parecía sentir el ruido continuo y sordo de las muelas de piedra triturando

el grano de la esperanza. La imaginación les jugaba una mala pasada. Muchos ojos se humedecieron. El futuro pareció cerrarse de nuevo.

- No importa, ¡seguiremos adelante! - gritó Moore a quienes parecían rezagarse. No furioso, ni amargado, sólo triste. Con la pena profunda por el esfuerzo vano de tantos valientes. El ahuecó el brazo y observó los agujeros en el costado izquierdo de su camisa, donde una bala paso rozando las costillas a la altura de su axila. Sager notó el movimiento.

- ¡Te erraron por poco! - le dijo.

- Fue un buen tirador con mala suerte! - le respondió Will.

- ¡O un adversario con mucha suerte, creo en tu caso!- le contestó sonriendo, mientras cabalgaban a la par ya en los límites de Colonia Eloísa.

- Apuremos el paso, aunque sea lo último que hagan estas pobres bestias nobles. La remonta en lo de Vernet nos permitirá refrescar la marcha y poner más distancia. Alejandra estará más cerca y habremos ganado el tiempo requerido para reponer fuerzas y conseguir lo necesario para continuar andando.

- ¿Hacia dónde?- preguntó Sager, con cierta ironía.

- Hacia el mismo infierno, si es necesario ¡Les daremos batalla en su propio terreno, si no queda remedio! - contestó Moore .

La resignación por lo ocurrido había comenzado a echar sus raíces. Lo acontecido a la aventura fue tomando sus dimensiones propias con el corto tiempo transcurrido,; perdiendo el aura encantado que la envolviera, producto del puro entusiasmo y estímulo

común. Y allí estaban, un grupo de hombres derrotados en una violenta aunque oscura batalla, al menos para ellos, que fueron voluntarios convidados, sin otro compromiso que con la acción misma, brillante, dorada, atrayente y caprichosa como mujer bonita.

Grobet facilitó el recambio Fue también el último en montar, entre el llanto de las mujeres de la casa que sacudían sus pañuelos en la galería cuando volvieron a partir presurosos hacia el norte.

Cabalgaban abiertos en abanico, para evitar el polvo que levantaban; así que a los gritos se entendían con los de sus costados. Las idas y venidas de las charlas inconexas, demoraban más de lo habitual. Sin embargo no callaban. Se les hacía necesario hablar para llenar ese vacío dejado por la derrota. Lo hacían tanto, que parecían un grupo de gallinas en desbandada.

Will se percató de esa circunstancia y la sonrisa dibujada en sus labios se convirtió en carcajada.

- ¡Si nuestras mujeres nos escucharan! - le gritó a Kauffmann, a su derecha en ese momento - ¡Les tiramos lejos el cetro! ¡Vaya bandada de cotorras en que nos convertimos!.-

Esa aseveración fue imponiendo silencio y quien más, quien menos, comenzó también a sonreír ante la observación formulada.

- ¿Buscamos Mal Abrigo, verdad? - preguntó Sager que ansiaba visitar sus lares antes de perderse en el Gran Chaco, donde se sabían a salvo como los matreros, con la ventaja del apoyo logístico a lo largo y a lo ancho de las tierras del Pájaro Blanco, de familiares, novias y, ¿por

qué no? amantes, que habrían de brindarse por entero para asegurarles la ayuda necesaria.

- Sí, será el último punto que tocaremos. Desviaremos al oeste e iremos al encuentro de los nacionales. El coronel Manuel Obligado habrá de brindarnos protección transitoriamente. Cuenta con instrucciones del Ministro Alsina, que prometió su apoyo irrestricto a la campaña contra Bayo. Allí, en su comandancia, las milicias provinciales nada podrán hacer, excepto morder el polvo de la impotencia, mientras reponemos fuerza - contestó Leiva que cabalgaba a su lado y manejaba el aspecto político de la retirada, por sus vinculaciones con los factores de poder dominantes en la intrincada trama de acciones y reacciones palaciegas, con que se regodeaban los señorones capitalinos comprometidos con ellos desde Buenos Aires.

A la sazón en El Rey, las tropas federales prolongaban el receso del mediodía, para reponerse de la fatiga y de la somnolencia que le había provocado el succulento asado que les fuera servido para salvar el hiato de la frugal ración de campaña que los hubo acompañado durante la semana última.

El adormilado centinela que auscultaba el sur cada tanto, de a largos ratos cansinos, dio la alarma. Un jinete se acercaba a revienta caballo, levantando una prolongada pluma de polvo que se perdía en la resolana, quebrando sus contornos. La figura cenicienta se iba agrandando con los minutos. La bandera en lo alto de la tacuara que le servía de mástil, sobresaliendo del árbol en

que la hubieron emplazado, guiaba su galopar. Ya no necesitaba conducir la cabalgadura. El relincho de algún caballo del grupo, orientó a la bestia sudorosa que corría debajo. Un resoplido agónico fue apenas su respuesta. Solo le quedaban fuerzas para repetir mecánicamente ese trote rápido, llevado al límite de su capacidad.

El jinete sofrenó el animal a la sombra del árbol embanderado, desmontó precipitadamente y, cuadrándose, con la respiración agitada exclamó:

- ¡Correo para el señor Comandante Obligado!

- Acérquese soldado - dijo el militar mientras tendía la mano para recibir el despacho.

- Sírvase señor - expresó respetuosamente el joven mensajero entregando en manos propias el objeto de su misión.

- ¡Arce ! - convocó perentoriamente el fogueado militar, después de leer.

- ¡A la orden! - le respondió uno de sus oficiales de mayor rango.

- Vea por usted mismo - le dijo alcanzándole el papel bastante arrugado, que consignaba precisas instrucciones para que los refugiados que fueren llegando para ponerse bajo su protección, sean detenidos y entregados al gobierno provincial.

- Con esto se modifican sustancialmente las instrucciones verbales que recibiera personalmente del Ministro y fueran objeto de nuestra charla días pasados - recalcó, agregando: - Dé órdenes de marcha; regresamos a la Comandancia. No quisiera estar en el pellejo de estos pobres desgraciados. Habrán de pagar los platos rotos ¡y con creces! Esta política de caudillejos y facciones acabará

con la Nación en corto plazo, si no se refrenan las pasiones egoístas. En fin, debemos cumplir con nuestro deber; su majestad la obediencia lo exige. Por las dudas, envíe a alguien que se adelante mientras se prepara la tropa, para hacer conocer las nuevas. Veremos de morigerar los efectos de esta disposición tan extraña a la que campeaba en el Ministerio de Guerra y confunde las propias recibidas de la más alta autoridad. Démosles una oportunidad a aquellos que de buena fe se nos arriman para que desaparezcan... - concluyó sonriendo maliciosamente.

Entrecerró los párpados y miró lejos, hacia el poniente, al final de esa pampa próxima que se abría inmensa, bañada de luz y de tantas otras promesas de seguridad que, a fuerza de coraje y empeño, trataba de hacer realidad con poco éxito. Esa llanura estaba mucho, mucho más allá de la capacidad de comprensión de quienes ocupaban los vastos despachos en la capital y tomaban las decisiones, sin ver fuera del límite de sus estancias...

Los pastos genuflexos barrían de a ratos el suelo, con cada golpe del norte que no cesaba de arrojar sus vientos.



El autor, nacido en San Javier, Santa Fe, Argentina; radicado en Córdoba, es poeta, escritor, historiador, divulgador científico – Ex Directivo de la Sociedad Argentina de Escritores SADE –Filial Córdoba – Ex docente del Observatorio Astronómico de la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil de Rosario; como así Director del Boletín Astronómico de ese Observatorio y de la revista “Hoja Astronómica”, que alcanzaran divulgación internacional. Actualmente es Miembro de la Red Mundial de Escritores en Español, Miembro de Honor de la Sociedad de Arte y Ciencia de Bolivia e integrante del

Grupo de Investigación en Enseñanza, Difusión e Historia de la Astronomía del Observatorio Astronómico de Córdoba (Integra la planta de su personal) – Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Ha publicado siete libros de poesía (“Mandato Cumplido”, “Madrugales”, “Una Rosa Roja” “Palabras para Pintar”, “Óleos para Leer”, “Con Acento”, y “Grageas Poéticas”), cuatro novelas (“Dicen que fue el último”, “Salvajes Palmeras del Pájaro Blanco”, “Los Solitarios” y “El Flaco”, tres libro de cuentos (“Para Leer en el Tren Bala” “Para Leer Dos Veces” y “Para Leer en la Cola del Banco”), dos ensayos (“Poesía” y “Arte y Ciencia de Hoy” – editado por “Porte des Poetes”, París, Francia – 2014 y “Palabras Diversas” en España - 2015), la historia de su región natal en diversas obras: “Cabalgando en la Memoria”, “San Javier”, “Colonia California y Galencia en el Pájaro Blanco”, “San Javier Colonial”; “San Javier Después” “San Javier-Su Fundación”, “Fortín de San Javier” y “Malones, tormentas, etc...”; entre otros; diversas monografías (“Una Revolución Agraria”, “Indios”, etc); siendo autor de “Quienes en la Astronomía de Perú” ; “Quienes en la Astronomía de Uruguay”, “Quienes en la Astronomía de Chile”; “Apuntes para la Historia de la Astronomía de Chile” y coautor de un libro de divulgación astronómica (“Infinito”-Maravillas del Cielo Austral) y dos obras de historia de la Astronomía en Córdoba (“Uranometría 2001” y “Córdoba Estelar” – editadas por la Universidad Nacional de Córdoba); como así dos – también en coautoría - sobre Córdoba (“Córdoba Viva” y “Córdoba Viva Hoy”) y la Historia de la Astronomía en Latinoamérica, por país, entre otros múltiples trabajos

literarios y de investigación histórica (HistoLIADA, historiadelaastronomía.wordpress.com, LIDEA, entre otros sitios). Ha sido objeto de diversos premios nacionales e internacionales por su obra; destacándose, el premio Herbert C. Pollock – USA - 2005.(Primera vez que se otorga a latinoamericanos).

edminnmor38@gmail.com -
edgardominnitimorgan@oac.unc.edu.ar